COMEDIAS

HEROYCAS.

COMEDIAS

NUEVAS.

S. C
G.2162t

THEATRO HESPAÑOL

POR DON VICENTE GARCIA
DE LA HUERTA.

[Vol. 13]

PARTE TERCERA.

COMEDIAS HEROYCAS.

TOMO I.

33956

CON LICENCIA EN MADRID
EN LA IMPRENTA REAL
MDCCLXXXV.

TOMO I

COMEDIAS

CONTENIDAS EN ESTE TOMO I.

EL SECRETO A VOCES: *De Don Pedro Calderon de la Barca.* . Pag. 7.

EL ESCLAVO EN GRILLOS DE ORO:

De Don Francisco Bances Candamo. 201.

COMEDIAS

PROLOGO.

Las *Comedias Heroycas*, de que abunda tanto el *Theatro Hespañol*, son unas verdaderas Tragi-comedias, ya se miren con respeto al estilo, que en ellas han usado sus Autores, ya se considere la clase y naturaleza de los personages, que introducen; que son las dos circunstancias, que esencialmente constituyen esta especie de Drama; sin consideracion, á que el desenlace sea feliz ó infausto, ni á la controversia, de si esta tercera especie de composicion fue ó no fue conocida de los anti-

guos. Los Farsantes llaman en su particular lenguage de Vestuario *Comedias Peliciegas* todas aquellas Comedias en que los interlocutores son Príncipes y grandes Señores.

La sublimidad natural de los ingenios Hespañoles ha hallado en ellas cierta analogia , que les ha facilitado el explicar aquel fuego extraordinario, de que está dotado su espíritu. No será temeridad , asegurar , que en sola esta clase de Comedias Hespañolas hay mas pasages altos y sublimes , que en todos los Theatros extrangeros antiguos y modernos , ahunque entre en esta cuenta el Theatro Italiano, á quien han

acrecentado el derecho de disputar este parangon, las sublimidades del divino Metastasio en sus ingeniosas *Operas*: si acaso estas no son tambien centellas de las Musas Hespañolas, como se persuadió haber probado Don Ignacio Cenizelli, (no obstante ser Italiano, y natural de la ciudad de Pavia,) siendo Cadete de la Compañia Italiana de Reales Guardias de Corps, en una docta obra, que compuso sobre este asunto; en la qual manifestaba los lugares de las Comedias de Don Pedro Calderon de la Barca, de los quales suponia, haber hecho Metastasio diferentes plagios, for-

mando el cotejo de los pasages de ambos Poetas. Yo, en obsequio de este generoso numen Italiano, las llamaré mas bien ingeniosas y felices imitaciones; en cuyo caso quedan igualmente dignos de alabanza estos dos ilustres personages; siendo cierto, que el imitador mejoró muchos de los lugares, que escojió para su imitacion.

Constaba esta obra de dos tomos en quarto. Presentóla el Autor al Duque de Alba, Capitan entonces de la Compañia Hespañola de Guardias de Corps, y despues Director de la Academia Hespañola. El nombre respetable de Metastasio, á quien yo

fui siempre afectisimo, contribuyó, á que no se imprimiese y publicase. Ademas, de que constando á todos la estimacion, que este famoso Poeta hacia de los ingenios Hespañoles, y que de ellos se componia muy principalmente su bibliotheca, no sería buena política, ni justa recompensa, el hacerle critica sobre un artículo, que él próbablemente no negaria en ningun tiempo, asi como no lo han negado muchos Franceses; pues ahun el gran Voltaire, que ciertamente no es el que nos ha prodigado mas alabanzas, no repara en decir: *que quando se trate de sublimidad, es preciso buscarla en*

las piezas Hespañolas (1) ; expresion debida mas á lo que suponia entender , que á lo que él entendia verdaderamente de ellas , pero cierta y constante en todo el rigor de su significado.

A esta clase parece deben tambien reducirse las muchas Comedias , que tenemos formadas sobre sucesos mithicos ó fabulosos , en las quales no resplandece menos el Estro de nuestros Poetas. Ciertamente , que si una mano maestra y delicada se encargase de entresacar las agudezas , las expresiones y pensamientos sublimes , las sen-

(1) *Theatre de P. Corneille* tom. V pag. 272 en la nota.

tencias graves y los finos discursos, que se hallan repartidos y sembrados en nuestro Theatro, se conseguiria formar una Anthologia, que pudiera competir con las de los siglos mas ilustrados de Griegos y Latinos. Los dos Cordobeses Seneca y Lucano son bien seguros fiadores de esta asercion,

Es necesario, confesar al mismo tiempo, que estas *Comedias Heroycas* son por lo ordinario las que estan menos sujetas á las regularidades dramaticas. Muchas de ellas comprenden algunas veces varias acciones, ó una principal con tantas otras incidentes ó subalternas, que,

para evitar la inverisimilitud, no solo se extienden á un espacio extraordinario de tiempo; sino que obligan á que su representacion se suponga en escenas y lugares muy distantes. Pero sin embargo de esto, entre las muchas, que tienen estos defectos, hay un número muy considerable de *Comedias Heroycas*, que tienen bastante regularidad, con cuya coleccion se pódian formar y componer muchos volumenes.

No puedo verdaderamente alcanzar, por qué razon colocó entre las Comedias de nuestro Theatro menos sujetas á censura, Don Ignacio Luzán, sabio Hespañol y

muy digno de alabanza por su ingenio y conocimientos en la Poetica y en otras muchas materias, las dos de esta clase intituladas: *Dicha y desdicha del nombre* y *De una causa dos efectos*, diciendo de ellas en su tratado *de Poetica* pag. 411, *que hallarán los Críticos muy poco ó nada, que reprender, y mucho que admirar y elogiar;* siendo asi, que en la una se muda la escena en la primera jornada de Parma á Milan, y en la otra de Mantua á Milan igualmente; cuyo defecto es ciertamente muy considerable y substancial, y no de aquellos, que admiten venia ni disimulo; pues ahun los menos escrupulosos no pue-

den tolerar semejantes quiebras y translaciones de la escena; las quales, ni otras faltas de esta naturaleza no se hallan en otras muchas *Comedias Heroycas*, que en las demás circunstancias son á lo menos comparables con las dos expresadas; infiriendose de esto, que Luzán se olbidó en este caso enteramente de las reglas, que acababa de fixar tan rigorosa como extensamente en aquel mismo tratado de *Poetica*; y por consiguiente, que hay una muy manifiesta y palpable contradiccion entre su crítica y sus preceptos; la qual es mucho mas extraña, por quanto despues á la pag. 420 se hace

cargo de este defecto, hablando de la primera de las dos expresadas Comedias.

Don Luis Joseph Velazquez, Marques de Valdeflores, de cuyo singular ingenio y extraordinaria laboriosidad quedan en sus obras, publicadas sobre varios asuntos de Historia y Antigüedades y en sus copiosas Colecciones relativas á la misma materia, insignes testimonios y bastantes á perpetuar su memoria, adoptó (1) no obstante la fina y delicada crítica de que

(1) En la obra intitulada *Origenes de la Poesia Castellana*, publicada en Malaga en 1754, pag. 116. adopta el juicio de Luzán copiando el pasage á la letra.

estaba dotado, y la dificultad, que tenia en deferir á meras opiniones, el error ó equivocacion de Luzán. Vease, quanta debe ser la fuerza de las autoridades para aquellos, que no están en el caso de hacer el exâmen de ellas por falta de principios, y para los miserables, que están acostumbrados, á juzgar siempre por entendimiento ajeno, por excusarse el trabajo, de exâminar las cosas por si mismos, quando los sujetos mas desconfiados en este punto, y los mas capaces de hacer justas y oportunas indagaciones suelen dexarse arrastrar de ella, suponiendo en otros la misma exâctitud y diligencia, que

ellos acostumbran de ordinario, y asentando por esta razon, como verdades constantes, ciertas proposiciones, que exâminadas despues con detencion, se halla, ser paradoxas ó falsedades manifiestas.

El mismo Luzán, notando en el proprio lugar otros defectos de diferentes Comedias, dice, que en la intitulada *Con quien vengo, vengo*, hace Calderon Puerto de mar á la ciudad de Verona. Es verdad, que en las impresiones ordinarias se halla, que se supone ser pueblo marítimo en uno ó dos pasages nada principales ni importantes, y no Puerto de mar, que

es cosa muy diferente en el lenguage de los Geografós, y en el comun modo de hablar: pero yo tengo dos copias del tiempo de Calderon de esta misma Comedia, en las quales no se halla semejante error: y solo se habla del rio, que rodea parte de la ciudad de Verona, que es el Athesis antiguo, llamado ahora Adige, uno de los mas caudalosos de Italia. No será extraño, que el error, notado por Luzán y otros muchos, que se hallan en otras Comedias, sean alteraciones hechas por remendones ignorantes ó por los malsines envidiosos, de quienes Calderon se quexaba justamente.

No es menor la equivocacion de Luzán, quando dice en la pag. 423, que en la comedia *Mejor está, que estaba*, hace Calderon á Viena Corte de Bohemia, sin mas fundamento, que el haber adoptado un error de imprenta, que hay en la primera escena de ella, en la Relacion de Flora, en la que al verso octavo se imprimió Bohemia en lugar de Viena. Esta equivocacion de Luzan fue sin duda originada, de no haber leido la expresada Comedia, pues con esto solo hubiera visto, que no se habla en toda ella ni una vez sola de Bohemia. ¡Quántos se habrán angañado con esta autoridad!

Me acuerdo con este motivo, de que cierto Poeta de media tixera me remitió de Cadiz una Crítica del ultimo *Elogio*, que dediqué á Don Antonio Barceló, con motivo de su segunda expedicion contra Argel. Criticaba entre otros pasages uno, en que yo formo la prosopopeya de le Envidia, presentandola, devorando víboras, &c. y no contento, con incurrir en la mentecatada, de atribuirme á mí esta invencion, suponiendo, que esta originalidad, que el me atribuia, era defecto, alegaba en comprobacion de ella, que no pintó Ovidio en sus *Metamorphoses* del modo, que yo le pintaba, este monstruo. Un

amigo mio, que no desprecia tanto á mis Críticos, como yo suelo despreciarlos, se encargó de formar un *Registro de las mentecatadas* (son innumerables) de esta Crítica; y puso, por demostracion de serlo, la Nota del flamante Critico al pie de la letra el pasage de Ovidio, de que parece, copié yo por quadricula mi prosopopeya. La razon de este desatino fue sin duda la ligereza, con que el Crítico, vista la cita del lugar de los *Metamorphoses*, por una triste pedantería y ostentacion de erudicion Poetica le adoptó sin exâminarle, ó mas verosimilmente sin entenderle.

Es inegable, que están depravadas quasi todas nuestras comedias. De las de Lope consta por su repetido testimonio, y de las de Calderon es bastante prueba lo que se lee al fin de la intitulada *El mayor monstruo de el mundo*, cuyos ultimos versos son los siguientes, que se reducen, á manifestar, que se publicaba aquella comedia,

Como la escribió su autor;
no como la imprimió el hurto,
de quien es estudio, echar
á perder otros estudios.

De que se infiere, que á los descuidos de nuestros Poetas, no ha faltado, quien se ha divertido en aumentar otros. ¿Y quién responderá, con estos

antecedentes; de que en la comedia *En esta vida todo es verdad y todo mentira*, de que hace crítica en varios lugares el mismo Luzan, y á quien siguió hasta en las equivocaciones Voltaire en la *Disertacion*, que precede á su ridícula traduccion; de que se ha hablado en el Prologo de este *Theatro*, no haya iguales malas inteligencias y maliciosas suplantaciones? En el de la Segunda Parte de esta Coleccion ofrecí dar idea de la comedia de Mr. de Beaumarchais, intitulada *Le mariage de Figaró*, tan repetidamente representada en el *Theatro Francés*, y con tanta aceptacion, quanta indica

el extraordinario numero de sus representaciones. Hace poco tiempo, que llegó á mis manos un exemplar impreso de los primeros, que aparecieron en Madrid, cuyo retardo ha consistido en no haber querido el Poeta prosante imprimir su obra, por que leida con mas despacio, no se aumentase el número de los sensatos é inteligentes, que ya la despreciaron ahun en medio de los aplausos de los Espectadores Parisienses.

En efecto es esta pieza tan despreciable en todas sus partes, que me hallo obligado á dispensarme en el cumplimiento de mi oferta. ¿Pues qué pudiera deleytar la repe-

ticion continua y necesaria de la censura de deshonestidades sin gracia, satyras sin sal é impropriedades sin disculpa, que son los materiales de que se compone esta noble obra?

Ahunque es una continuacion ó Segunda parte de la comedia *Le Barbier de Sebille*, del mismo ingenio, pues en aquella entran todos los personages de esta, á excepcion de los dos bien bautizados Gallegos *La jeunese* y *L' Eveille*, son mucho mas enormes los vicios, que se hallan en esta nueva comedia. Las calumnias y satyras contra nuestra Nacion el olbido de la decencia, y de la verdad y el aban-

dono de la verisimilitud son los principales dotes con que se presenta adornada.

Estas razones, y el haber visto una Carta dirigida á una dama Hespañola residente en París por un Madrileño, en que con bastante gracia se extracta y ridiculiza esta comedia, la qual Carta corre manuscrita entre la gente de gusto, me excusa del penoso trabajo de releer tan despreciable farsa; la qual con todos estos defectos tiene sus partidarios, ahun entre nosotros. Nada hay mas comun, que el intrusarse á juzgar de lo que no se entiende. Muchos piensan, que la Poesia es materia tan obvia, que

qualquiera puede juzgar de sus producciones, como se juzga de las berzas y demas ensaladas, que se venden en la plaza.

EL SECRETO A VOCES.

COMEDIA

DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

¡Hoy que tengo mas que hablar,
precision he de tener
de hablar menos! Eso no;
que será piedad cruel,
dexar pudrir un secreto,
que á nadie sirva despues. Jorn. III.

EL SECRETO A VOCES.

COMEDIA

DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

ARGUMENTO.

Henrique, Duque de Mantua, disfrazado, va á Parma á casa de Federico, y para poder tratar á Flerida, Duquesa de aquel Estado, sin ser conocido, fingiendo, ser su Secretario y su deudo, y tener ciertos negocios, que evacuar en aquella ciudad, con lo que se enamora de Flerida.

Laura, hija de Arnesto, tratada de casar con su primo Lisardo, tiene oculta correspondencia con Federico; quien (mediante las pocas ocasiones de tratarse) la dá cierta cifra, para que á vista de todos puedan hablarse y entenderse, sin que resulte alguna nota.

Lisardo padece zelos, y muchos mas Laura, por confiarla Flerida su aficion á Federico, lo que da lugar á varios lances, hasta que, sabiendo Flerida, ser Henrique Duque de Mantua, y querer huir Federico con Laura, lo impide; y cerciorada del estado de estos amores, y viendo imposible lograr el suyo, hace la heroycidad de casarlos por sí; y ahunque Arnesto y Lisardo se oponen, por

el trato, que tenian concertado, lo sostiene Flerida, y lo apadrina el Duque de Mantua, con quien se desposa tambien, quedando al fin todos conformes.

PERSONAS.

HENRIQUE, *Duque de Mantua.*

FEDERICO.

LISARDO.

FLERIDA, *Duquesa de Parma.*

LAURA.

ARNESTO, *Barba.*

FABIO, *Gracioso.*

FLORA Y LIVIA, *Criadas.*

DAMAS, MUSICA Y ACOMPAÑAMIENTO.

EL SECRETO A VOCES.

JORNADA PRIMERA.

Salen los Músicos, Flora y Damas vestidas de campo; detras Flerida y Arnesto, y trayendola de la mano pasean el theatro cantando.

MUSICA.

Razon tienes, corazon:
lagrimas el pecho exhale.
Mas ay, que inutiles son;
que á quien la razon, amando, no vale,

¿qué vale tener, amando, razon?

FLORA *cantando.*

Al cabo de tantos años
tus atrevimientos necios,
¿qué sacan de ver desprecios?
¿qué de escuchar desengaños?
Dá tus pasados engaños
al olbido, corazon,
sin querer, que á tu pasion
tanto tu queja se iguale;

MUSICA.

Que á quien la razon, amando, no vale,
¿qué vale tener, amando, razon?

Vanse, y salen como siguiendo la musica, Henrique, Federico y Fabio.

FEDERICO.

Ya que de mí te has fiado,
para venir con secreto,
á ver á Flerida bella,
podrás desde aqueste puesto
retirado:::

HENRIQUE.

¡Ay, Federico,
quánto á tus finezas debo!

FEDERICO.

Mas debo yo á tus favores
pues tal confianza has hecho
de mí.

HENRIQUE.

Es verdad, que de nadie
la hiciera.

FEDERICO.

No hablemos de esto;
no entienda aquese criado,
quién eres.

FABIO.

Por mas que intento
saber, qué huesped es este,
que nos ha venido haciendo
misterios, sin ser Rosario,
sin ser Cura, sacramentos,
no es posible.

FEDERICO.

¿Qué os parece
de este parque?

HENRIQUE.

Decir puedo,
que en quantas fabulas varias
leí por divertimiento
ociosamente ocupado,
Federico, el pensamiento,
no fue posible jamas,
percibir en el concepto,
que acá en la idea formaron
agentes entendimientos,
selva tan hermosa, ahunque

se me ofrezcan por objeto
ó las selvas de Diana
ó los jardines de Venus.

FEDERICO.

Es tal de Flerida bella
la tristeza, con que el cielo
castiga sus perfecciones,
que todo es, buscarla medios
de divertirla; y asi,
señor, ha sido uno de ellos,
que estas mañanas de Mayo
baxe á este apacible puesto,
festejada y aplaudida
de voces y de instrumentos.

HENRIQUE.

Mucho extraño, que en sus años,
en su hermosura, en su ingenio
haya una pasion tenido
tan absoluto el imperio,
que á la que nació Duquesa
de Parma, y á la que el cielo
de tantas ilustres prendas
dotó, no el grave, el severo
harpon reserve flechado
de la fortuna y el tiempo.
¡Y es posible, que ninguno
la causa halle á sus extremos!

FEDERICO.

No.

FABIO.

¿Cómo que no? Pues yo
la sé.

FEDERICO.

¿Tú?

FABIO.

Sí, y bien cierto.

FEDERICO.

Dila. ¿Qué aguardas?

HENRIQUE.

¿Qué esperas?

FABIO.

¿Habeis de tener secreto?

LOS DOS.

Sí.

FABIO.

Pues sabed, que su mal
es:::

FEDERICO.

No dudes.

HENRIQUE.

Dilo presto.

FABIO.

que está de mí enamorada,
y mis desayres temiendo,
no se atreve á declarar.

FEDERICO.

Quita, loco.

HENRIQUE.

Aparta, necio.

FABIO.

Pues oid; si esto no es,
es otra cosa. *Suenan instrumentos.*

HENRIQUE.

Volviendo
viene la tropa á nosotros.

FEDERICO.

Retiraos pues; que quiero
introdúcirme yo en ella,
ó porque no me echen menos,
ó porque pierde la vida,
si al ver ocasion, la pierdo,
alguna de aquellas damas.

HENRIQUE.

Embarazaros no intento,
sino antes irme, y volver,
á hablarla; porque deseo,
ya que he visto su hermosura,
gozar de su entendimiento.
Con la industria, que tratamos
esta noche, á cuyo efecto
aquella carta escribí,
Secretario de mí mesmo,
he de hablarla; y, ya que vine,

á verla, saber deseo,
si es verdad, que la fortuna
ayuda al atrevimiento. *vase.*

FEDERICO.

En notable confusion *ap.*
estoy, porque, si revelo,
quién es, al secreto falto,
que ha fiado de mi pecho
el Duque; si no lo digo,
á la fe falto, que debo
á Flerida, de quien soy
criado, vasallo y deudo.
¿Qué he de hacer? ¿Pero qué dudo?
Mi obligacion es primero,
que toda su confianza.
Mas, ay de mí que, si pierdo
al Duque, pierdo con él
las esperanzas, que tengo,
de que ha de ser de mi amor
su casa seguro puerto,
quando Laura::: ¡Mas qué digo!
Vuelvase la voz al pecho;
que en solo haberla nombrado,
me parece, que la ofendo.

FABIO.

¿Señor, qué huesped es este,
que anoche vino encubierto,
y hoy se retira, y se esconde?

FEDERICO.

Es un amigo, á quien debo
obligaciones.

FABIO.

¿Le hubiste
doncél? ¿Mas qué hablo yo en esto?
Sea quien fuere, él sea muy bien
venido; pues por lo menos
comeremos estos dias
mejor, porque el cumplimiento,
quanto en la cama es pesado,
es en la mesa discreto,
sazonado y de buen gusto.

FEDERICO.

Ya vuelven. Fabio, silencio.

Salen otra vez como primero.

FLORA *cantando.*

Si adoras á Antandra bella
sin meritos, sufre y calla,
pues la causa, que hay de amalla,
hay para no aborrecella.
Culpa tu infelice estrella,
no su esquiva condicion,
sin alegar, corazon,
la razon, que al paso sale:

MUSICA.

Que á quien la razon, amando, no vale,
¿que vale, tener, amando, razon?

FLERIDA.

¿Cuya aquesa letra es?

FEDERICO.

Mia, señora.

FLERIDA.

Siempre advierto,
que en los tonos, que me cantan
y me dicen, que son vuestros,
os quexais de amor.

FEDERICO.

Soy pobre.

FLERIDA.

¿Para amar, qué importa serlo?

FEDERICO.

Para merecer, importa:
y asi veis, que no me quexo,
señora, de que no amo,
sino, de que no merezco.

FLERIDA.

¿Tan baxo sujeto amais,
Federico, que está atento
al interés?

FEDERICO.

No está en ella
de ese defecto el efecto.

FLERIDA.

¿Pues en quien?

FEDERICO.

En mí.

FLERIDA.

¿Por qué?

FEDERICO.

Porque á decir no me atrevo
mi amor, no digo yo á ella,
á sus padres ni á sus deudos;
pero á una humilde criada,
á una esclava suya, viendo,
que amante, que no entra, dando,
puede mal entrar, pidiendo.

FLERIDA.

Amor, que tan desvalido
se confiesa, bien el dueño
publicar puede, pues no
ofende al mayor respeto,
el que se juzga tan mal
tratado de sus desprecios;
y asi extraño, Federico,
que amando y no mereciendo,
nadie sepa, á quien amais.

FEDERICO.

Está tan en mi silencio
mi amor guardado, señora,
que mil veces he resuelto
enmudecer, porque alguno
de mis callados afectos,

disfrazado no se salga
entre las voces envuelto.
Tan sagrado en mi atencion
mi amor vive, que mi haliento
exâmino, quando entra
en las carceles del pecho,
de donde viene, porque
juzgo sospechoso al viento;
y no quiero, que ni ahun él
sepa, quien vive acá dentro
tan oculto.

FLERIDA.

Basta, basta;
que estais muy culto y muy necio.
¿Pues cómo, hablando conmigo,
hablais con tantos afectos
en vuestro amor? ¿Olbidais,
quien soy?

FEDERICO.

¿Pues quién tiene de eso
la culpa? ¿Vos preguntando,
señora, ó yo respondiendo?

FLERIDA.

Vos, respondiendome, mas
de lo que pregunto. ¿Arnesto?

ARNESTO.

¿Señora?

FLERIDA.

Haced, que le lleven
luego á Federico:::

FEDERICO.

Hoy muero.

FLERIDA.

dos mil ducados de ayuda
de costa, porque con ellos
grangear pueda las criadas
de su dama; que no quiero,
que en fe de su cobardia,
me hable otra vez poco cuerdo,
y teniendo allá el temor,
tenga aqui el atrevimiento.

FLORA.

Notables desigualdades
tiene su tristeza.

LIVIA.

Extremos
bien extraños son.

LAURA.

Ay triste,
de quien llega, á conocerlos,
quando todos, á ignorarlos.

FEDERICO.

Mil veces humilde beso
la tierra, que pisas, donde
al breve contacto bello

mas flores sin tiempo nacen,
que Abril produce con tiempo.

FABIO.

Yo no la tierra, que pisas,
besaré; que no me atrevo:
ni la que has pisado, pues
ya no es tierra, sino cielo;
la que has de pisar, me basta.
¿Por dónde has de echar; que quiero,
irte bésando el camino?

Sale Lisardo.

LISARDO.

Un bizarro caballero,
á lo que ha dado á entender,
del Duque de Mantua deudo,
dice, que le des licencia,
señora, de darte un pliego.

FLERIDA.

¡Oh quánto el Duque de Mantua
me cansa con mensageros!

ARNESTO.

¡Por que, si el Duque es, señora,
tu mas igual casamiento!

FLERIDA.

Por la opuesta condicion,
con que, el casarme, aborrezco.
Decid, Lisardo, que llegue.

FEDERICO.

Quien es, callaré, supuesto *ap.*
que, el ser su amigo, me importa.

Sale Henrique.

HENRIQUE.

Turbado, señora, y ciego
llego á tus plantas, que son
ya de mis fortunas puerto.

FLERIDA.

De la tierra alzad.

HENRIQUE.

El Duque,
mi señor con este pliego *daselo.*
á vos me envia.

FLERIDA.

¿Su Alteza
cómo está?

HENRIQUE.

Dixera muerto
de amor, á no darle vida
la esperanza.

FLERIDA.

Mientras leo,
no esteis vos asi. *Lee para sí.*

HENRIQUE *cubriendose.*

Mintió
el pincel; que fue bosquejo *ap.*
de su hermosura, dexando

corto el encarecimiento.

LISARDO.

Ya, señor, envió mi padre
los poderes.

ARNESTO.

Yo me huelgo,
que hayan venido.

FLORA.

¡Qué ayroso
ha llegado el forastero,
Laura, á dar la carta!

LAURA.

Yo
ahun no he reparado en ésó.

FLORA.

No me espanto, porque estando
alli tu primo, y sabiendo,
quanto te adora rendido,
y que ya tu padre Arnesto
con él trata de casarte,
fuera especie de desprecio,
que repararas en otro.

LAURA.

Ni ahun él me ha debido, cierto,
ese descuido ó cuidado.

FEDERICO.

La Duquesa está leyendo:
Arnesto y Lisardo hablando:

deme amor atrevimiento.
¿Y el papel, dí?
Llega á Laura al oido.
LAURA.
Ya está escrito.
FEDERICO.
¿Cómo recibirlo puedo?
LAURA.
¿No trahes el guante?
FEDERICO.
Sí.
LAURA.
Pues
con él podrás:::
FEDERICO.
Ya te entiendo.
ARNESTO.
Todo está muy bien.
LISARDO.
A siglos
contará amor los momentos,
Laura hermosa, á mi esperanza.
FLERIDA.
Dice el Duque en este pliego,
quan cercano deudo suyo
soys, y le importa teneros
de Mantua ausente unos dias,
mientras que compone el duelo

de no sé que desafio,
en que el amor os ha puesto.

HENRIQUE.

Es verdad, que mi delito
es de amor, y por él vengo.

FLERIDA.

Que os ampare en Parma, yo
por él y por vos lo ofrezco;
y asi desde hóy en mi Corte
podeis quedaros. Yo luego
al Duque responderé,
y enviaré la carta.

HENRIQUE.

El cielo
tu vida guarde, señora,
felices siglos eternos,
y de Mantua merezcamos
los nobles vasallos vernos
tan felices, que:::

FLERIDA.

No mas;
y mirad lo que os advierto,
que mientras fuereis mi huesped,
no me habeis de hablar en esto,
sino quando yo os habláre.

HENRIQUE.

Vos vereis, que os obedezco.

FLERIDA.

Y porque escribir podais
al Duque, en qué me divierto,
que no dudo, que trahereis
alguna instruccion, de hacerlo,
sentaos todos, ya que el sol
de pardas nubes cubierto,
hoy, parece, que acechando,
sale mas, que amaneciendo.
Vosotras tomad lugares
á esta parte: y vos, Arnesto,
proponed una pregunta.

Sientanse las damas á un lado, y los galanes están en pie á otro.

ARNESTO.

Ahunque mis canas pudieron
excusarme, no lo harán
por ver, que asi te divierto.
¿Quál es mayor pena, amando?

FLERIDA.

Responded vos el primero.

HENRIQUE.

¡Yo!

FLERIDA.

Sí; por huesped os toca.

HENRIQUE.

Dos grandes ventajas llevo;
y asi, por cumplir con ambas,

escojo, la que padezco.
El ser uno aborrecido.

ELORA.

Yo, que es mayor pena, siento,
la del mismo aborrecer.

LISARDO.

Yo digo, que son los zelos.

LIVIA.

Yo la ausencia.

FEDERICO.

Yo el amor,
sin esperar el remedio.

FLERIDA.

Yo, sin poder explicarse,
amar callando y sufriendo.

LAURA.

Yo, que el amar, siendo amado.

FLERIDA.

Argumento será nuevo,
defender, que es pena, Laura,
amar, siendo amado.

LAURA.

Eso
han de decir las razones.

ARNESTO.

Pruebe cada uño su intento.

HENRIQUE.

Pues el del aborrecido,

me ha tocado á mí, yo empiezo.

FABIO.

Aqui es, donde dice mas
necedades el mas cuerdo.

HENRIQUE.

El amor es una estrella,
que influye dicha ó rigor:
luego la pena mayor
de amor, es amar sin ella.
Quien de una hermosura bella
aborrecido ha vivido,
contra su estrella ha querido:
luego es el mayor desvelo;
pues, lo que no quiere el cielo,
quiere, el que es aborrecido.

FLORA.

Quando uno á sentir, se ofrece
aborrecido, ya es
merito para despues,
pues por lo que ama, padece.
Quien, sin amar, aborrece,
padece, sin merecer
finezas, que puedan ser
merito: luego no ha sido
tanto, el ser aborrecido,
como el mismo aborrecer.

LISARDO.

El que aborrecido amó,

y el que aborreció, tubieron
un mal, que ellos padecieron,
porque el cielo se le dió.
El que ama zeloso, no;
pues se le causa un dichoso,
de quien él vive envidioso:
luego es mas su desconsuelo,
pues lo que hay de un hombre al cielo,
hay de los dos á un zeloso.

LIVIA.

Mil veces el mundo vió,
los amorosos desvelos
sazonarse con les zelos,
pero con la ausencia no.
Muerte de amor se llamó:
Luego es su pena mas fuerte;
pues, si con zelos se advierte,
avivarse su violencia,
y morir con el ausencia,
uno es vida, y otro es muerte.

FEDERICO.

El que aborrecido adora,
la que adorada aborrece,
el que los zelos padece,
y la que la ausencia llora,
cada uno su mal mejora,
con la esperanza, que alcanza,
de que puede haber mudanza:

luego á estar probado viene,
que mayor tormento tiene,
el que no tiene esperanza.

FLERIDA.

Quien sin esperanza vive,
ya por lo menos declara,
no tenerla; y cosa es clara,
que hablando, alivio recibe.
Quien á callar, se apercibe,
y solo á su amor previene
un silencio donde pene,
mas dolor, mas pena alcanza,
pues que ni tiene esperanza,
ni dice, que no la tiene.

LAURA.

El que ama y es amado,
siempre vive temeroso.
Tal vez discurre dichoso,
quando será desdichado:
tal se juzga despojado
de las dichas, que merece,
y, á aborrecerlas, se ofrece;
luego tiene, el que es querido,
despechos de aborrecido,
é iras, de quien aborrece.
Si tiene zelos, los cielos
lo digan; pues el que amó,
siendo amado, ya se vió

de sí mismo tener zelos.
Un punto, que sus desvelos
no tengan su bien presente,
como por siglos lo siente:
luego tiene el mas dichoso
escrupulos de zeloso,
y sobresaltos de ausente.
Si desesperado está,
sus dichas lo dicen bien:
¿qué tendrá, que esperar, quien
no tiene que esperar ya?
El callar, pena le da,
porque en su gloria no halla,
razones con que explicalla;
luego al querido le altera
el dolor, de quien espera,
y la pena, de quien calla.
Decir, que no es desdichado,
porque se mira querido,
es error, pues que ha tenido
siempre el riesgo amenazado;
luego el que ama y es amado,
de aborrecido padece
el mal, el del que aborrece,
del ausente, el temeroso,
desesperado y zeloso,
del que habla, y el que enmudece.

FLERIDA.

Esas son sofisterias, *levantanse.*
con que ha querido tu ingenio,
Laura, ostentarse, que no
razones de fundamento.

LAURA.

Claro está; que mal pudiera,
siendo el principal objeto
de amor, ser amado.

ELERIDA.

El guante.

Caesele á Laura el guante, levantale Federico y truecale con otro parecido.

FEDERICO.

Yo le alzaré.

ARNESTO.

Deteneos.

LISARDO.

Yo he de llevarle.

FEDERICO.

Si yo
llevarle intentára, pienso,
que supiera conseguirlo;
pero, como no lo intento,
no hay, que hacer duelo, Lisardo.
Y pues el llegar mas presto,
no es merito, sino dicha,

ved, como á Laura le vuelvo. *dasele.*
Tomad, señora; que yo,
para lo que llegué, pienso,
que lo he conseguido ya,
pues os sirvo, y no os ofendo.

LAURA.

Discretamente me habeis,
Federico, del empeño
sacado.

FLERIDA.

A mí no él, ni vos;
que es sobrado atrevimiento,
que, estando yo aqui, ninguno
ose levantar del suelo
el desperdicio mas facil,
el mas casual trofeo
de ninguna de mis damas.
Y agradeced, que no os muestro
mi enojo mas; que en decirlo
esta vez. Valedme, cielos; *ap.*
que soy la primer mujer,
á quien el callar ha muerto.

Vase con sus damas.

ARNESTO.

Enojada va su Alteza,
y bien sin razon por cierto.
No entres ahora en su quarto,
sino vamos, Laura, al nuestro,

ya que por los accidentes
de su condicion, teniendo
quarto en Palacio, y gozando
de aqueste estado el gobierno,
no quise, que la sirvieras
mas, que por el cumplimiento.

LAURA.

En todo he de obedecerte,
Mucho dicen los extremos *ap.*
de Flerida. Quiera amor,
no sea, lo que sospecho.

ARNESTO.

¿Caballeros, donde vais?

FEDERICO.

Todos os vamos sirviendo.

ARNESTO.

No habeis de pasar de aqui.
Y vos, sobrino, el primero
habeis de quedaros. *Vase con Laura.*

LISARDO.

Bien
á mi pesar obedezco.

HENRIQUE.

Yo bien á mi gusto, pues *ap.*
á tantas luces atento,
seré girasol humano.
Federico, al punto vuelvo. *vase.*

LISARDO.

Hasta que pierda de vista,
Laura, tus rayos, no puedo
dexarte; que es tu hermosura
iman, de mi pensamiento. *vase.*

FEDERICO.

¡Oh quanto, que me dexasen
solo conmigó, agradezco,
Pues tendré lugar de leer
este papel!

FABIO.

Si no pierdo
mi entendimiento aqui, es, por
no tener entendimiento.

FEDERICO.

¿De qué te admiras?

FABIO.

¿De qué?
De tu flema; pues teniendo
ese papel desde anoche,
hasta ahora no le has abierto.

FEDERICO.

¿Sabes, qué papel es este?

FABIO.

Sea el que fuere. ¿No es cierto,
que desde ahier le has tenido
cerrado?

FEDERICO.

En este momento
le acabo de recibir.

FABIO.

Harásme perder el seso.
Si, desde que amaneció,
ninguno te ha hablado, el viento
debió de traherle sin duda.

FEDERICO.

No le traxo sino el fuego,
donde me abraso y consumo.

FABIO.

¡El fuego!

FEDERICO.

Si.

FABIO.

Ahora creo,
que es ¡verdad:::

FEDERICO.

¿Qué?

FABIO.

que estás loco,
y galan fantasma, has hecho
una dama duende allá
dentro de tu pensamiento,
á quien amas mentalmente;
y asi suplicarte quiero
una merced.

FEDERICO.

¿Qué merced?

FABIO.

Que, pues vive en tu concepto
imaginada esa dama
sin mas alma ni mas cuerpo,
que el que tú has querido darla,
vengan sus papeles llenos
de amores y de ternezas;
que es notable desacierto,
pudiendo hacerte favores,
hacerte, señor, desprecios.

FEDERICO.

Retirate.

FABIO.

¿Pues la letra,
qué importa?

FEDERICO.

Nada, si advierto,
que ahun la letra es disfrazada;
mas apartate.

FABIO.

Escudero
del Limbo debo de ser,
pues que ni glorio, ni peno.

FEDERICO *leyendo.*

Señor y dueño mio,
mucho se va acercando mi tormento,

pues, forzando mi padre mi albedrio,
trata mi casamiento
con violencia tirana,
y los conciertos firmará mañana.
¡Ay infelice de mí,
y que breve plazo tengo
de vida! De aquí á mañana,
Fabio:::

FABIO.

¿Qué?

FEDERICO.

me verás muerto.

FABIO.

Harás muy mal, si excusarlo
puedes, porque te prometo,
que no es cosa de buen ayre.

FEDERICO.

¡Cómo puedo, cómo puedo,
si este papel es sentencia
de mi muerte!

FABIO.

¿Cómo? Haciendo
otra nota á ese papel
mas apacible, supuesto,
que está en tu mano.

FEDERICO.

Sin vida,

sin alma, á proseguir vuelvo. *lée*

Y así, aunque se aventure
de nuestro amor el infeliz secreto,
en lo que hemos de hacer, es bien, procure
hablaros esta noche, á cuyo efecto
tendrá el jardin la reja prevenida,
y antes que os pierda, perderé la vida;
en cuya fe pediros solo trato,
las ferias me pagueis de aquel retrato.

¿Hay hombre mas venturoso?
¿Fabio? ¿Fabio?

FABIO.

¿Qué tenemos?
¿No te mueres ya?

FEDERICO.

Ya vivo.

FABIO.

¿Ves, si fue bueno el consejo?
No hay cosa, como quererse
uno á sí mismo.

FEDERICO.

Contento,
desvanecido y ufano
hablar esta noche puedo
con la hermosura, que adoro.
Luciente campeon del cielo,
que á tornos su campo corres,
que sitias su plaza á cercos,

abrevia de tu tarea
hoy los numeros, sabiendo,
quanto con la luz ofendes.
Y vosotros, astros bellos,
que influís en los amores,
levantaos con su imperio;
trocad á comunidades
las republicas del cielo;
que os quita el sol vuestras leyes,
que os rompe el sol vuestros fueros.

Vase.

FABIO.

Loco está como los locos;
y no me admiro, de verlo
tan loco á él, como de verme
tan demasiado y tan necio
á mí, qué:::

Sale Flora.

FLORA.

¿Fabio?

FABIO.

¿Señora,
qué me mandais?

FLORA.

Que siguiendo
vengais mis pasos.

FABIO.

Sepamos,

si es desafio; que quiero
llamar quatro ó cinco amigos.

FLORA.

Seguidme.

FABIO.

¿Pues á qué efecto
he de seguiros? ¿Sois vos
la dama, que me da zelos:
yo el galan, que no os da un quarto,
para que os ande siguiendo?

FLORA.

Su Alteza es, quien quiere hablaros.
Estando ahora escribiendo,
que os llamáse, me mandó.

FABIO.

¡Su Alteza á mí! ¡Santo cielo,
qué fuera, si se atreviese,
á decir su pensamiento!

Sale Flerida con una carta.

FLERIDA.

¿Flora, llamaste al criado?

FLORA.

Aqui, señora, te espera.

FLERIDA.

Pues aguarda tu allá fuera.

Vase Flora.

Ya conmigo habeis quedado.

FABIO.

Sí, señora; y nada ingrato
me hallareis. Sepa, en qué puedo
serviros, y hablad sin miedo;
que facil soy y barato.
Muy poco habeis menester
cansaros, en conseguirme.

FLERIDA.

Vos, Fabio, habeis de decirme
una cosa, que saber
pretende mi autoridad;
porque importa á su decoro,
de una sospecha, que ignoro,
averiguar la verdad.

FABIO.

Si es hablar yo, el conseguillo,
hecha está la gracia de ello,
pues mas que vos, por sabello,
me muero yo, por decillo.

FLERIDA.

Tomad aquesta cadena.

FABIO.

Si haré por cierto; y no ignoro,
que, por ser vuestra, y de oro,
será por extremo buena.
Por hablar, rabiando estoy.
Preguntad.

FLERIDA.

¿Quién es la dama,
á quien Federico ama?

FABIO.

Desdichado hablador soy;
pues una cosa no mas,
señora, que yo he ignorado,
es, la que habeis preguntado.

FLERIDA.

Si no le dexais jamás,
¿cómo es posible, que no
lo sepais? ¡Tormento grave!

FABIO.

Pues, si él mismo no lo sabe,
¿cómo he de saberlo yo?

FLERIDA.

Tan oculta estar su pena
no pudo.

FABIO.

Pues, siendo ási,
contadmela vos á mí,
y tomad vuestra cadena.
Porque en efecto, señora,
sin que á nadie su amor fie,
él á sus solas se rie,
y él á sus solas se llora.
Si recibe algun papel,
no vemos, quien se le da;

ni sabemos, á quien va,
si acaso le escribe él.
Solo hoy es el dia, que mas
de su amor llegüé, á entender;
pues, acabando de leer
un papel, que Barrabás
debió de darle: hoy me esperá,
dixo, en la tiniebla obscura
una divina hermosura,
para hablarme.

FLERIDA.

¿De manera,
que esta noche se han de hablar?

FABIO.

Si amor pendencias no entabla,
con que se quiten el habla.

FLERIDA.

¿Y es posible, (qué pesar,)
que la casa ó calle, (hoy muero,)
de la dama no has sabido?

FABIO.

Eso sí; en Palacio ha sido.

FLERIDA.

¿De qué lo sabes?

FABIO.

Lo infiero,
de que siente sin mudanza,
de que goza sin empleo,

de que adora sin deseo,
de que ama sin esperanza;
y de que noches y dias
escribe un gran cartapacio;
y solo son de Palacio
tan dircretas boberias.

FLERIDA.

Pues mirad, lo que ahora os mando.
Vos habeis de procurar,
con cuidado averiguar,
quien es la dama, notando
desde hoy todas sus acciones;
y con qualquier novedad,
que hiciere su voluntad,
en todas las ocasiones,
que la haya, venidme á ver;
que desde aqui os doy licencia,
para entrar en mi presencia.

FABIO.

Gentil-hombre de placer
se llama, si no me engaño,
esa merced, que me haceis.

FLERIDA.

Y porque nunca dudeis,
de donde el provecho ó daño
os viene, todo es de mí;
si servís, Fabio, el provecho;
y el daño, si vuestro pecho

dice á nadie lo que aqui
hemos hablado los dos.

FABIO.

Un mudo miron, no dudo,
que seré, si hay miron mudo.

FLERIDA.

Id con Dios.

FABIO.

Quedad con Dios. *Vase.*

FLERIDA.

Loco pansamiento mio,
¿qué tyrano imperio tienes
en mí, que á quitarme vienes
los fueros del albedrio?
¡Tanto de mí desconfio,
que ha de postrarme un temor!
Aqui, aqui de mi valor:
aqui de mí misma, cielos.
Mas ay, que callar no puedo con zelos.
Basta, que pueda callar con amor.
¡Esta noche, (estoy dudando)
ha de ser (estoy muriendo)
quedarme yo padeciendo,
lo que ellos están gozando!
Pues no ha ser. Logren, quando
yo no lo sepa, el favor;
que sabido, será error,
no estorbarle. Piedad, cielos.

Mas ay, que callar no puedo con zelos.
Basta, que pueda callar con amor.
Con este pliego, que habia
á otro proposito escrito:::
El viene. Mal solicito
encubrir la pena mia.

Sale Federico con recado de escribir.

FEDERICO.

Estas cartas, gran señora,
tiene que firmar tu Alteza.

FLERIDA.

Valor, ingenio y grandeza *ap.*
todo es menester ahora.
Poned las cartas ahí,
Federico; que despues
las firmaré; que ahora es
mas necesario, ay de mí,
que á mi servicio acudais
en otra cosa, que importa
mas que eso.

FEDERICO.

¿Qué es?

FLERIDA.

Que una corta
jornada esta noche hagais.

FEDERICO.

¡Esta noche!

FLERIDA.

Sí; aqui os doy
la carta:::

FEDERICO.

¡Fuerte pesar! *ap.*

FLERIDA.

que vos habeis de llevar.

FEDERICO.

Ya conoceis, quanto estoy
con suma solicitud
siempre deseando el empleo
de vuestro servicio. Hoy creo,
que de mi poca salud,
la ocasion darme podrá
disculpa, para pediros,
que:::

FLERIDA.

Ninguna he de admitiros.
Breve la ausencia será.
Mañana estareis aqui;
y advertid, que de vos fio,
no menos, que el honor mio.
No hay que excusaros; y asi
tomad, y ved, que al instante
os tengo de ver partir;
y otra vez vuelvo á decir,
que, á quien soy, es importante,
que vais, á llevarla vos.

El sobrescrito dirá
para quien, y á donde va.
Trahedme respuesta, y á Dios. *vase.*

FEDERICO.

¡La noche, que Laura bella
me dá licencia de hablalla,
en toda ella no se halla
para mí sola una estrella!
¿Qué haré, que mi amor no debe
deslucir la lealtad mia?

Sale Fabio.

FABIO.

¿Señor, es muy largo el dia?

FEDERICO.

Es el diablo, que te lleve.
Al punto, (pena cruel,)
de aqui parte, (fiero agravio,)
y preven dos postas, Fabio.

FABIO.

¿Ha venido otro papel
por el fuego ó por el viento?

FEDERICO.

Una carta vino.

FABIO.

Hay mas
de emendarla, y quedarás
como una pasqua contento?
Vuelvela otra vez á ver,

y mejora tu querella.

FEDERICO.

Ahun el sobrescrito de ella
no me he atrevido, á leer.

FABIO.

Leele, á ver, si contradice,
á lo que primero fue.

FEDERICO.

A donde me envia veré.
Al Duque de Mantua, dice.
Ya es otra mi confusion.
Sin duda, que ha conocido
al Duque, y que asi ha querido,
de la especie de traycion,
con que en casa le he ocultado,
darseme por entendida,
pues me previene ofendida,
que esto á su honor ha importado.
De un riesgo en otro cayendo,
loco pensamiento, vas.

FABIO.

¿Emendóse?

FEDERICO.

Quanto mas
lo miro, menos lo entiendo.

FABIO.

¿Viene en cifra:::

FEDERICO.

¡Qué tormento!

FABIO.

¿cómo la que uno escribió
en guarismo?

FEDERICO.

Qué sé yo.

FABIO.

Si no le sabes, va el cuento.
De una dama era galan
un vidriero, que vivia
en Tremecen, y tenia
un grande amigo en Tetuan.
Pidióle un dia la dama,
que á su amigo le escribiera,
que una mona remitiera;
y como siempre quien ama,
se desvela, en conseguir
lo que su dama le ordena,
por escojer una buena,
tres ó quatro envió á pedir.
El tres ó quatro escribió
en guarismo el majadero;
y como es allí la o cero,
el de Tetuan leyó:
„Amigo, para personas,
á quien tengo voluntad,
luego al punto me enviad

trescientas y quatro monas.“
Hallóse afligido el tal;
pero mucho mas se halló
el vidriero, quando vió,
contra su fragil caudal
dentro de muy pocos dias
apearse con estruendo
trescientas monas, haciendo
trescientas mil monerias.
Si te sucede lo mismo,
lee sin ceros, pues es llano,
que una mona en castellano,
son cien monas en guarismo.

FEDERICO.

Darme á mí estas cartas, bien
dicen, por qué en mí se emplean.

FEDERICO.

¿No hay remedio, de que sean
menos las monas?

FEDERICO.

¡Quién, quien
en el mundo se habrá visto
en igual duda! ¿Que haré?

Sale Henrique.

HENRIQUE.

¿Qué es lo qué teneis?

FEDERICO.

No sé,

cómo mis dudas resisto.
Oid aparte.

FABIO.

Esto no puedo
sufrir. ¿Guardarse de mí?
En toda mi vida oí
huesped, que hablase mas quedo.

FEDERICO.

¿Qué es lo que hemos de hacer?

HENRIQUE.

Vamos
á casa: aqui no lo hablemos,
pues en la carta veremos
la obligacion, en que estamos.
Si se da por entendida,
el descubrirme será
la respuesta; y si no está,
de quien yo soy, advertida,
que puede ser, ser aquesta,
ignorando, que aqui estoy,
otra cosa, escribiendo hoy,
dar mañana la respuesta.

FEDERICO.

Decís bien. Y quando yo,
que lo diga ó no lo diga,
otra cosa no consiga
por ahora, mas que no
hacer ausencia este dia,

daré por bien empleado
todo el disgusto pasado,
no faltando á la fe mia:
porque, si para vos fue
la carta, no hay culpa en mí,
puesto que á vos os la dí,
donde quiera que os hallé.

HENRIQUE.

Sus designios manifiestos
en esta carta vendrán.
Vamos á casa.

FABIO.

¿Estarán, *vase Henrique*,
señor, los caballos puestos?

FEDERICO.

Sí, Fabio; porque ahunque ya
no me ausente, importa hacer
la desecha.

FABIO.

¿Qué placer
es este?

FEDERICO.

Amor lo dirá.

FABIO.

¡Ya alegre!

FEDERICO.

¿De qué te espantas?

FABIO.

De nada; pues sé, que ha sido:::

FEDERICO.

¿Qué?

FABIO.

haber la cifra entendido,
y no ser las monas tantas. *Vanse.*

Sale Laura.

LAURA.

¡Que perezoso es el dia
de una esperanza! Parece,
que se le olbida á la noche
la jurisdiccion, que tiene;
pues tan espacio las sombras,
funestos paxaros leves,
las nocturnas alas baten,
las lóbregas plumas tienden.
Ay, Federico, si ya
llegáse la hora, de verme,
donde contigo mis ansias
se alivien y se consuelen.
Y ay, Flerida, ¿qué han querido
decir tantos pareceres,
con que el desden disimulas,
con que el favor desvaneces?
Pasar á su quarto quiero,
antes que al jardin me lleve
anticipada la pena

de mi zozobrada fuerte,
pues con aquesto dos cosas
consigo; una, que no llegue
á preguntar por mi; y otra,
ver, si hablando, se divierte
el deseo; que tal vez,
hacer ocupadas suele,
sino mas breves las horas,
que nos parezcan mas breves.

Salen Flerida y Flora con luces.

FLERIDA.

Laura, prima, en qué mi amor
tanta ausencia te merece,
que en todo hoy no me has visto?

LAURA.

Estimo el favor, de haberme
echado menos, señora.
Pero un pequeño accidente
me retiró; y, ahunque de él
mal el alma convalece,
sin besar antes tu mano,
no he querido recojerme;
y asi vengo, á saber solo,
cómo, señora, te sientes.

FLERIDA.

Pesame, que de tu ausencia
tu salud la causa fuese,
y huelgome, de que hayas

venido, ahunque tarde, á verme,
porque te he menester, Laura,
esta noche; y asi puedes
avisar, de que conmigo
te quedas.

LAURA.

Señora, advierte:::

FLERIDA.

¿Qué he de advertir? ¿No lo ha hecho
esto el cariño mil veces?
Hagalo la conveniencia
una; que á tí solamente
puedo fiar un secreto.

LAURA.

¡Quién vió confusion tan fuerte!
Si replico, sospechosa *ap.*
me he de hacer: (Cielos, valedme)
si no, he de perder:::

FLERIDA.

¿Qué dices?

LAURA.

Que á tu servicio me tienes.
Tuya soy.

FLERIDA.

Dexanos solas.
Ahora tu, Laura, atiende. *vase Flora.*
Yo he sabido, que un amante:::
(no sé, como te lo cuente,)

ha recibido un papel,
en que una dama le ofrece
hablarle esta noche:::

LAURA.

¡Qué oygo!

FLERIDA.

y aunque sé, el galan quien fuese,
quien fuese la dama, ignoro:::

LAURA.

Eso si.

FLERIDA.

y saber conviene,
qual de ellas por esas rexas,
que al terrero caen, se atreve,
á profanar del decoro
las nunca violadas leyes.

LAURA.

Harás muy bien, porque es
grande atrevimiento ese.

FLERIDA.

No es justo, por mi persona,
baxar yo, ni era decente;
y asi de ti, hermosa Laura,
me he de fiar, pues tu eres,
en quien mi imaginacion,
por mas que discurra y piense,
no ha osado poner la sombra
del escrupulo mas leve,

LAURA.

¿Pues qué mandas?

FLERIDA.

Has de ser,
baxando una y muchas veces
al jardin aquesta noche,
centinela deligente
de mi hónor, reconociendo,
á la que en su esfera encuentres.
Y no te parezca, Laura,
que es decoro solamente;
que conocer quiero, á quien
á Federico (Imprudente
la lengua su nombre dixo.
Poco importa.) favorece.
Aquesto, prima, te encargo.

LAURA.

En vano me lo encareces,
porque yo atenta á tu gusto,
y á tu servicio obediente,
no solo iré, como mandas,
al jardin una y mil veces,
pero hasta el amanecer
estaré en él muy alegre,
por ver, que en esto te sirvo.

Toma la luz yendose.

FLERIDA.

Mi prima y mi amiga eres:

mi honor y gusto te fio:
cordura é ingenio tienes.
Entiendelo, Laura mia,
tu allá, como tu quisieres;
y yo diré, que lo siento
del modo, que tú lo sientes. *vase.*

LAURA.

¡Valgame Dios! ¡Qué de cosas
á mi discurso se ofrecen
tan atropelladas, que
las unas de otras pendientes,
queriendo acabar con todas,
no hallo una, por donde empiece!
¿Mas qué me aflijo? Mejor
será, que todo lo dexe
de una vez al desengaño;
y, para reconocerle,
el mejor medio tambien
es callar, hasta que llegue,
á hablarlas con Federico;
pues es preciso, que muestre
ó su voz ó su semblante,
si me obliga ó si me ofende.

Entra por un lado y sale por otro.

Oh tu, hermoso jardin bello,
cuya república verde
patria es del Abril, pues solo
al Abril conoce y tiene

por Dios de su primavera,
por rey de sus doce meses:
quien voluntaria venia
á tu ameno sitio fertil,
á repetir los amores
de tus flores y tus fuentes,
á tus fuentes y á tus flores,
forzada y mandada viene
con cuidado y con desvelo,
á ver, qual es la que aleve
esconde el aspid de zelos,
que en el corazon me ofende.

Dentro ruido á la rexa.

La seña han hecho en la calle.
Fuerza es, que dude y que tiemble
el corazon; ¡mas de qué,
si nadie en el mundo tiene
mas seguras las espaldas,
pues zelos me las defienden!
¿Quién es?

Federico á la rexa por dentro.

FEDERICO.

No me lo preguntes,
bella Laura, si no quieres,
que ya mis seguridades
á desconfianzas trueque.
¿Quién puede ser, si no yo?

LAURA.

No te admires: no te quexes,
de que yo te desconozca,
puesto que tan otro eres,
del que yo te imaginaba.

FEDERICO.

¿De qué suerte?

LAURA.

De esta suerte.
La Duquesa, Federico,
á aquestas rexas me tiene,
para ver, quién te ha llamado,
de que bien claro se infiere,
que tu dices mis favores,
y que ella tambien lo siente.

FEDERICO.

Plegue al cielo, Laura mia:::
(Mia dixe: no me alegues,
que, yendo, á decir verdades,
por una mentira empiece.)
que los cielos me destruyan,
que un rayo me dé la muerte,
si de mi pecho ha salido
ni ahun el acento mas leve,
que mi secreto profane.
¿Qué mas desengaño quieres,
que ser tu, de quien se fie?
Fuera de que, ¿cómo puede

decir, que aquí estés por mí,
si ella ahora me juzga ausente?
que esto es largo de contar.

LAURA.

Quando en esta parte quedes
disculpado, ¿quedaráslo
en el cuidado, que tiene
en saber, quien, Federico,
es, la que te favorece?

FEDERICO.

Quándo ella que yo lo dudo,
ese cuidado tubiese
por sí, y no por mi respeto,
¿no fuera, Laura, ofrecerte
mas gloriosa la victoria,
que á mis rendimientos debes,
pues quien vence sin contrario,
no puede decir, que vence?
No me barajes mis quexas;
pues mas fundamento tienen
en Lisardo, quanto va
de verdadero á aparente.
¿En fin, ay Laura, te casas?

LAURA.

No me caso; pero quieren,
qué me case, mis desdichas.

FEDERICO.

Quien ama, todo lo vence.

LAURA.

Es verdad; pero tambien
todo, quien ama, lo teme.

FEDERICO.

Pues para qué me escribiste,
Laura, que antes, que perderme,
habias de perder la vida?
¿que mi retrato traxese,
á qué el tuyo me feriabas?

LAURA.

No habia el inconveniente,
Federico, que hay ahora.

FEDERICO.

A buen sagrado te atienes,
para disculparte. Ay Laura,
¿si ya resolucion tienes,
para qué ahora conmigo
tiempo ni palabras pierdes?
Este es el retrato mio;
solo á ser testigo viene
ya de mis zelos. ¿Qué miras?
En el engaste parece
al de un retrato, que tu
me enviaste, quando alegre
me miraba la fortuna,
porque en esta parte fuese,
si no igual la joya, igual
la caxa, que la guarnece.

Tomale, y solo te pido,
si llegas casada á verte,
te guardes de él; que ahun pintado
no sufrirá, que le afrentes.

LAURA.

Yo, Federico::: Mas mira,
que siento en la calle gente.

FEDERICO.

¿Qué va, que ibas á decirme
algo, que bien me estubiese,
pues que viene, quien lo estorbe?

LAURA.

Que soy tuya eternamente,
iba á decir, y lo digo.

FEDERICO.

Pues venga ahora, quien viniere,
Mas ya la esquina doblaron.

LAURA.

Con todo, es fuerza, que cierre
la rexa, hasta asegurarme;
y solo es, lo que te advierte
mi voz, Federico, ahora,
que hay muchos, que nos atienden.

FEDERICO.

¿Habrá mas, que desvelarlos
á todos?

LAURA.

¿Pues de qué suerte?

FEDERICO.

Yo te escribiré mañana
una cifra, con que puedes
hablar delante de todos
conmigo solo, sin que entren
en sospecha, ni la tengan
quantos se hallaren presentes.

LAURA.

Pareceme, que será
el secreto á voces ese.

FEDERICO.

Pon cuidado, en abrir sola
la carta, que te traxere.

LAURA.

Si haré; y á Dios que te guarde.

FEDERICO.

El cielo tu vida aumente.

LAURA.

Ay, amor, lo que me cuestas.

FEDERICO.

Ay, Laura, lo que me debes.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Federico, Fabio y Henrique de camino.

FEDERICO.

Puesto, Federico, que
la carta de la Duquesa
segunda intencion no tubo,
mas que ser cortés respuesta
de la que habia recibido
de mí, y enviaros con ella
á vos, darla autoridad,
pareciendola, que era
justo, habiendo yo venido,
que deudo del Duque piensa,
que yendo vos allá, fuese
igual la correspondencia:
no hay que temer, de que sabe,
quien sois; y asi la mas cuerda
determinacion ahora
es, que, haciendo la desecha,

de que de Mantua venís,
mi carta la deis, que es esta;
con que estará mas segura,
viendo mi firma y mi letra,
de que á Mantua fuisteis.

FEDERICO.

Bien
reconozco todas esas
razones; y ahunque ninguna
duda la carta me dexa
en razon, de que os conozca,
en razon, de que pretenda
ausentarme á mí, la noche,
que alguna dama me espera,
para hablarme, y que la dama
me diga, que está su Alteza
advertida, de que yo
favores suyos merezca,
y que por su estimacion
es forzoso, que lo sienta:
no puede, Henrique, dexar
de darme alguna tristeza.

HENRIQUE.

Discurrir en eso, es
para mas espacio. Esta
es la carta. Procuremos
sanear la duda primera;
que despues á la segunda

tiempo, Federico, queda.
Tomad, y á Dios. *Dasela.*

FEDERICO.

¿No dareis
despues á Palacio vuelta?

HENRIQUE.

Claro está; que, si es del alma
la patria, el centro y la esfera,
qualquier instante, que viva
fuera de él, vive violenta. *vase.*

FABIO.

¡Que esto un hombre honrado sufra!

FEDERICO.

¿Pues, Fabio, de que te quexas?

FABIO.

Yo no me quexo de nada.
Pero hagamos, señor, cuentas
del tiempo, que te he servido;
que si cada hora me dieras,
lo que no me das cada año,
juro á Dios, no te sirviera
una hora mas.

EEDERICO.

¿Pues por qué?

FABIO.

Porque traygo esta cabeza
mareada, de discurrir,
y no hay en el mundo hacienda,

para pagar un criado,
que discurre, y mas en temas
tan varias, como tu tienes.

FEDERICO.

¿Cómo asi?

FABIO.

De esta manera.
Fabio, yo me muero; Fabio,
solo este dia le queda
ya de vida á mi esperanza.
¿Voy, á que el entierro venga
por tí? No vayas; que ya
no me muero; que esta negra
noche es dia para mí.
Sea muy en hora buena.
¿Fabio? ¿Señor? Luego al punto
me he de ausentar; y adereza
dos caballos. Ya lo están.
Ya no me ausento, mas vengan.
Ponte en uno. Ya lo estoy.
¿Qué hemos andado? Una legua.
Pues volvamos. Pues volvamos.
¿No hay ausencia? No hay ausencia.
Vete á casa: no me sigas.
Y tantas impertinencias
de chismes y secretillos,
que el demonio, que te entienda;
y en fin yo no quiero dueño,

que, no siendo Papa, tenga
casos á sí reservados.

FEDERICO.

Calla; que viene su Alteza;
y mira, que otra vez digo,
que de ninguna manera
nadie sepa, que esta noche
yo no hice de Parma ausencia. *vase.*

FABIO.

Claro está. Rabiando estoy,
porque Flerida lo sepa,
por tres razones: la una,
regalar aquesta lengua:
la dos, vengarme de tí:
y la tres, servirla á ella. *vase.*

Salen Laura y Flerida.

FLERIDA.

¿En fin, Laura, no baxó
nadie á la apacible estera
de ese jardin?

LAURA.

¿Quántas veces
quieres, que te lo refiera?

FLERIDA.

Esta vez sola.

LAURA.

Pues digo,
que en su hermosa estancia amena

estube, hasta que riendo
el Alba de mi obediencia,
convirtió la risa en llanto,
una flores y otro perlas,
y nadie baxó al jardin;
de suerte, que tus sospechas,
si no es contra mí, señora,
no hay otra, de quien las tengas.

FLERIDA.

Si hay, Laura; porque es muy facil :::

LAURA.

¿Qué?

FLERIDA.

que la dama supiera,
que á Federico tenia
ausente á una diligencia,
y no baxase al jardin;
mas por lo menos me queda
el gusto, de que estorbé,
que no se hablasen y vieran
esta noche.

LAURA.

Claro está.
¡Si bien supieses, quan necia *ap.*
tercera tú de tus zelos,
los has juntado tú mesma!

Salen Federico y Fabio.

FEDERICO.

Dame, señora, á besar
tu mano,

FLERIDA.

¡Con tanta priesa,
Federico, habeis venido!

FEDERICO.

Es veloz la diligencia,
del que sirve con deseo.

FABIO.

Si, señora; y una legua,
que hay de aqui á Mantua:::

FEDERICO.

¿Qué dices?

FABIO.

Decir quise una docena.

FLERIDA.

¿Traheis carta del Duque?

FEDERICO.

¿Pues
habia de venir sin ella?

FABIO.

En mi vida vi mentir *ap.*
con mas gentil desvergüenza.

FEDERICO.

Esta, señora, es la carta. *Dasela.*

FLERIDA.

Suya es. Mi venganza es cierta.

FABIO.

¿Qué carta es esa?

FEDERICO.

Del Duque.

FABIO.

¡A mí tambien me la pegas!

FLERIDA.

¿Y cómo os ha ido?

FEDERICO.

Tan bien,
segun, señora, desea
el amor con que yo os sirvo,
emplearse en vuestra obediencia,
que os prometo, que en mi vida
noche he tenido mas buena.

FLERIDA.

Yo lo creo asi. Por mas *ap.*
que disimular pretenda,
no puede.

LAURA.

Bien su semblante, *ap.*
que habla en dos sentidos, muestra.

FLERIDA *leyendo.*

De las honras y mercedes,
que hace á Henrique vuestra Alteza,
y á mí, en que su secretario

me traxese la respuesta,
estoy tan agradecido,
que no es posible, que pueda
el alma desempeñarse
jamás de una y otra deuda;
y mas, quando se halla el alma
á la obligacion atenta
de una esclavitud ::: No mas.
Esto es ya de otra materia.
Bien servida, Federico,
estóy de la diligencia,
que habeis hecho.

FEDERICO.

Y yo muy vano,
de haber acertado, á hacerla.

FLERIDA.

Cansado vendreis. Id pues,
á descansar, y dad vuelta,
firmaré aquellos despachos.

FEDERICO.

Primero con tu licencia
daré á la señora Laura
esta carta en tu presencia;
porque, quien tocar no debe
la mas descuidada prenda
suya, no es justo, que aguarde,
á darla, quando te ofenda. *dasela.*

FLERIDA.

¿Cuya es la carta?

FEDERICO.

No sé.
Del quarto de la Duquesa,
madre del Duque, una dama
me llamó: pienso, que deuda
ó amiga suya.

FABIO,

Yo estoy
oyendole hecho una bestia.

LAURA.

Ya, señora, he conocido
la letra. Madama Celia
es; y con licencia tuya
alli me voy, á leerla.
Hasta perderla de vista, *ap.*
iré de temores muerta.

FEDERICO.

Abrela presto.

LAURA.

Si hare. *vase.*

FLERIDA.

Id con Dios.

FEDERICO,

Vivas eternas
edades, que cuente el sol. *vase.*

FLERIDA.

¡Oh quánto quedo contenta,
de haber á su amor quitado
la ocasion; que ahunque se quedá
en pie la duda, tambien
se queda en pie la advertencia,
para estorbarlo otras muchas!

FABIO.

Si todas son como aquesta,
por cierto, que tú habrás hecho
bonísima diligencia.

FLERIDA.

¿Fabio?

FABIO.

Para hablarte, estaba
esperando; que se fuera,
haciendo en esas pinturas
divertido la desecha.

FLERIDA.

Dime, si por el camino
sentia mucho esta ausencia.

FABIO.

¿Qué ausencia?

FLERIDA.

La de esta noche.

FABIO.

¿Luego tu, señora, piensas,
que él ha salido de aqui?

FLERIDA.

¿Cómo es posible, que sea
lo contrario, si del Duque
trahe, no solo la respuesta
firmada, pero la carta
toda escrita de su letra?

FABIO.

¿Qué sé yo? El salió conmigo;
pero á menos de una legua
conmigo volvió.

FLERIDA.

¡Qué dices!

FABIO.

Es verdad tan manifiesta,
que no hay mas verdad. Dexóme
en casa, con la advertencia
ordinaria, de que habia
de estarme encerrado en ella,
y él se fue á sus pitos flautos.

FLERIDA.

No es posible, eso ser pueda.

FABIO.

Pues iria á sus flautos pitos.

FLERIDA.

Oye y dime, lo que resta.

FABIO.

Al amanecer volvió,
dando mil alegres muestras

de venir favorecido.

FLERIDA.

Miente tu atrevida lengua.

FABIO.

Quien miente, miente en buen duelo.

FLERIDA.

¿Pues á quién mandó, que fuera?

FABIO.

A nadie.

FLERIDA.

¿Cómo trahe cartas?

FABIO.

¿Qué dificultad es esa?
Pues, quien un demonio tiene,
que billetes trahe y lleva,
hacerle podrá tambien,
que con cartas vaya y venga.
Infaliblemente aqui
hay familiar; que esta tema
mia no miente.

FLERIDA.

Pensar,
es fuerza, que mientes.

FABIO.

¡Buena!
Juro á Dios, señora mia,
que la verdad es aquesta;
que no ha ido, y que se ha estado

toda aquesta noche entera
con su dama.

FLERIDA.

Cálla y vete;
que vuelve Laura, y quisiera
saber, para salir yo
de las dudas, que me cercan,
qué carta para ella traxo.

FABIO.

¡Valgate Dios por Duquesa, *ap.*
el cuidado en que le ha puesto,
saber, á quién galantea
Federico! El, vive Dios,
hace mal, en no entenderla.
No la hubiera ella conmigo,
que yo la hubiera con ella. *vase.*

Sale Laura.

LAURA.

Ya que la cifra quité,
vuelvo á ver á la Duquesa,
para que de mi retiro
ningun escrupulo tenga.

FLERIDA.

¿Laura, qué es, lo qué te escribe
Celia?

LAURA.

Mil impertinencias.
Aquesta, señora, es

la carta, si quieres verla. *Sacala.*
Daréla, la que venia *ap.*
dentro, para la desecha,
quitada la cifra ya.

FLERIDA.

No, Laura; no quiero verla;
que yo solamente quiero,
que mi sentimiento entiendas.
Ya te dixe ahier, que habia
sabido por cosa cierta;
que á Federico una dama
le habia escrito, que viniera,
á hablarla de noche.

LAURA.

Sí.

FLERIDA.

Que al principio lo hice ofensa
de mi decoro, despues
curiosidad, luego tema,
y que, por saber la dama,
á él le mandé hacer ausencia,
y á tí, que el jardin guardases.
Pues sabrás, que ahora me cuenta
una espia, que á su lado
anda, que anoche, (qué pena)
no se ausentó Federico,
y toda la noche entera
con su dama ha estado hablando.

LAURA.

¡Hay tan grande desvergüenza!
¿Y dice la dama?

FLERIDA.

No.

LAURA.

Pues, señora, no lo creas;
que quando á tí te engañase
con esa carta supuesta,
¿á qué proposito habia
de engañarme á mí con esta?

FLERIDA.

¿Estás cierta, que esa carta
es de tu prima?

LAURA.

Y bien cierta.

FLERIDA.

Pues él debió de enviar
otra persona por ellas,
y eso no sabe la espia.

LAURA.

Eso es sin duda.

FLERIDA.

Ahora resta
otra duda. Tú estubiste
en el jardin, y á sus rexas
ninguna dama salió:
luego es cierto, segun cuenta

este hombre, que con su dama
estubo hasta que amanezca,
que no es su amor en Palacio.

LAURA.

No lo dudes, y, que sea
en la ciudad, es mas facil.

FLERIDA.

Pues yo he de hacer experiencias
extrañas, hasta saber,
aquesta dama quien sea.

LAURA.

¿Qué te va, señora, en eso?

FLERIDA.

No te hagas, Laura, tan necia:
porque, habiendo ya llegado,
contigo y conmigo mesma
á declarar, lo que siento,
¿qué importa, que él no lo sepa?
Que es tan grande mi altivez,
es tan vana mi soberbia,
que no debe consentir,
ni ahun ignorada la ofensa. *vase.*

LAURA.

Avisar á Federico,
importa, de todas estas
zelosas curiosidades.
Mas ay de mí, que la mesma
razon de avisarle yo,

lo será, de que el entienda
los zelos, que tiene de él
Flerida; y no es accion cuerda,
dar á entender al amante
mas firme, que hay quien le quiera;
porque el mas humilde cobra
querido tanta soberbia,
que la dádiva del gusto,
ya desde allí la hace deuda.
Pero menos esto importa,
que no, que (ay Dios) no sepa
las espias, que le siguen,
y los daños, que le cercan.
Para avisarselo, quiero
repasar primero esta
contracifra, que me envia;
que es bien, que mejor la entienda.

Guarda la carta y saca otra, y la lee.

Siempre, que quieras, señora,
que de algo tu voz me advierta,
lo primero será, hacerme
con el pañuelo una seña,
para que esté atento yo.
Luego, en qualquiera materia,
que hables, la primera voz,
con que empieces razon nueva,
será para mí, y las otras

para todos; de manera
que pueda yo juntar luego
todas las voces primeras,
y saber, lo que me has dicho;
y aquesto mismo se entienda,
quando yo la seña hiciere.
Facil es la cifra y cuerda;
Pero la dificultad
está, en saber entenderla,
y saber jugar las voces,
de modo, que á todos vengan.
Por no errarlo, vuelvo á leer.

Sale Lisardo.

LISARDO.

Tan divertida y suspensa
Laura en un papel está,
que, ahunque es verdad, que no puedan
á tan sagrado respeto
llegar las viles sospechas
de los zelos, es forzoso,
que puedan llegar las necias
curiosidades de ver,
que hay, que tanto la divierta.
¡Oh si leer pudiera yo
el papel, sin que me viera!

LAURA.

Quién aqui:::

LISARDO.

Yo, Laura :::

LAURA.

Ay triste.

LISARDO.

¿De qué te turbas y alteras?

LAURA.

Yo ni me altero ni turbo.

LISARDO.

Ajado el papel lo muestra:
turbado el color lo dice.

LAURA.

Entiende mejor las señas
del color y del papel,
verás, que no son aquestas
de la turbacion efectos,
sino efectos de la ofensa,
con que tu desconfianza
á mi estimacion afrenta.
¡Tú á traycion! ¡Tú á hurto conmigo
cauteloso! El mundo vea,
que el remedio de la culpa
es, apelár á la quexa.

LISARDO.

Yo, Laura, no desconfio;
y, para que mejor veas,
quan confiado mi amor
está de tus nobles prendas,

sin temor de que lo encubras,
te ha de preguntar mi lengua,
¿qué papel es ese?

LAURA.

Este
es un papel, que se lleva
ya el ayre en breves pedazos;
porque á pregunta tan necia,
que es hija del viento, es bien,
que al viento dé la respuesta. *rasgalo.*

LISARDO.

Yo la cobraré del viento,
que es, á quien tú se la entregas.

LAURA.

No harás tal; que, ahunque no importe,
que le juntes y le leas,
es ya reputacion mia,
castigar viles sospechas,
que de mí á tener llegaste.

LISARDO.

Mia tambien:::

LAURA.

Ya le lleva
el viento, y no eres mi esposo,
para que á tanto te atrevas.

LISARDO.

Soy tu primo, y soy tu amante,
quando tu esposo no séa,

y he de juntar los pedazos
de esta víbora deshecha,
que en su carácter escrito
todo el veneno conserva.

LAURA.

No has de hacer: que esta, que tú
víbora llamas sangrienta,
ya es áspid de mí pisado.

LISARDO.

Aunque en sus flores me muerda,
le he de cojer.

LAURA.

No harás tal.

LISARDO.

Suelta, Laura.

LAURA.

Ingrato, suelta.

Salen por una parte Arnesto, y por otra Flerida y luego Federico.

ARNESTO.

¡Lisardo, qué ruido es este!

FLERIDA.

¡Laura, qué voces son estas!

LISARDO.

No es nada.

LAURA.

No es sino mucho.
Aquí, amor, de mi cautela. *ap.*

LISARDO.

Aquí de mi valor, zelos. ap.

ARNESTO.

¡Tú libre::

FLERIDA.

¡Tú desatenta::

ARNESTO.

con tu prima!

FLERIDA.

con tu esposo!

ARNESTO.

¡Pues qué novedad es esta!

FLERIDA.

¡Qué causa hay entre los dos!

LISARDO.

No hay ninguna, que yo sepa.

LAURA.

Sí hay, y muchas. ¿A este instante
con una carta de Celia
no me dexaste, señora,
aquí en la mano tu mesma?

FLERIDA.

Sí.

LAURA.

Pues sentado eso, á tí
han de apelar mis ofensas
de atrevimientos, de quien
mis altiveces desprecia.

Saca un pañuelo.

Y porque sepas la causa,
escucha, señora, atenta.
Escuche tambien mi padre,
y quantos contigo llegan;
que me importa, que no haya
ninguno, que no lo entienda,
quando ya el secreto á voces
digo, que mi pecho encierra.

FEDERICO.

¿Qué habrá sucedido, Fabio?

FABIO.

No sé. Mas, como no sea *ap.*
en razon de lo que yo
he parlado á la Duquesa,
mas que sea, lo que fuere.

FEDERICO.

A su voz el alma atenta, *ap.*
pues ví la seña, juntando
iré las voces primeras.

ARNESTO.

Prosigue, Laura, qué aguardas.

FLERIDA.

Dí, Laura, no te detengas.

LAURA.

Flerida-, cuya beldad
ha-con tu ingenio igualado,
sabido-es, quanto ha mostrado

ya - mi afecto mi humildad.

FLERIDA.

Es verdad. ¿Mas dónde vá
tu voz, que eso advertir quieras?

FEDERICO.

Las voces dicen primeras, *ap.*
„Flerida ha sabido ya:::

LAURA.

Que - intente sacar, señora,
de aqui - mi alivio (ay de mí)
no - te admire, pues de aqui
te ausentaste - apenas ahora.

ARNESTO.

La voz, que lo diga, baste.
¡Lagrimas, para qué fueron!

FEDERICO.

Claras las voces dixeron; *ap.*
„que de aqui no te ausentaste:::

LAURA.

¿Y que - importa llanto tal,
con - quien ofenderme osa?
Tu dama - soy, no tu esposa.
Hablaste - Lisardo, mal.

LISARDO.

Tú fuiste, quien agraviaste
el justo amor de los dos.

FLERIDA.

Prosigue tu. Callad vos.

FEDERICO.

„y que con tu dama hablaste. "*ap.*

LAURA.

De qué-se me haya atrevido
muy-descortés, con accion
zelosa-y sin atencion,
está-mi honor ofendido.

LISARDO.

¿Si un papel leyendo va,
y le rompe, al querer verle?

ARNESTO.

Hizo muy bien, en romperle.

FEDERICO.

„de que muy zelosa está." *ap.*

LAURA.

Mira-lo que te apercibo:
(bien-puedo aquí morir yo,)
en no-casarme, y en no
nombrarme-tu esposa vivo.

ARNESTO.

¿Cómo podreis disculparme
de este enojo?

LISARDO.

Bien me aflijo.

ARNESTO.

Ea, callad.

FEDERICO.

Ahora dixo, *ap.*

„Mira bien, en no nombrarme.

LAURA.

Porque-necio descortes,
quien-antes de ser marido,
anda-contigo atrevido,
¿contigo-qué hará despues?

LISARDO.

Que erré, hermosa Laura, digo;
mas mis zelos me disculpan.

ARNESTO.

¡Zelos! Ellos mas os culpan.

FEDERICO.

„porque quien anda contigo:::

LAURA.

¿Es-justo atreverse, dí,
(tú-lo juzga,) á pedir zelos?
Mayor-no puede haber, cielos,
enemigo-para mí;
y ven-, señor, porque mas
esta-pasion no te ciegue.
Noche-ni dia no llegue,
á hablarme-ó verme jamas. *vase.*

ARNESTO.

En tu enojo ha de alcanzarme
mayor parte á su castigo. *vase.*

FEDERICO.

„Es tu mayor enemigo; *ap.*
y ven esta noche, á hablarme."

FLERIDA.

Vos, Lisardo, habeis andado
con Laura muy desatento;
pero de su sentimiento
yo os dexaré disculpado,
ya que contra vos han sido
hoy los zelos en los dos,
porque los pedisteis, vos,
y yo, porque no los pido. *vase.*

FABIO.

Gracias á Dios, que se fue, *ap.*
sin hablar Flerida en mí,
quedando seguro aquí
del chisme, que la parlé.

LISARDO.

Valgame el cielo. ¡Tan raro
delito ha sido intentar,
Federico, averiguar,
quando en un papel reparo,
lo que contiene el papel,
para mostrarse ofendida
Laura, Flerida sentida,
y su padre tan cruel!
Decidme, ¿habeis entendido
la ocasion, que ha habido aquí,
para tanto extremo?

FEDERICO.

Sí,

para mí bien clara ha sido.
Laura de vos se ofendió
por vuestra desconfianza.

LISARDO.

¡Ay de mi loca esperanza,
qué neciamente murió! *vase.*

FEDERICO.

¡Ay de la mia tambien!

FABIO.

Seguro me considero.

FEDERICO.

Juntar, lo que dixo, quiero, *ap.*
si puedo acordarme bien.
Para cuyo efecto trato,
por engañar á mi estrella,
y pensar, que lo oygo de ella,
preguntarlo á su retrato.

Saca un retrato.

¿Bella imagen singular,
lo que dixiste, qué fue?

FABIO.

¡Retrato! Ahora lo sé. *ap.*
Ya tengo mas, que parlar.

FEDERICO.

„Flerida ha sabido ya,
que de aqui no te ausentaste,
y que con tu dama hablaste,
de que muy zelosa está.

Mira bien, en no nombrarme,
porque, quien anda contigo,
es tu mayor enemigo;
y ven esta noche, á hablarme."
Viven los cielos, traydor, *á Fabio.*
que tú eres, quien me ha vendido:
tú, quien ha contado, has sido,
que no me ausenté. *Castigale.*

FABIO.

¡Señor,
qué cólera repentina
te ha tomado! ¿Pues por qué
me tratas asi?

FEDERICO.

Yo sé,
por qué, traydor.

FABIO.

¿Tu mohina
qué ocasion tiene? ¿No entraste
aqui gustoso conmigo?
¿Pues qué indicio, qué testigo,
en aquesta sala hallaste,
no habiendote nadie hablado?
¿Quién te ha dicho mal de mí?

FEDERICO.

Despues, villano, que aqui
entré, supe, que has contado,
que anoche no me ausenté,

que, á ver á mi dama, fui.

FABIO.

¡Despues que aqui entraste!

FEDERICO.

Sí.

FABIO.

Señor, advierte:::

FEDERICO.

Yo haré,
que quedes escarmentado.

FABIO.

¿De quién aqui lo supiste?

FEDERICO.

Mira tú, á quien lo dixiste;
que ese me lo habrá contado.

FABIO.

Yo á nadie. A morir dispuesto, *ap.*
la verdad no he de decir.

Saca la daga.

FEDERICO.

Vive Dios, que has de morir
hoy á mis manos.

Sale Henrique.

HENRIQUE.

¿Qué es esto?

FEDERICO.

Es, dar la muerte á un infame.

FABIO.

Detente, señor.

HENRIQUE.

Mirad,
que en Palacio estais.

FEDERICO.

Dexad,
que su vil sangre derrame.

HENRIQUE.

Huye.

FABIO.

Eso haré con presteza
muy bien, si el paso me ofreces,
porque lo he hecho muchas veces.
¡Parlerita me es su Alteza! *vase.*

HENRIQUE.

¡Cómo aquí tan descompuesto
asi os mostrais! Sepa pues
la causa.

FEDERICO.

La causa es,
en la que un traydor me ha puesto.
Flerida, Henrique, ha entendido,
que de aqui no me he ausentado.

HENRIQUE.

¿De quién?

FEDERICO.

Solo ese criado,

vos y yo lo hemos sabido.

HENRIQUE.

¿Ella os lo ha dicho?

FEDERICO.

Ella no;
porque cuerda y advertida,
no se da por entendida.

HENRIQUE.

Quiza, quien os lo contó,
lo inventa.

FEDERICO.

Eso no; porque
es la mas interesada.

HENRIQUE.

Bien puede estar engañada.

FEDERICO.

No puede; y asi no sé
otro medio, de que usar,
sino en pena tan cruel
hacer del ladron fiel,
y llegarla, á confesar
la verdad.

HENRIQUE.

Ahunque yo fuera
entonces el mas culpado,
por veros asegurado
á vos, en ello viniera,
si de su efecto pensára,

que ser acierto podia.

FEDERICO.

¿Pues en la confusion mia
qué hicierades vos?

HENRIQUE.

Callára,
hasta ver, lo que hacia ella,
y entonces obrára yo;
porque, ó lo ha sabido ó no:
si lo ha sabido, y su bella
discrecion pasa por ello,
¿contra vos no es ir obrando,
hacer, que lo sepa, quando
ella no quiere sabello?
Si no lo ha sabido, ha sido,
obrando ir contra los dos;
pues vendrá á saber de vos,
lo que de otro no ha sabido.
Y asi, lo que hiciera yo,
fuera halagar al criado;
si calló, porque irritado
no lo diga ahora, y si no,
porque, si lo dixo ya,
con la quexa no volviera,
y ella obligada se viera,
á declararse.

FEDERICO.

Ahunque está

de otra parte mi opinion,
la vuestra quiero seguir,
solo por poder decir,
que no erré por mi eleccion.
Al criado buscaré, *ap.*
y hablaré á Flerida bella,
sin disculparme, hasta que ella
por entendida se dé. *vase.*

HENRIQUE.

De su confusion heredo
las dudas, en que ahora estoy;
pues, ahunque él de mí se ausenta,
dexa en mí su confusion.
A ver á Flerida vine,
pensando entonces, que no
aspirára mi deseo
á empeño, ay de mí, mayor.
De un dia pasando en otro,
dentro de su Corte estoy
disimulado, á peligro
de ofender la estimacion;
pues es fuerza, que haya muchos
que me conozcan, y voy
neciamente haciendo ofensa,
la que fue en mí obligacion.
Pues, si mi intencion ha sido,
solo hacer mis partes yo,
¿qué aguardo? ¿Por qué no empiezo,

á executar mi intencion?

FLERIDA *sali ndo.*

En fin me trahes otra vez,
ciega tirana pasion,
á donde::: ¿Henrique, qué haceis?

HENRIQUE.

Dando, gran señora, estoy
á estas flores y á estas fuentes,
de quien vos Aurora sois,
quexas del amor.

FLERIDA.

¿Por qué?

HENRIQUE.

Porque, al miraros á vos,
hermosisima deidad
de su florida estacion,
matar como el sol á rayos,
y á flechas como el amor,
le dixe: No desperdicies
tantas municiones hoy;
pues, si solo un rayo, sola
una flecha te bastó;
„¿para qué es, amor tirano,
tanta flecha y tanto sol?"

FLERIDA.

Dos veces extraño, Henrique,
la plática, y son las dos,
una, que asi vos me hableis,

y otra, que os lo sufra yo.
Idos de aqui; que, si el Duque
á mí Corte os envió,
para que fueseis, no fue,
al Duque y á mí traydor,

HENRIQUE.

Ni á vos, señora, ni á él,
imagino, que lo soy;
pues el Duque es, el que siente,
todo lo que digo yo.

FLERÍDA.

Casar por poderes, muchas
veces el mundo lo vió:
no enamorar por poderes;
y, quando aquesta razon
admita, y por él me hableis,
¿mi lengua no os advirtió,
que en él no me habiais de hablar,
sino quando os hable yo?

HENRIQUE.

Sí, señora; pero fue
ninguna la condicion,
de haber yo de callar siempre,
no hablandome nunca vos.

FLERIDA.

Pues, si os he de hablar, Henrique,
alguna vez, será hoy,
para decir, quan en vano,

el Duque sulcar pensó
con remos de pluma el fuego,
con alas de cera el sol;
y retiraos, antes que
responda mi indignacion
con mas declaradas iras
al Duque, Henrique, y á vos.

HENRIQUE.

Ya os obedezco, temiendo
mayor pena, si mayor,
que dexar vuestra hermosura,
puede haberla. Muerto voy. *Vase.*

FLERIDA.

Mucho, que pensar, me ha dado
este atrevimiento. Amor,
dexame un rato siquiera
libre la imaginacion,
para discurrir. ¿Mas quién
hasta aqui se ha entrado?

Sale Fabio.

FABIO.

Yo,
parlerisima Duquesa,
que enojadisimo vengo,
por muchas causas, que tengo,
para decir, que me pesa
de haber tan chismoso estado;
ahunque ya no es civil cosa,

serlo, puesto que en chismosa
tambien vuestra Alteza ha dado.

FLERIDA.

¿Qué quieres decirme en eso?

FABIO.

¿Qué quisiste tu, señora,
decir en esotro?

FLERIDA.

Ahora
menos te entiendo.

FABIO.

¿El suceso,
que yo te habia contado
de mi señor, se pudriera,
porque en tu pecho estubiera
siquiera una hora guardado?

FLERIDA.

¿Pues á quién le he dicho yo?

FABIO.

A nadie, sino es á él,
que colerico y cruel,
en yendote tu, envistió
conmigo con tal fiereza,
que á no llegarle á tener,
me mata.

FLERIDA.

¿Por qué?

FABIO.

Por ser
parlerita vuestra Alteza.

FLERIDA.

¿Pues, si yo con él no he hablado,
cómo decirselo yo
he podido?

FABIO.

Pues si no,
el demonio lo ha contado.
Esta es cosa declarada;
y á fe, que tenia de nuevo,
que decir; mas no me atrevo.

FLERIDA.

¿Dí, qué ha sido?

FABIO.

No sé nada.

FLERIDA.

¿Ha tenido algun papel?

FABIO.

No sé nada.

FLERIDA.

¿Dónde ha ido?

FABIO.

No sé nada.

FLERIDA.

Dí, ¿ha venido
alguno, que hable con él

en secreto?

FABIO.

No sé nada.

FLERIDA.

Casi á presumir me das,
que ya arrepentido estás,
de servirme, y que te agrada,
el servir con mas fineza,
que á mí, á Federico.

FABIO.

Pues
no es eso.

FLERIDA.

¿Pues qué?

FABIO.

Que es
parlerita vuestra Alteza;
y él me ha de matar, si á oillo
llega otra vez.

ELERIDA.

Lo que advierto
es, que hasta ahora no te ha muerto.

FABIO.

No; mas vaya un cuentecillo.
Con una dama tenia
un galan conversacion.
y gozando la ocasion
un piojo, entre sí decia:

ahora no se rascará:
bien sin zozobra ni miedo
comer á mi salvo puedo.
El galan, cansado ya
del encarnizado enojo,
á hurto de la tal belleza,
metió con gran ligereza
los dedos, y hizo al piojo
prisionero de aquel saco.
Volvió la dama al instante,
y halló la mano á su amante,
á fuer de tomar tabaco;
y preguntó con severo
semblante, porque no hubiera
otro alli, que lo entendiera,
¿murió ya aquel caballero?
Y el muy desembrarazado,
la mano asi, respondió:
no, señora: ahun no murió:
pero está muy apretado.
Y esta respuesta te doy,
quando cojido me advierto,
pues no importa, no haber muerto,
si muy apretado estoy,
para no poder decir
por tu falso aleve trato,
que hoy ví, que trahia un retrato,
de quien podrás descubrir,

quien es esta dama bella,
á quien tiene tanto amor;
pues ella misma mejor
lo dirá, si, para vella,
tienes industria. Esto y mas
mi voz, señora, dixera,
si tu lengua no temiera;
mas no esperes, que jamás
te diga esto ni otra cosa;
y mas, quando considero,
que él es mi amo, y yo parlero,
y vuestra Alteza chismosa. *vase.*

FLERIDA.

¡Retrato tiene consigo!
Aqui de mi ingenio; aqui
de mi industria, para hallar
decente modo sutil
de obligarle, á que le enseñe.
Esto se ha de prevenir
en menos público puesto.

Sale Federico.

FEDERICO.

El mejor remedio en fin
es, no hablarla en ello yo, *ap.*
mientras no me habláre á mí.
¿Querrá, señora, tu Alteza,
pues que me mandó venir
para este efecto, firmar

aquellos despachos?

FLERIDA.

Sí;
pero para eso no es
buena estancia este jardin,
y mas, quando ya va el sol
declinando en el zafir,
que es cuna, para nacer,
y tumba, para morir.
Llevadlos luego á mi quarto;
y antes que entreis, advertid,
que teneis aquesta noche
muchas cosas, que escribir.
Si os espera aquella dama,
á quien tan fino servís,
que no os espere por hoy,
podeis enviarla á decir;
que, ahunque es mas breve jornada,
donde esta noche habeis de ir,
es mas segura la ausencia,

FEDERICO.

¡Qué escucho, cielos!

Sale Laura.

LAURA.

Aqui,
Flerida está y Federico. *ap.*
Pues ella me quita á mí
las ocasiones, yo quiero

quitarselas á ella. ¿En fin
vuestra Alteza compañia
tiene hecha con el Abril
para empleos á ganancia
sin perdida?

FLERIDA.

¡Cómo asi!

LAURA.

Como en todo el dia no sale
de aqueste hermoso pensil,
dando púrpura á la rosa,
dando candor al jazmin.

FLERIDA,

Ya recojerme queria.
Vamos, Laura, y vos venid
con los despachos despues;
y pues vais por ellos, id
de camino, á dar tambien
aquel aviso, que os dí.

FEDERICO.

No estoy tan favorecido,
como vos me presumís;
Saca el pañuelo.
y ese aviso, pienso que
podre darle desde aqui,
porque:::

LAURA.

La seña hizo; quiero *ap.*

á sus voces advertir.

FEDERICO.

Mi bien - es muy imposible,
señora - de conseguir;
alma - es mia, el padecer,
y vida - mia, el morir.

LAURA.

„Mi bien, señora, alma y vida:::" *ap.*
de sus voces entendí.

FEDERICO.

Está - mi amor tan tirano,
cruel - tanto mi sentir,
fiera - tanto mi esperanza,
infeliz - tanto mi fin :::

LAURA.

Lo que dixo ahora fue, *ap.*
„esta, cruel, fiera, infeliz :::"

FEDERICO.

hoy - que á costa de la vida,
me - tiene fuera de mí,
embaraza - mi temor
el hablarte - en esto á tí.

LAURA.

„hoy me embaraza el hablarte." *ap.*

FLERIDA.

¿Pues para qué lo decís?

FEDERICO.

No - me culpes, ni conmigo

vayas - enojada asi,
pues - será mi muerte, haciendo
al jardin - sepulcro vil.

FLERIDA.

Está bien.

LAURA.

En todo dixo, *ap.*
si lo puedo repetir:
„Mi bien, señora, alma y vida,
esta cruel fiera infeliz,
hoy me embaraza el hablarte.
No vayas pues al jardin.“

FLERIDA.

Ven, Laura, conmigo, y vos
tambien al punto venid.

FEDERICO.

¡Hay amor mas desdichado!

FLERIDA.

¡Hay sentimiento mas vil! *vase.*

LAURA.

¡Hay mas declarados zelos! *vase.*

Sale Fabio.

FABIO.

¿Hay por á donde salir,
sin encontrar con mi amo?
Mas dicho y hecho: hele aqui.

FEDERICO.

¿Fabio?

FABIO.

No me des de caso
pensado.

FEDERICO.

¿Por qué de mí
huyes? ¡Qué en efecto tengo *ap.*
mi sentimiento encubrir
con un pícaro!

FABIO.

Porque
este demonio civil,
que te habla al oido, no haya
dicho otra cosa de mí,
tan falsa como la otra.

FEDERICO.

Ya he llegado á descubrir
la verdad, y sé, que tú
fuiste fiel.

FABIO.

Tanto lo fui,
que asi lo fueran algunos
con la villa de Madrid.

FEDERICO.

Un vestido en desenojo
te he dar.

FABIO.

¡Vestido!

FEDERICO.

Sí.

FABIO.

Vestida tengas el alma
con un ropon carmesi,
una calza de christal,
y una cuera de ambar gris,
en la vida perdurable.

FEDERICO.

Mas esto me has de decir:::

FABIO.

¿Y esotro?

FEDERICO.

mientras, es fuerza,
por unos papeles ir::

FABIO.

Dios ponga tiento en mi lengua.

FEDERICO.

¿Flerida hate dicho á tí
algo de mi amor?

FABIO.

No, cierto.
Mas yo he llegado á inferir,
que eres bobo, en no entenderla.

FEDERICO.

¿Pues dice ella algo?

FABIO.

Sí;

y mucho.

FEDERICO.

Mientes, villano;
que su hermosura gentil,
que es garza, que vuela al sol,
no se habia de abatir
al cobarde vuelo de
tan destemplado neblí.

FABIO.

Ay señor, prueba unos dias,
ya que no á amar, á fingir,
y verás:::

FEDERICO.

Quando tubiera
algun indicio esa ruin
villana malicia tuya,
no pudiera hallar en mí
resquicio, por donde entrar,
porque, si no mas feliz,
mas igual otro amor tiene
la posesion, que le dí.

FABIO.

¿Luego tú nunca has amado
dos?

FEDERICO.

No.

FABIO.

Pues haz cuenta:::

FEDERICO.

Dí.

FABIO.

que en tu vida te has holgado.

FEDERICO.

No es amar eso : es mentir.

FABIO.

Tanto y mas gusto.

FEDERICO.

¿Pues como
se ama en dos partes ?

FABIO.

Asi.

Hay cerca de Ratisbona
dos lugares de gran fama,
que el uno Agere se llama
y el otro Macarandona.
Un solo Cura servia,
humilde siervo de Dios,
á los dos, y asi á los dos
Misa en las fiestas decia.
Un vecino del lugar
de Macarandona fue
á Agere, y oyendo, que
el Cura empezó á cantar
el Prefacio, reparó,
en que á voces aquel dia,
gratias agere, decia,

y á Macarandona no.
Con lo qual, muy enojado,
dixo al Cura: ¡Gracias dá
á Agere, como si acá
no le hubieramos pagado
sus diezmos! Quando escucharon
tan bien sentidas razones
los nobles Macarandones,
los bodígos le sisaron.
Viendose desbodigar,
al sacristan preguntó
la causa: él se la contó,
y él dió desde alli en cantar,
siempre que el Prefacio entona,
porque la ofrenda se aplique,
tibi semper et ubique
gratias á Macarandona.
Si tú dos feligresias
tienes de amor, ciego Dios,
cumple con ambas á dos,
y verás, que á pocos dias
tu persona y mi persona
de bodígos nos comemos,
como á Flerida cantemos
algo de Macarandona.

FEDERICO.

¿Pensarás, que te he escuchado?

FABIO.

¿Pues no, si has oido atento?

FEDERICO.

No; que mi divertimiento
todo fue de mi cuidado.

FABIO.

Pues el *agere* te olbida
de Macarandona, digo,
que no tendrás un bodígo
de amor en toda tu vida. *vanse.*

Salen Flerida, Laura, Livia y Flora con luces

FLERIDA.

Dexad las luces aqui,
y allá fuera todas idos;
que mas compañia no quiero,
que vivir sin mí conmigo.

LIVIA.

¡Extraña tristeza!

FLORA.

Ya,
mas que tristeza, es delirio
el suyo. *vanse.*

FLERIDA.

Tú, Laura, no
te vayas.

LAURA.

¿En qué te sirvo?

FLERIDA.

En hacer una fineza
por mí, pues solo me fio
de tu amistad.

LAURA.

¿Qué me mandas?

FLERIDA.

Que, en viniendo Federico,
te pongas á aquesa puerta,
y con cauteloso aviso,
no dexes, que escuche nadie,
lo que le dixere.

LAURA.

Digo,
que lo haré con el cuidado,
que tú verás. ¿Mas qué ha habido
ahora de nuevo?

FLERIDA.

Yo he
de saber por raro estilo,
quien es su dama.

LAURA.

¿Quién es
su dama?

FLERIDA.

Sí.

LAURA.

No imagino

de que manera ¡Oh si yo *ap.*
la ocasionase, á decirlo,
para que en viniendo él,
pudiera darle el aviso!

FLERIDA.

Sabrás, Laura:::

LAURA.

Ya te escucho.

FLERIDA.

que sé, que tiene consigo:::
Mas ya viene; ya no puedo,
sin que él lo oyga, descubrirlo.
Pero licencia te doy,
de que escuches, lo que finjo.
Retirate allí.

LAURA.

Si haré.

Poco la licencia estimo; *ap.*
que ahunque tú no me la dieras,
la tomára yo, de oirlo.

Escondese Laura, y sale Federico con papeles.

FEDERICO.

Aqui están las cartas ya.

FLERIDA.

Ahí las poned; que es indigno,
que en vuestra mano las firme,
ni que en los secretos mios

os tenga por instrumento
de confianza, habiendo sido
á mi respeto traydor
y á mi decoro enemigo.

FEDERICO.

¡Señora, en qué mi lealtad
ha faltado! ¡En qué os desirvo,
para que con ese nombre
infameis tantos servicios!

FLERIDA.

¡En qué preguntais, teniendo
contra vos tantos testigos,
que os acusen!

FEDERICO.

Sepa yo
de ese cargo los indicios:::

LAURA.

¡Qué tiene aquesto que ver,
con saber, que dama quiso!

FEDERICO.

para disculparme de ellos.

FLERIDA.

Yo os los diré. Yo he sabido,
que trato doble teneis
con mi mayor enemigo.

FEDERICO.

Señora, oid, que si yo
tube en mi casa escondido

al Duque de Mantua, fue
sola la noche, que vino
disfrazado.

FLERIDA.

¡Cómo es esto!
¡El Duque! Cielos divinos, *ap.*
yo acabé cierto el enojo,
que ha empezado por fingido.

FEDERICO.

En Palacio estubo, en tanto
que no te habló.

FLERIDA.

¿Luego ha sido
el Duque ese caballero,
que yo en mi Palacio admito?

FEDERICO.

Sí, señora.

FLERIDA.

Oh, quántas veces
sacó verdad, el que dixo
mentira.

LAURA.

De un riesgo en otro
tropezando, no apercibo
su intento.

FLERIDA.

¡Pues cómo vos
callado lo habeis tenido!

FEDERICO.

Como, habiendo de casarse
con vos, señora, hice juicio;
que de amor delitos nobles
no son traydores delitos.

FLERIDA.

Ahora entiendo, como fue
facil, haberme trahido
carta suya.

FEDERICO.

Sí, señora;
porque, partiendo el camino,
el no llevarsela yo,
fue, porque él por ella vino,
y yo, en darsela, cumplí.

FLERIDA.

Con él si, mas no conmigo.
¿Pero la carta de Laura?

FEDERICO.

Fue carta, que traxo el mismo.

LAURA.

Bien se disculpó. ¡Mas, cielos,
á dónde van sus designios!
¡Esto qué tiene, que ver,
con quien su dama haya sido!

FLERIDA.

Pensareis, que es este solo
de vuestra culpa el aviso,

que tube. Dadme unas cartas,
que sé, que habeis recibido
hoy del Duque de Florencia,
en razon de aquel antiguo
derecho, que á aqueste Estado
pretende.

FEDERICO.

Humilde os suplico,
os acordeis, de quien soy,
y que un casual delito
de honesto amor, que os adora,
no ha podido ser, ni ha sido
conseqüencia para otro
tan ajeno, tan indigno
de mi valor y mi sangre.

FLERIDA.

Quien halla uno en los principios,
muchos hallará an los medios.
Dadme las cartas, que os pido.

FEDERICO.

¡Yo cartas! Tomad, tomad,
quantos papeles conmigo
traygo, y la llave de quantos
tengo en casa; y, si un resquicio
hallaredes de traycion,
en mi ensangriente sus filos
un cuchillo.

Saca el pañuelo, llaves y una caxa de un retrato y escondele.

FLERIDA.

¿Qué es aquello,
que ocultar habeis querido?

FEDERICO.

Una caxa.

FLERIDA.

Esa tambien
he de ver.

FEDERICO.

Ya he conocido, *ap.*
donde llevó la intencion
su enojo. Ni este es indicio
de traycion, ni puede serlo;
y asi, señora, os suplico,
no le pidais.

LAURA.

Aquel es,
cielos, el retrato mio.

FLERIDA.

Saber tengo, qué esa caxa
contiene.

LAURA.

Esto va perdido.

FEDERICO.

Un retrato es; y, sí solo
saberlo, habeis pretendido,

ya lo sabeis.

FLERIDA.

Hasta verle,
no he de creerlo. Mostrad, digo.

FEDERICO.

Si esta, señora:::

LAURA.

¡Qué pena!

FEDERICO.

la causa fue:::

LAURA.

¡Qué peligro!

FEDERICO.

de hacerme:::

LAURA.

¡Qué sentimiento!

FEDERICO.

traydor:::

LAURA.

¡Qué extraño conflicto!

FEDERICO.

muy bien:::

LAURA.

¡Rigoroso empeño!

FEDERICO.

dixisteis:::

LAURA.

¡Cruel martirio!

FEDERICO.

que lo soy :::

LAURA.

¡ Qué confusion!

FEDERICO.

pues primero :::

LAURA.

¡Qué castigo!

FEDERICO.

que yo llegue :::

LAURA.

¡Qué desdicha!

FEDERICO.

á entregarle :::

LAURA.

¡Qué delirio!

FEDERICO.

me habeis de dar muerte.

Sale Laura, quitale el retrato, truecale con el que tenia ella de Federico, y dasele á Flerida.

LAURA.

¡ Cómo,

traydor, podrás resistirlo!

FEDERICO.

¡Laura, qué haces!

LAURA.

Esto hago,

habiendo escuchado y visto
la platica, pues bastó,
haber su Alteza querido
verle, para que grosero
no intentases impedirlo.
Toma, señora.

FLERIDA.

En tu vida
me hiciste mayor servicio.

FEDERICO.

Sin duda, que de una vez *ap.*
Laura declararse quiso.

Toma Laura la luz.

FLERIDA.

Alumbra, Laura; veamos
ese encantado prodigio
de amor. Sabré por lo ménos, *ap.*
quien causa los zelos mios.

FEDERICO.

¿Qué hará, al conocer de Laura *ap.*
el retrato?

FLERIDA.

¡Mas qué miro!

LAURA.

Poco hay, que dudar en eso,
pues es su retrato mismo.

FLERIDA.

¡Y esto ocultabades tanto!

FEDERICO.

Que hay, que espantar, si esta ha sido
la cosa, que yo mas quiero
en el mundo?

FLERIDA.

Yo lo fio,
pues le quereis como á vos.
¡Laura, que me ha sucedido!
¡Qué puede ser esto, Laura!

LAURA.

¿Sé yo mas, de lo que has visto
tu misma?

FLERIDA.

Corrida estoy.
Mal mi cólera reprimo.
Toma; que yo, por no hacer
un extremo, me retiro.
Dale su retrato á ese
enamorado Narciso,
y dile ::: Mas no le digas
nada. Volcanes respiro:
un aspid llevo en el pecho,
y en el alma un basilisco. *vase.*

FEDERICO.

¿Como, habiendo la Duquesa,
Laura, tu retrato visto,
no se da por ofendida
ni contigo ni conmigo?

LAURA.

Como troqué los retratos.
Dile el tuyo, y guardé el mio.

FEDERICO.

Solo pudiera tu ingenio
sacarnos de tal peligro,

LAURA.

Sí; pero siempre se queda
tan cabal como al principio.

FEDERICO.

Remediarlo de una vez.

LAURA.

Mañana te daré aviso,
de como lo dispongamos.
Toma, y á Dios. *dale el retrato.*

FEDERICO.

¿Qual ha sido
de los dos este retrato?

LAURA.

El tuyo, por si á pedirlo
vuelve. *vase.*

FEDERICO.

Dices bien. ¡Quién, cielos,
se ha visto en mayor peligro!
Ni quien pudiera :::

Sale Fabio.

FABIO.

¿Señor,

qual de aquellos dos vestidos
he de ponerme?

FEDERICO.

Villano,
infame, vil, mal nacido:::

FABIO.

¡Eso tenemos ahora!

FEDERICO.

Sí; pues que por tí, enemigo,
me he visto, para perderme.

FABIO.

Y yo por tí no me visto.

FEDERICO.

¿Pensaste, que este retrato
era de dama, y no mio?

FABIO.

No, señor; que yo bien sé,
que te quieres á tí mismo.

FEDERICO.

Vive Dios, que has de morir
á mis manos.

FABIO.

¡Jesu-Christo!

FEDERICO.

Pero mal hago, supuesto *ap.*
que bien del lance he salido.
Mejor es, no hacer extremos.
¿Fabio?

FABIO.

¿Señor?

FEDERICO.

Ven conmigo,
y el mejor vestido toma;
que ya sé, que no has tenido
la culpa, y que eres leal.

FABIO.

¡Hay mas extraños caprichos!
Vive Dios, si le tubiera,
que habia de perder el juicio.

JORNADA TERCERA.

Sale Fabio.

FABIO.

Quien hubiere visto el juicio
de un miserable criado,
que le perdió solamente,
porque le perdió su amo,
por señas de que era poco,
vengale manifestando,
pues no sirve allá de nada,
y acá le darán hallazgo.
No hay nadie, que diga de él,
por mas que voy preguntando.
¿Pero qué juicio se halló
perdido una vez? Volvamos,
memoria, á hacer, si os parece,
soliloquios otro rato.
¿Qué hay de nuevo? Que sé yo.
¿Qué significa, que, quando
de mi amo mas seguro,

á mi parecer, me hallo,
repentinamente enviste,
á darme dos mil porrazos?
Significa, que está loco.
Y, quando yo mas culpado
huyo de él, darme un vestido,
y hacerme dos mil halagos,
¿memoria, que significa?
Significa, estar borracho.
Fortisimas conclusiones
son entrambas, y no paso
á la tercera, porque
Don Henrique viene hablando
summisa voce; y si ellos
se han de guardar, en entrando
en esta sala, de mí,
ganarles quiero por mano,
y guardarme de ellos yo,
asi por si escucho algo,
como porque, si una vez
ha de estar conmigo ayrado,
y otra afable, la iracundia
se sigue ahora, y acertado
será, el dexarla pasar
en vacio. Pero en vano
será, si no solicito,
esconderme. Si debaxo
de este bufete no me entro,

otra parte no hay. ¿Qué aguardo,
pues no es la primera vez,
que yo me habré embufetado?
Escondese debaxo del bufete, y salen Federico y Henrique.

HENRIQUE.

¿Qué mirais?

FEDERICO.

Si alguien nos oye.

HENRIQUE.

Allá fuera los criados
se quedan todos.

FABIO.

No todos;
que yo de allá fuera falto.

FEDERICO.

A este ultimo aposento
no sin ocasion os traygo,
donde no hay otro testigo.

FABIO.

Asi es; que uno, que hay, es falso.

HENRIQUE.

Decid.

FEDERICO.

Cerraré primero;
y, ya, que solos estamos,
escucheme vuestra Alteza;
que es tiempo de hablarle claro.

FABIO.

¡Alteza! Bueno.

HENRIQUE.

¿Pues qué
accidente os ha obligado,
á tratarme asi?

FEDERICO.

Son dos,
y bien principales ambos,
uno mio y otro vuestro.
El vuestro, ahunque sé, que agravio
en parte á mi lealtad, es,
(perdone el precepto, dando
la necesidad disculpa)
deciros y revelaros,
como estais ya conocido
de Flerida, y es en vano,
afectar entre nosotros
secreto, que saben tantos.
El mio :::

HENRIQUE.

Antes, que á él paseis,
decidme, como ha llegado
Flerida á saber, quien soy.

FEDERICO.

El como es, el que no alcanzo.
Que lo sabe, sé :::

FABIO.

Oygan, oygan.
¡Alcahuetico es mi amo¡

FEDERICO.

que ella misma me lo dixo.

HENRIQUE.

A vuestro suceso vamos;
que en el mio proseguir
el disfraz presumo, en tanto
que ella mas no se declare.

FEDERICO.

Pues, si en el mio he de hablaros,
palabra, como quien sois,
me habeis de dar, que guardado
ha de estar en vuestro pecho.

HENRIQUE.

Si haré; y homenage os hago,
de que en cera le imprimís,
para conservarle en marmol.

FEDERICO.

Ya teneis, ilustre Henrique
Gonzaga, famoso y claro
Duque de Mantua, noticia,
de que á una hermosura amo.
Pues este humano portento,
pues este divino encanto,
este bellisimo asombro,
este dulcisimo pasmo,

hoy, á pesar de imposibles,
de sustos y sobresaltos,
constante triunfa, venciendo,
leal atropella, logrando
de su firmeza y mis dichas
los dos mayores aplausos.
Aqueste papel, que el viento
traxo sin duda á mis manos,
pues para llegar á ellas,
desde su cielo mas alto,
al abismo de mis ansias
hubo de baxar volando,
carta es de mi libertad;
pero mal asi la llamo;
que antes de mi esclavitud
es carta, pues su contrato
contiene, que eternamente
haya de vivir esclavo
de un firme amor, cuyos hierros
asidos y eslabonados
del tiempo la sorda lima
ahun no ha de poder gastarlos.
Dice pues; pero mejor
él lo dirá, disculpando
la verdad, con que ella escribe,
la fe, con que yo idolatro.

Lee.

Mi bien, mi señor, mi dueño;

mucho se va declarando
contra los dos la fortuna.
Atajemosla los pasos.
Tened para aquesta noche
prevenidos dos caballos
en la surtida del puente,
que hay entre el Parque y Palacio,
que yo saldré á vuestra seña,
porque de los zelos vamos
huyendo, si hay donde huir de ellos.
Y á Dios, que os guarde mil años.

Esto escribe, y de vos solo
pude, gran señor, fiarlo,
porque sé, que me debeis
favores anticipados;
pues, si vos de mí os valisteis
para vuestro amor, y yo hago
hoy de vos la confianza,
que de mí hicisteis, es claro,
que, lo que me debeis, cobro,
ó lo que yo os debo, os pago,
Para Mantua habeis de darme
cartas vuestras, y empeñaros
en mi defensa, hasta que
ponga yo esta dama en salvo.

HENRIQUE.

Tan agradecido estoy
al cielo, que me haya dado

ocasion, en que yo pueda
vuestras finezas pagaros
con las mismas, que no solo
el favor tengo de daros,
que me pedís: pero tengo,
agradecido y ufano,
de acompañaros yo mismo,
hasta que de mis Estados
la raya piseis, á donde
teneros por dueño aguardo.

FEDERICO.

No, señor. Yo solo tengo
de ausentarme. Mas al caso
me haceis, quedandoos en Parma,
teniendo yo vuestro amparo
allá para mi defensa,
y aqui para mi resguardo.

HENRIQUE.

En todo he de obedeceros.

FEDERICO.

Pues escribid vos, en tanto
que á Palacio voy, á hacer
atento y disimulado
la desecha, y á buscar
á este demonio de Fabio,
que no le he visto en todo hoy:::

FABIO.

Pues cerca le teneis harto.

FEDERICO.

que ahun él no ha de saber nada.

FABIO.

No por cierto.

FEDERICO.

Los caballos
ha de tener prevenidos.

HENRIQUE.

Bien decís; y yo entretanto
seguir pienso las fortunas
de mis infelices hados.

FEDERICO.

Pues, áqui á buscaros, vuelvo.

HENRIQUE.

Allá, escribiendo, os aguardo.

FEDERICO.

Amor, dame tu favor.

HENRIQUE.

Amor, duelate mi llanto. *vanse.*

FABIO.

Quien escucha, su mal oye,
suele decir el adagio;
pero muchas veces miente,
pues yo mi bien he escuchado;
puesto que de él quatro cosas
importantisimas saco:
saber, quien es este huesped,
una; saber el estado

del amor de mi señor,
dos; ir ahora á contarlo
á Flerida, tres; y darme
ella qualque alhaja, quatro. *vase.*

Salen Laura y Arnesto.

ARNESTO.

No fue tan grave culpa
la de Lisardo, Laura,
que ya no se restaura
con la cortes disculpa,
de que amor nunca piensa,
que los extremos pueden ser ofensa;
y asi, que le hables mas humana, quiero,
pues la dispensacion, que ya se aguarda
tan por instantes tarda.

LAURA.

Obedecerte, espero;
que una cosa (mal fuerte)
es, disgustarte y otra, obedecerte.
Y asi obediente digo,
que tomaré el estado,
que mi suerte me ha dado;
y desde aqui me obligo,
á disponer de parte mia, que sea
mi esposo, quien hoy mas serlo desea.

ARNESTO.

Tu obediencia agradezco.
Llegar podeis, Lisardo.

Laura espera.

Sale Lisardo.

LISARDO.

Que aguardo,
señora, que no ofrezco
á esas plantas rendido
la vida en precio del perdon, que pido.

LAURA.

Lisardo, esta licencia
á mi padre se debe.
El mis acciones mueve.
No eleccion, obediencia
hay en mí; y asi en vano
mano me agradeceis, que es de otra mano.

LISARDO.

Bastale á mi alegria,
el saber, que la tenga,
señora, sin saber, por donde venga,
como venga á ser mia;
que el mas feliz desatino
no averigua á las dichas el camino.
Oh perezoso y tardo
curso del sol, abrevia en tu carrera
los terminos prolixos, del que espera.

Sale Flerida.

FLERIDA.

¿Laura? ¿Arnesto?

ARNESTO.

A tu quarto, gran señora,
Laura pasaba con los dos ahora.

FLERIDA.

Mucho veros estimo,
Lisardo, ya de Laura perdonado.

LISARDO.

Con tal favor ya mi esperanza anímo.

ARNESTO.

Laura es muy hija mia.

LAURA.

¿Y cómo ha estado,
señora, vuestra Alteza?

FLERIDA.

Tu sabes, quanta ha sido mi tristeza.

LAURA.

Divertirla procura.

FLERIDA.

Qualquier divertimiento
crece su sentimiento;
que es dolor, que se aumenta con la cura.
Mas, porque no se diga,
que á dexarme morir, mi mal me obliga,
los dos para mañana
convidad la belleza
de Parma, y la nobleza
para un festin. Veré, si esta tyrana *ap.*
pasion en él descubre su homicida.

ARNESTO.

Tuya es mi voluntad. *vase.*

LISARDO.

Tuya es mi vida.

FLERIDA.

Dichosa, Laura mia,
tú, que serás esposa
de quien te amó.

LAURA.

Dichosa
me juzga mi alegria,
si la verdad te digo, (migo.
pues quien me amó, se ha de casar con-

FLERIDA.

Infelice de aquella,
que, á imposibles rendida,
ha de perder la vida;
si bien ya, de mi estrella
vencer el desvario,
piensa la libertad de mi albedrio.

LAURA.

Y es el mejor remedio.
¿Mas dime, de qué suerte?

FLERIDA.

Buscando á un mal tan fuerte
el mas suave medio.

LAURA.

¿Y qúal es?

FLERIDA.

Declararme.

LAURA.

¿Eso es vencerle?

FLERIDA.

Sí.

LAURA.

Eso es matarme. *ap.*

FLERIDA.

Obedecer á el hado,
victoria es lisongera.
¿Seré yo la primera,
Laura, que haya casado
desigualmente?

LAURA.

Hoy muero. *ap.*

FLERIDA.

Federico es ilustre caballero.

LAURA.

Que es verdad, te confieso.

FLERIDA.

Pues ya que en esto hablamos,
ay Laura, discurramos
en el raro suceso
de aquel retrato suyo.
¿Dime, que arguyes de él?

LAURA.

Yo nada arguyo;

que, como no me toca,
no ocupo en eso la memoria mia.
De zelos estoy loca. *ap.*

FLERIDA.

¿Por qué, dí, su retrato guardaria
con tan grande recato?

LAURA.

No sé; mas no le diera su retrato
yo, sin mirar primero
la caxa, que no dudo,
que estar secreto pudo
con él el de su dama.

FLERIDA.

Asi lo infiero.
¿Mas qué discurre, quien con zelos ama?

LAURA.

Pues no dudes, que alli estaba su dama.

Salen Federico y Fabio.

FEDERICO.

¿Era hora, Fabio, de hallarte?

FABIO.

Tu misma pregunta es
mi respuesta, pues todo hoy
te ando á buscar yo tambien.

FEDERICO.

¡La Duquesa::! No te vayas;
que te he menester despues.

FABIO.

No haré, ahunque despues ni antes
yo á tí no te he menester. *ap.*

FEDERICO.

Temeroso de sus iras,
á hablarla, llego.

FABIO.

¿Por qué?

FEDERICO.

Por cierto extraño suceso.

FABIO.

Acuerdate tú de aquel
cuentecillo, y verás como
sales de todo muy bien.

FEDERICO.

¿Con qué?

FABIO.

Con que algunas gracias
á Macarandona dés.

LAURA.

Mira :::

FLERIDA.

Yo he de declarar
mi pena.

LAURA.

Yo padecer. *ap.*

FLERIDA.

¿Federico?

FEDERICO.

¿Gran señora?

FLERIDA.

¡Cómo en todo el dia no habeis
parecido, y á Palacio
venís al anochecer!

FEDERICO.

Como en su mejor edad
siempre el sol con vos se vé
coronado de explendor,
ceñido de rosicler,
no pensé, que era tan tarde,
señora, porque pensé,
que á qualquier hora, que os viese,
sería el amanecer.

FLERIDA.

¡Lisonjas á mí!

FEDERICO.

No son
lisonjas estas.

FLERIDA.

¿Pues qué?

FABIO.

Macarandonas, señora.

FLERIDA.

Ay Laura mia, ¿no ves,
que se dá por entendido
ya de mi agrado?

LAURA.

Hace bien.

FEDERICO.

Fuera de que otra disculpa
valerme puede.

FLERIDA.

¿Y qual es?

FEDERICO.

Como ofendida os juzgaba
conmigo, asi dilaté,
llegar á vuestra presencia.

FLERIDA.

¡Ofendida yo! ¿De qué?

FEDERICO.

Muy necio fuera, en decirlo,
si ya vos no lo sabeis.

FLERIDA.

Aquesto no es, no saberlo.

FEDERICO.

¿Qué es?

FLERIDA.

No quererlo saber.

FEDERICO.

Tanta fue mas mi ventura,
quanta mas la piedad fue
de vuestro olbido, supuesto
que solo en las quexas es
liberal, el que las guarda.

FLERIDA.

No entiendo el concepto bien.

LAURA.

Si me das licencia, creo,
que yo explicarle sabré.

FLERIDA.

Si doy. De suerte le explica,
que él entienda algo.

LAURA.

Si haré.

Saca el pañuelo.

Yo - que animo es generoso,
estoy - persuadida, el que
muriendo - calla el dolor
de zelos - pena ú desden.

FEDERICO.

„Yo estoy muriendo de zelos,“ *ap.*
dixo, y la he de responder.

Saca el pañuelo.

No - lo dudo. La mayor
tienes - entendida bien,
Laura - ; la menor prosigue,
de que - respuesta te dé.

LAURA.

Si haré. Oh si fuese verdad. *ap.*
„No tienes, Laura, de qué.“
Luego -, si ánimo es callar,
saldré - del concepto bien.

FEDERICO.

Si tu sales, como dices,
yo espero darte el laurel.

LAURA.

Sentado esto asi, al contrario
pruebo ahora, que avaro es:
puesto que ánimo no tiene
quien se quexa, en que se ve,
que solo, quien quexas guarda,
es liberal al revés.

FEDERICO.

Tuyo - es el lauro, y yo, Laura,
soy -, quien le rinde á tus pies.

LAURA.

Tuya - es la alabanza, y yo
seré -, la que te la dé.
¡Qué dicha! „Tuyo soy," dixo. *ap.*

FEDERICO.

¡Qué favor! „Tuya seré," *ap.*
oí.

FABIO.

Maestros son ellos. *ap.*
Bien se deben de entender.

FLERIDA.

De toda vuestra qüestion,
solo he llegado, á saber,
que es liberal, quien no gasta
su sentimiento.

LOS DOS.

Asi es.

FLERIDA.

Pues supuesto, Federico,
que digo, que no lo sé,
que lo sé, sabiendo vos,
no temais venirme, á ver,
sino vedme á todas horas,
asegurado, de que
ni yo tengo que sentir,
ni vos teneis que temer.
Harto digo, y harto callo.
Esto basta. Laura, ven. *vase.*

LAURA.

¿Federico?

FEDERICO.

¿Laura hermosa?

LAURA.

Lo dicho dicho. *vase.*

FEDERICO.

Está bien.
¿Fabio, qué será, que quando
hallar enojos pensé
en Flerida, hallo favores?

FABIO.

Mira, lo que quiere ser,
hallar yó un pesar en tí,
quando pensaba un placer;

que es lo mismo; aunque si doy
otra razon, ya lo sé.

FEDERICO.

Dila.

FABIO.

La Macarandona
del sol y del rosicler,
con que la diste.

FEDERICO.

Dexemos
las burlas, y al punto ten
dos caballos prevenidos.

FABIO.

Eso me parece bien.
Ya que celebrado has
en Macarandona, vé,
celebra en Agere.

FEDERICO.

Calla,
y en la salida los ten
del Parque. Flerida bella, *ap.*
perdoneme tu altivez;
perdoneme tu grandeza,
que á esto se expone mujer,
que se declara, á quien sabe,
que quiere á otra dama bien. *vase.*

FABIO.

Hoy que tengo mas que hablar,

precision he de tener
de hablar menos! Eso no;
que será piedad cruel,
dexar pudrir un secreto,
que á nadie sirva despues;
que corrompida la vena,
como dixo un Cordobés,
del secreto, hecha secreta,
huele mal, y no hace bien.
Tras Flerida quiero ir.
Pero ya no hay para que;
que ella vuelve.

FLERIDA *saliendo.*

Ahunque me fio
de Laura, ya la dexé,
por seguir á solas esta
victoria de amor cruel.
Mas ya no está Federico
aqui.

FABIO.

¿Tú quieres saber
la causa, por qué no está?

FLERIDA.

Sí. ¿Por qué es?

FABIO.

Porque se fue:::

ELERIDA.

¿A dónde?

FABIO.

á Agere presumo.

FLERIDA.

No te entiendo.

FABIO.

Yo hablaré
claro en tu Macarandona,
como me des algo que.

FLERIDA.

Ya no quiero saber nada,
pues solo sirve el saber,
de tener mas, que sentir.

FABIO.

¡Cómo que no! ¿Pues de qué
me habrá servido, el estar
mas de dos horas ó tres
de gato en espera?

FLERIDA.

Digo,
que me dexes.

FABIO.

No me des
alhaja; escuchame solo
de valde.

FLERIDA.

No hay para que.

FABIO.

Pues yo no he de reventar.

A Dios; que yo buscaré,
á quien decir, que esta noche
las afufa mi amo.

FLERIDA.

Ten
el paso. ¿Qué es eso?

FABIO.

Nada.

FLERIDA.

Espera: dime, lo qué es.

FABIO.

No quiero.

FLERIDA.

Aqueste diamante
toma, y dilo.

FABIO.

Para qué
andamos haciendo puntas,
si yo criado, y vos mujer,
uno muere, por hablar,
y otro muere, por saber.
Mi amo y su dama tratado
tienen esta noche:::

FLERIDA.

¿Qué?

FABIO.

irse por novillos.

FLERIDA.

¡Cómo!

FABIO.

Andando, pero no á pie;
que dos caballos me mandan,
que al puente del Parque estén.

FLERIDA.

¡Al puente del Parque!

FABIO.

Sí.

FLERIDA.

A pensar vuelvo otra vez,
que es dama mia su dama.
¿No te lo dixo tambien?

FABIO.

Este huesped, que es el Duque
de Mantua, es, señora, quien
los ampara en sus Estados.
Gloria á Dios, que descansé. *ap.*
Venga ahora lo que viniere;
que primero soy yo que él. *vase.*

FLERIDA.

Valgame el cielo. ¡Qué escucho!
¡Quién vió pena mas cruel!

Sale Arnesto.

ARNESTO.

Ya en damas y caballeros
de tu parte convidé

la nobleza y la hermosura
para mañana.

FLERIDA.

Está bien;
y seais muy bien venido,
Arnesto; que he menester
vuestra persona esta noche.

ARNESTO.

Siempre estoy á vuestros pies.
¿Qué me mandais?

FLERIDA.

Federico
acaba ahora de tener
un disgusto muy pesado.

ARNESTO.

¿Con quien?

FLERIDA.

No han dicho con quien;
que solo lo que me han dicho,
es, que trance de amor fue;
y que él ofendido, ahora
le llama por un papel,
en que dice, que le espera
no sé donde. Ya sebeis,
quanto le estimo.

ARNESTO.

Y las causas,
con que le estimais, las sé.

FLERIDA.

Pues darme por entendida
del disgusto, fuera hacer
público el agravio:::

ARNESTO.

Es cierto.
¿Qué mandais?

FLERIDA.

Que le busqueis;
y, sin decir, que os envio
yo, que de él no os aparteis
esta noche, y donde quiera,
que vaya, vais vos con él;
y si por dicha su brio
lo escusáre, le prended;
llevando para este efecto,
los que fueren menester;
de suerte, que hasta mañana
seguro está noche esté.

ARNESTO.

Digo, que luego al instante,
señora, le buscaré,
y no le dexaré un punto. *vase.*

FLERIDA.

Hoy, ingrato, has de saber,
donde los extremos llegan
de una zelosa mujer. *vase.*

Salen Henrique, Federico y un criado con luces.

FEDERICO.

¿Habeis ya escrito? *Vase el Criado.*

HENRIQUE.

Estas son
las cartas, y en ellas fio,
que halleis en el favor mio
igual la satisfaccion,
que á vuestros favores debo.

FEDERICO.

Sois Principe soberano,
y á fiar de vos, no en vano
vida, ser y honor me atrevo.
Quedad con Dios; que mas quiero,
pues la noche llegué á ver,
esperar, que no perder
la ocasion.

HENRIQUE.

Bien decís; pero
en parte me habeis de dar
licencia, de acompañaros,
hasta que llegue, á dexaros
solo fuera del lugar.

FEDERICO.

Perdonadme; que ir, por Dios,
acompañado no puedo;
que ahun tengo á mi sombra miedo.

Y pues recato de vos
mi amor, creed, que, si de mí
hoy recatarle pudiera,
ahun de mí mismo lo hiciera.

HENRIQUE.

¿Pues habeis de ir solo?

FEDERICO.

Sí.
A Dios.

HENRIQUE.

Id con Dios; que no
á entenderos hoy acierta
mi voluntad.

Llaman y sale Arnesto.

FEDERICO.

¿A la puerta
no llaman?

HENRIQUE.

Sí.

FEDERICO.

¿Quién es?

ARNESTO.

Yo.

FEDERICO.

¡Pues á estas horas, señor,
vos fuera de casa!

ARNESTO.

Sí;

que buscandoos vengo.

FEDERICO.

¡A mì!
¿Pues qué mandais? ¡Qué temor!

ARNESTO.

Dixeronme, que venido
habiais á casa no bueno,
y yo de cuidado lleno,
que ya sabeis, quanto he sido
siempre vuestro servidor,
no me quise recojer,
sin veros y sin saber,
como estais.

FEDERICO.

Guardeos, señor,
el cielo, por el cuidado;
pero la palabra os doy,
que nunca mejor que hoy
me he sentido. Haos engañado,
quien dixo, que yo tenia
indisposicion alguna.

ARNESTO.

Yo agradezco á mi fortuna
esta diligencia mia,
por llevar tal desengaño.
¿Qué haciais? ¿Qué se trataba?

FEDERICO.

Con Henrique haciendo estaba

al tiempo aquel dulce engaño,
de pasarle divertido
en buena conversacion.

ARNESTO.

Los cuerdos amigos son
el libro mas entendido
de la vida; sí; porque
deleitan aprovechando.

FEDERICO.

De espacio lo va tomando. *ap.*

HENRIQUE.

La platica atajaré,
yendome yo, porque asi
haya menos, de que hablar.
Licencia me habeis de dar.

ARNESTO.

¡Por venir yo os vais!

HENRIQUE.

No y sí.
No, porque ya yo queria
irme antes de ahora, por Dios;
y sí, porque estando vos,
no falta mi compañia. *vase.*

ARNESTO.

Id con Dios.

FEDERICO.

Ya hemos quedado
solos. ¿Teneis, que mandarme?

¿Qué miraïs?

ARNESTO.

Donde sentarme,
porque vengo muy cansado.
Sentaos, sentaos. *Sientanse.*

FEDERICO.

¡Bien conviene, *ap.*
cielos, en mis penas hoy
la prisa, con que yo estoy,
á la flema, con que él viene!

ARNESTO.

¿En que soleis divertiros
estas noches?

FEDERICO.

En morir. *ap.*
A Palacio suelo ir; *Levantanse.*
y ahora lo haré, por serviros.
Vamos; que dexaros quiero
en vuestro quarto.

ARNESTO.

Despues;
que ahora temprano es. *Sientanse.*

FEDERICO.

¡Temprano es ahora! Hoy muero.
Ay Laura, bien mi cuidado *ap.*
dice, que perderte tema.

ARNESTO.

¿Jugais cientos::

FEDERICO.

¡Linda flema *ap.*
para un buen desesperado!
No, señor.

ARNESTO.

Porque dispuesto
á salir de casa hoy,
ya que fuera de ella estoy,
no quiero volver tan presto.

FEDERICO.

¡Presto le parece ahora! *ap.*
Yo lo hacia por volver;
que me ha mandado hoy, hacer
la Duquesa mi señora
un despacho, á que asistir
toda aquesta noche habré.

Va, á levantarse, y detiénele.

ARNESTO.

Venga; yo os ayudaré:
que yo tambien sé escribir.

FEDERICO.

¿En eso habia de ocuparos?

ARNESTO.

Porque no, si de ello gusto.

FEDERICO.

Fuera de que fuera injusto,
quando vos me honrais, cansaros,
la causa porque queria

dexaros en casa, era,
que á un amigo ver quisiera.

ARNESTO.

Yo iré en vuestra compañía.
¿Qué visita puede haber,
en que yo os pueda estorbar?
Y, si importáre esperar,
lo haré hasta el amanecer.
Y, si es por dicha de amor
la visita, bien sabré
la calle guardar: sí, á fé.

FEDERICO.

Creolo de vuestro valor. *Levantanse.*
Mas solo he de ir. Guardeos Dios.

ARNESTO.

Acabaos de persuadir,
á que vos no habeis de ir,
ó tengo yo de ir con vos.

FEDERICO.

¿Pues qué, señor, os obliga?

ARNESTO.

¿Por qué no lo preguntais
al cuidado, con que estais?

FEDERICO.

No sé, ay de mí, lo que os diga;
que yo no tengo cuidado.

ARNESTO.

Yo sé bien, el que teneis.

é ir, á donde vais no habeis,
sino de mí acompañado.

FEDERICO.

¡Quién se vió en lance mas raro! *ap.*

ARNESTO.

Confuso estais.

FEDERICO.

Asi es,
y mas que confuso.

ARNESTO.

Pues,
Federico, hablemos claro.
Yo sé, que alguien os espera,
llamado por un papel.

FEDERICO.

¡Quién vió pena mas cruel! *ap.*
¡Quién vió confusion mas fiera!

ARNESTO.

A mi fama y á mi honor,
habiendolo yo sabido,
importa, puesto que he sido
de Parma Gobernador,
estorbarlo. Ved con esto,
¿cómo os puedo yo dexar,
declarado, ir á agraviar
mi honor y fama; supuesto
que, si ya dexaros quiero,
ofendo una y otra vez,

ó la dignidad de Juez,
ó la ley de caballero?
Y uno y otro, vive Dios,
me obliga, (otra vez lo digo,)
ó que aqui os tenga conmigo,
ó que allá vaya con vos;
porque, llegando á alcanzar
el agravio, que hecho habeis,
¡cómo, que os dexe, quereis!

FEDERICO.

¡Qué mas se ha de declarar! ap.
Bien os confieso, señor,
las razones, que teneis;
mas seguro estar podeis,
que vuestra fama y honor
no se deslúzcan por mí.

ARNESTO.

¡Cómo puede ser que no!

FEDERICO.

¿Daisme licencia, que yo
tambien hable claro?

ARNESTO.

Sí.

FEDERICO.

¿Sabeis, que soy caballero?

ARNESTO.

Sé, que vuestra gran nobleza
es sol, es lustre, es limpieza.

FEDERICO.

En esto fiado espero,
que hagais, que, quien me escribió,
la mano tambien me dé.

ARNESTO.

Eso, Federico, haré
de muy buena gana yo.
Al punto os dará la mano::

FEDERICO.

Mil veces beso tus pies.

ARNESTO.

en diciendome, quien es
el competidor::

FEDERICO.

En vano *ap.*
mi dicha creí.

ARNESTO.

porque yo
le busque, donde os espera.

FEDERICO.

¿Luego vos de esa manera,
no supisteis, quien es?

ARNESTO.

No.
Solo sé, que habeis reñido,
y que os han desafiado.

FEDERICO.

¿No estais de mas informado?

ARNESTO.

No.

FEDERICO.

Pues ya :::

ARNESTO.

¿Qué?

FEDERICO.

nada os pido,
que tambien ser yo el primero,
que aqui su nombre dixera,
no sabiendo vos, quien era,
no fuera, ser caballero.
Y sin vos, sabré yo, ir,
á cumplir mi obligacion.

ARNESTO.

¡Y no sabrá mi opinion,
la suya tambien cumplir!

FEDERICO.

Si sabrá; mas, quien me espera,
mi ausencia no ha de culpar.

ARNESTO.

Eso sabré yo estorbar.

FEDERICO.

¡Cómo!

ARNESTO.

De aquesta manera.
Ola.

Salen Guardas.

GUARDAS.

¿Señor?

ARNESTO.

Esas puertas
todos al punto tomad.
Daos á prision, ó mirad,
en que os empeñais.

FEDERICO.

¡Qué ciertas *ap.*
fueron siempre mis desdichas!
Con menos guardas estoy
seguro yo. Cielos, hoy *ap.*
han espirado mis dichas.

ARNESTO.

Yo lo creo de esa suerte;
pero me importa impedir,
el que no intenteis salir,
porque os han de dar la muerte.

Vanse todos, y quedase solo Federico.

FEDERICO.

¡Que poco, ay de mí, ella fuera,
la que á mí me reportára,
si otro riesgo no mirára,
si otro daño no temiera;
porque es, cielos, el hacer
en ofensa de mi amor,
otro escandalo mayor!

Pero dexar de ir á ver,
lo que allá á Laura la pasa,
¡cómo lo podré sufrir!
Ya sé, por donde salir
desde esta casa á otra casa.
Laura, espera. No dilate,
verse mi amor con tal prenda,
ahunque su padre me prenda,
y ahunque Flerida me mate. *vase.*

Sale Laura como á obscuras.

LAURA.

Funesta sombra fria,
cuna y sepulcro de la luz del dia,
si amorosos delitos
en tu negro papel tienen escritos,
tantas hoy lineas bellas,
quantas contiene tu zafir estrellas,
no extrañes este ahora,
sino escribele, antes que la aurora,
á borrartele venga,
porque lugar en tus anales tenga (los
un ciego amor, que en tantos desconsue-
pisando va la sombra de sus zelos.
Tyrano el padre mio,
esclavo hacer pretende mi albedrio.
Lisardo enamorado
avasallar desea mi cuidado;
y Flerida violenta,

tiranizar mi voluntad, intenta.
¿Mas por qué, honor, me culpas,
si te doy á un delito tres disculpas?
Mucho, ay de mí, ya Federico tarda.
¡Quánto aflije el discurso á aquel que aguar-
¿Qué le habrá sucedido? (da!
¡Que presto, penas, presumís, que ha sido,
el haberse mudado,
porque Flerida se haya declarado!
¿No era mejor, decirme,
que no era culpa de un amor tan firme,
sino que otro accidente
venir, donde le aguardo, no consiente?
Mas no es tan facil, en sospechas tales
á los bienes creer, como á los males.
¿Por qué, pregunto yo, nació el disgusto
mas honrado que el gusto?
No, porque otra vez amor le afrente,
ha de pensar que siempre el gusto miente,
y que el disgusto siempre verdad diga.
El lo hace; yo no sé, lo que le obliga.

Sale Flerida.

FLERIDA.

Dixo Fabio, que en el puente
del Parque esperar le manda
Federico, porque es fuerza,
que repetidas mis ansias,
vuelvan á pensar, que ha sido

su amor en Palacio. Laura
tan presto se recojió,
que no he podido encargarla,
que al jardin baxe; y asi,
por no fiarme de otra en tanta
pena, echando á mis tristezas
de este delirio la causa,
no me he recojido, y sola
baxo al jardin, porque hagan
á un tiempo mis sentimientos
dos diligencias tan raras,
como lo que aqui executan,
y lo que allá á Arnesto encargan;
y si la trémula luz
de las estrellas, que anda
entre bosquejos azules
bruxuleando nubes pardas,
no me miente, un vulto veo.
Ya he cumplido mi esperanza.
¿Quién es?

LAURA.

¡Flerida::! Ay de mí.
Pero el ingenio me valga. *ap.*
¿Quién aqui esperando está,
porque Flerida me manda,
para conocer, quien es,
quien de la noche amparada
tantos respetos ofende,

tantos pundonores:::

FLERIDA.

Laura,

no des voces.

LAURA.

¿Quién es?

FLERIDA.

Yo.

LAURA.

¡Tú, señora, al jardin baxas
á estas horas sola!

FLERIDA.

Sí;

que como hoy:::

LAURA.

Estoy turbada,

FLERIDA.

no te dixe, que vinieras,
quise:::

LAURA.

Mi cuidado agravias.
¡He menester yo, señora,
lo que una vez se me encarga.
escucharlo cada dia!
Fuera de que ha habido causa,
que me ha obligado, á venir,
demas de tu confianza.

FLERIDA.

¿Pues qué ha habido?

LAURA.

Estando ahora:::
Oh, amor, hoy veré, si sacas *ap.*
de la culpa la disculpa.
Estando en esas ventanas,
que caen sobre el Parque, oí,
que unos caballos pasaban;
y como ví novedad
afuera, quise apurarla,
reconociendo el jardin.

FLERIDA.

Las señas, que das son tantas
y tan unas con las señas,
que yo tengo, que doy gracias
á tu cuidado. Dí ahora,
qué has visto en el jardin.

LAURA.

Nada;
pues no ha habido hasta ahora seña,
de lo que mi afecto aguarda;
pero bien te puedes ir,
que, estando yo, no harás falta.

FLERIDA.

Es asi. Quedate pues.

LAURA.

Si haré. *Llaman.*

FLERIDA.

¿Mas oye, no llaman?

LAURA.

El viento engaña mil veces.

FLERIDA.

Pues ahora el viento no engaña.
Abre y responde.

LAURA.

¡Yo!

FLERIDA.

Sí.
Llegaré yo á tus espaldas.
Veremos, quien es, y á quien
busca, si llega á nombrarla.

LAURA.

Mi voz es muy conocida.

FLERIDA.

¿Hay mas que, disimularla?
Llega, digo.

LAURA.

¡Habrá precepto *ap.*
mas rigoroso! ¡Qué haga
yo el verdadero y fingido
papel hoy de aquesta farsa
de noche, donde ahun la seña
de la cifra no me valga!

FLERIDA.

¿Qué temes? *Llaman.*

LAURA.

Que me conozcan,
en oyendome.

FLERIDA.

¡Qué extraña
estás! Llega ya.

LAURA.

¿Quién es?

Llega á la ventana y abre.

FEDERICO *dentro.*

Quien muerto, divina Laura:::

LAURA.

¿No lo dixe yo, que habian
de conocerme en el habla?
Mira, si salió verdad
á la primera palabra.

FLERIDA.

Asi es, y ahun yo tambien pienso,
que te he conocido, Laura.

LAURA.

Caballero, pues sabeis,
quien soy; tambien, cosa es clara,
sabreis, que no soy, á quien
buscan vuestras esperanzas.
Id con Dios, y agradeced,
que no toma mas venganza
hoy mi decoro ofendido,
que daros con la ventana.

Cierra.

FEDERICO.

Laura, señora, mi bien,
no fue culpa la tardanza.
Escucha, y matame luego,
ó harás, que á matarme, vaya.

LAURA.

¡Qué hayas querido, que aqui
me hayan conocido!

FLERIDA.

Calla.

LAURA.

¡Si mi padre ó si Lisardo
supiesen, que en esto andaba!

FLERIDA.

No des voces: no des voces.

LAURA.

¡Quién vió pena mas extraña!

FEDERICO.

Oyeme, y matame luego.
Vuelve á abrir, hermosa Laura,

Abre Flerida.

FLERIDA.

¿Qué quieres decirme?

FEDERICO.

Que
esa fiera, esa tyrana
de Flerida, me ha enviado

á tu padre, porque haga
diversion á mis deseos;
y prendiendome en mi casa,
me ha estorbado, dueño mio,
venir á la hora. ¿Qué aguardas?
En el Parque los caballos
esperan. Ya tengo cartas
del Duque, que me aseguran,
el vivir contigo en Mantua.
Ven conmigo; que ahunque ya
se va declarando el alba,
no importa, como una vez
contigo al camino salga.

LAURA.

Si mas que decir tubiera, ap.
mas dixera. Estoy sin alma.

FLERIDA.

Federico, tarde es ya,
para que hoy contigo vaya.
Mejor es, que á la prision
te vuelvas hoy, y mañana
se disponga de otra suerte.

FEDERICO.

Tuya es la vida y el alma,
y yo te obedeceré.
¿Pero quedas enojada?

FLERIDA.

Con mi estrella: no contigo.

A Dios.

FEDERICO.

A Dios. *vase.*

Cierra Flerida.

FLERIDA.

¡Pues bien, Laura!

LAURA.

¿Señora?

FLERIDA.

Nada me digas,
pues yo no te digo nada.
Muriendome voy de zelos.

LAURA.

Advierte:::

FLERIDA.

Adelante pasa,
que no has de quedarte aqui.

LAURA.

Mucho temo su venganza. *ap.*

FLERIDA.

Mostraré al mundo, que soy
quien soy. Vamos: vamos, Laura.

LAURA.

Ay infeliz, hoy murieron
de una vez mis esperanzas.

Abren la puerta, y salen Arnesto, Fabio y Guardas.

FLERIDA.

¿Mas quien del jardin ha abierto
ahora la puerta falsa?

LAURA.

Si la luz, que ya se muestra
temerosamente clara,
dexa ver, mi padre ha sido.

FLERIDA.

El es. A esta parte aguarda;
sabremos, con que intencion
la puerta á estas horas abra
del jardin.

LAURA.

Valedme, cielos;
no pierda honor, vida y fama.

ARNESTO.

Tu, Fabio, me has de decir,
¿á qué proposito estabas
en el Parque con aquellos
caballos?

FABIO.

Señor, repara,
en que yo en mi vida estube
á proposito de nada,
porque soy hombre muy fuera
de proposito.

ARNESTO.

¿Qué causa
te llevó allí?

FABIO.

Yo, señor;
tengo de sentarme gana
á la mesa con mi amo,
y así hago, lo que me manda.

ARNESTO.

¿Con quien Federico, dime,
ahier riño?

FABIO.

Con su dama
debió ser, pues no vió
la hora, de echarla de casa.

ARNESTO.

Yo te haré, que la verdad
digas de todo. No hayas
miedo, que te escapes.

FABIO.

Eso
dixo un Doctor, yendo á caza;
que viniendo uno á decirle:
allí está una liebre echada
en su cama, deme uced
su arcabuz, para tirarla
primero, que se levante,
le respondió en voces altas:

que se levante, no tema,
porque estando ella en la cama,
y siendo yo, quien va á verla,
¿qué va, que no se levanta?

ARNESTO.

Mucho me huelgo, que esteis
ahora, Fabio, de gracias.

FABIO.

Son naturales.

ARNESTO.

¡Señora,
àqui estais!

FLERIDA.

Mi pena rara
me sacó al jardin. ¿Qué es esto?

ARNESTO.

Yendo á hacer, lo que me mandas,
prendí á Federico anoche,
porque no bastaron trazas
ningunas, á detenerle;
y dexandole con guardas
en su casa, porque él
no saliese de su casa:::

FLERIDA.

Y cierto, que le guardaron
muy bien.

ARNESTO.

corri la campaña,

por ver, si hallaba en el campo
al hombre, que le esperaba,
y solo júnto á la puente
Fabio su criado estaba
con dos caballos. Queriendo,
que no corriese la fama
de su prision, en mi quarto
por aquesa puerta falsa,
de quien llave maestra tengo,
quise encerrarle.

FABIO.

¡En qué agravia
á nadie, tener caballos
un hombre!

ARNESTO.

Mira, qué mandas
hacer de él y del criado.

FLERIDA.

Que aqui á Federico traygas,
pues solo mi intencion fue,
excusar una desgracia;
y ya, poco mas ó menos,
sé del disgusto la causa;
y que sueltes al criado.

FABIO.

Beso mil veces tus plantas.

ARNESTO.

Al instante con él vuelvo. *vase.*

LAURA.

¿Señora, mira, qué trazas?
Duelete de mi opinion.

FLERIDA.

Dexame, Laura.

Sale Henrique.

HENRIQUE.

Si alcanzan
por forastero mis dichas
algun lugar en tu gracia,
que dés libertad, te pido,
hoy á Federico.

FLERIDA.

Nadá
me pedís en eso, puesto
que él tiene libertad tanta.
Mas decidme vos, Henrique,
¿habeis hoy tenido carta
del Duque?

HENRIQUE.

Yo no, señorà.

FLERIDA.

Pues yo sí.

HENRIQUE.

¡Ficcion extraña! *ap.*

FLERIDA.

Y en ella me escribe el Duque,
como tiene ya acabadas

vuestras cosas y compuestas;
y asi desde aqui á mañana
de Parma salid, pues no
teneis ya, que hacer en Parma.

HENRIQUE.

Ahunque del Duque, señora,
dixe, que no tube carta,
la tube de un grande amigo,
en que me dice, no vaya
tan presto, porque ahun no están
cumplidas mis esperanzas.

FLERIDA.

Eso os dice vuestro amigo,
y esto os digo yo. Mañana
salid de aqui, pues aqui
nada haceis, y allá haceis falta.

HENRIQUE.

Con bien cuerdo estilo, ay cielos,
me ausenta y me desengaña *ap.*
Flerida.

Sale Lisardo.

LISARDO.

Dame tu mano,
y permite, ó soberana
deidad de esta verde esfera,
que bese la suya á Laura
en albricias de mis dichas;
pues ahora en estas cartas

tube la dispensacion,
que ha tantos siglos, que aguarda
mi deseo.

FLERIDA.

A muy buen tiempo
ha venido:::

LAURA.

¡Pena extraña! *ap.*

FLERIDA.

que hoy ha de ser::

Salen Arnesto y Federico.

ARNESTO.

Federico
está aqui.

FEDERICO.

¿Qué es, lo que manda
vuestra Alteza?

FLERIDA.

Que le deis
la mano de esposo á Laura;
que yo valgo mas que yo;
y note el mundo esta causa.

ARNESTO Y LISARDO.

¿Qué dices?

FLERIDA.

Que soy quien soy.

ARNESTO.

¿Pues, señora, no reparas,

que ofendes mi honor?

LISARDO.

¿No miras,
que mis finezas agravias?

FLERIDA.

Esto, Lisardo: esto, Arnesto,
importa á los dos.

ARNESTO.

Ya halla
nuevas razones mi honor
en sola aquesa palabra,
para que no lo consienta;
que no ha de decir la fama,
que por oculta razon
diste á Federico á Laura,

FEDERICO.

¿Que sea pública ú oculta,
qué pierdes conmigo?

ARNESTO.

Nada;
mas basta, ser sin mi gusto.

FEDERICO.

Para sentirlo, sí basta,
pero no, para ofenderte.
Fuera de que la palabra,
de darme á Laura, me has dado.

ARNESTO.

¡Yo á tí!

FEDERICO.

Sí.

ARNESTO.

¡Dónde!

FEDERICO.

En mi casa
anoche, quando dixiste,
que harias, que, quien me esperaba
llamado por un papel,
me diese la mano. Laura
fue, quien me llamó, y asi
para contigo esto basta.

LISARDO.

Sí; mas no para conmigo,
que sabré en esta demanda
perder la vida.

FLERIDA.

¿Qué es esto?

FEDERICO.

Y yo sabré sustentarla.

ARNESTO.

Lisardo, á tu lado estoy.

HENRIQUE.

Y yo al tuyo. *á Federico.*

FLERIDA.

¡Pena extraña! *ap.*
Mas si el amor supo, hacerla,
sepa el honor, remediarla.

Si el ser esto gusto mio,
y el mandarlo yo, no basta,
baste saber, que á su lado
se pone el Duque de Mantua.

ARNESTO.

¿Quién?

HENRIQUE.

Yo, que á Flerida bella
sirviendo estoy en su casa,
y tengo de defender
á Federico y á Laura.

FLERIDA.

Y yo tambien, porque vea
el mundo, que mi templanza
es mayor, que mi pasion.

ARNESTO.

Si los defienden y guardan
los dos, Lisardo, no queda
á mi honor otra esperanza,
que ampararlos yo tambien.

LISARDO.

Ahunque es la pérdida tanta,
igual á ella es el consuelo,
viendo, que á voces declara
sus favores Federico.

HENRIQUE.

Y yo rendido á tus plantas,
te suplico, mis finezas

logren sus desconfianzas.

FLERIDA.

Esta es mi mano; que quiero
ya, de lo que fui olbidada,
acordarme, lo que soy.

LAURA.

Cumplió el cielo mi esperanza.

FEDERICO.

Cumplió mi ventura el cielo.

FABIO.

Oh quántas veces, ó quantas
la dama de Federico
quise decir, que era Laura;
pero ya el secreto á voces
lo ha dicho. De nuestras faltas
dad el perdon, que pedimos
humildes á vuestras plantas.

EL ESCLAVO
EN GRILLOS DE ORO,

COMEDIA

DE DON FRANCISCO BANCES CANDAMO.

Que á un buen Rey, ahunque mas pida,
ahun no le paga el vasallo
con la hacienda y con la vida. Jorn. III.

ADVERTENCIA.

Don Francisco Bances Candamo nació en el Lugar de Sabúgo, del concejo de Grado, en el Principado de Asturias, en el dia 26 de Abril del año 1662. Sus padres fueron muy ilustres por su sangre; pero él ilustró su familia por su ingenio y por las producciones de él, que le perpetuarán eterna fama.

Hizo sus estudios en la célebre Universidad de Sebilla, á la sombra de un tio, Canonigo de aquella Metropolitana.

Establecido en Madrid, prosiguió, en aumentar el credito, que ya le habian adquirido sus composiciones dramaticas; y destinado á la de las Comedias, que se representaban en la Corte, le honró el Rey Carlos II con una pension annual de mil ducados, pagados de su bolsillo secreto.

Salió despues de la Corte, á servir varios empleos, en que se hubo tan desinteresada y generosamente, que habiendo vuelto á Madrid, tubo que pedir prestado, para comer en el mismo dia de su llegada.

Hallandose despues en Lezuza con cierta comision, enfermó de muerte, y falleció en la misma Villa en 8 de Septiembre de 1709. Hizo su testamento el mismo dia, dexando por legado al Duque de Alba sus MSS., acaso con el deseo y la esperanza de que se publicasen; pero debieron de perderse ó extraviarse; porque no hace mucho tiempo, que yo compré en precio de dos reales de vellon varios de estos originales, en que se comprenden seis Cantos del *Cesar Africano*, y algunos quadernillos de una obra Política y de otra Histórica, ambas doctamente escritas.

Poco antes de espirar, pidió al Cura de Lezuza, le enterrase de limosna, pues los pocos bienes, que dexaba, deseaba, se invirtiesen en el pago de algunas de sus deudas.

En esta situacion vivió y murió un hombre tan digno de mejor fortuna, contento con sola la riqueza de su philosophia.

ARGUMENTO.

Viniendo Trajano, Emperador de Roma, y Elio Adriano su sobrino, triunfante de Armenia y Parthia el primero, y de las Galias el segundo, recibidos como tales en Roma, á tiempo que Obinio Camilo, ayudado de Lidoro, tenia dispuesta conjuracion contra sus vidas, para alzarse con el imperio: es avisado Trajano por Cleantes de la traycion, y manda, traygan á su presencia á Obinio Camilo, para castigarle.

Convocado el Pueblo por edictos, y presentado Camilo en el Senado, Trajano le sube al throno y le corona por Cesar, encargandose de instruirle en el gobierno.

Cleantes, advertido por Trajano, avisa continuamente á Camilo sus obligaciones, sin permitirle cosa, que no sea atencion al Imperio y á su caracter; por lo qual, viendose fatigado, sin tiempo alguno suyo, sujeto á la censura pública, sin poder elegir amigo ni dama á su gusto, precisado á perder á Sirene, á quien amaba, y sin acertar en los decretos en las públicas Audiencias, ni en-

contrar el modo de atender á las guerras y alborotos de que le avisan: se reconoce incapaz para tal carga, y pide postrado, le liberte de ella, á Trajano, que entonces dexa de castigarle, en atencion á la amistad y nombre del padre de Camilo y nombra por su sucesor á Adriano, que casa con Octavia, al mismo tiempo, que Camilo se desposa con Sirene.

PERSONAS.

TRAJANO, *Emperador de Roma.*

OBINIO CAMILO.

ELIO ADRIANO.

SIRENE.

OCTAVIA.

CLEANTES, *Consul de Roma.*

LIDORO, *Centurion.*

LICINIO, *Prefecto.*

GELANOR Y CORBANTE, *Criados.*

LIVIA Y FLORA, *Criadas.*

UN SENADOR.

UN MUSICO Y UN ALQUIMISTA.

EL ESCLAVO
EN GRILLOS DE ORO.

JORNADA PRIMERA.

Al son de caxas, clarines é instrumentos musicos salen por los lados Adriano y Trajano, y por medio las damas, coronadas de rosas, y Cleantes con gramalla y cota de Senador, y llaves en una fuente, y Camilo, Lidoro y Gelanor.

MUSICA.

En hora dichosa llegue
al sacro templo de Palas

todo el explendor de Roma,
en los dos Heroes de Hespaña,
diciendo en trompas belicas
músicas consonancias:
Trajano y Adriano vivan
para timbre de su patria.

DENTRO.

Trajano y Adriano vivan
para timbre de su patria.

TRAJANO.

Aqui, cesando el estruendo
de trompas, voces y caxas,
que la atencion nos confunden,
y el ayre nos embarazan,
de los dos triunfales carros,
que en festones y medallas
tantos aplausos avultan
en empresas, que resaltan
alli salpicado el oro,
y escarchada alli la plata,
dexemos las altas popas,
que de oro son vivas ascuas;
y tanto, que concibiendo
al sol en palidas llamas,
es mas tratable á la vista,
menos activa y mas blanda
la luz, que el sol les imprime,
que el reflexo que trasladan,

porque luz, vestida de oro,
ciega con mas eficacia.
Dexemos los carros, digo;
y en el templo, que consagra
á Palas Roma, ofrezcamos
de su deydad á las aras
los triunfos, que nos da el cielo.
Tu, Adriano, llega y enlaza
tu vida á mi vida en este *abrazale.*
nudo. Ay, sobrino, ¡con quánta
terneza miro tus triunfos,
si en tu juvenil bizarra
edad se está renovando
mi caduca edad anciana!

ADRIANO.

Todos los triunfos, señor,
que por victorias tan altas,
como tu fortuna pudo
comunicar á mi espada,
me da Roma, no lo fueron,
hasta llegar á tus plantas.
A mi enemigo Camilo *ap.*
he visto, quando en la rara
hermosura de Sirene
hidrópico trasladaba,
para ver sus perfecciones,
á los ojos toda el alma.
¡A un tiempo zelos y amor!

Mal aguero es de mi entrada.

OCTAVIA.

Ay, Adriano; de tu ausencia,
¡cómo es posible, que haya
podido sobrarme vida,
para ver hoy dichas tantas!

CAMILO.

¡Ay, traydor, como la mira! *ap.*

LIDORO.

Disimula, siente y calla.

CLEANTES.

Trajano, Cesar invicto
de Roma, á cuyas hazañas
ahun vienen estrechas todas
las clausulas de la Fama,
en este sagrado templo,
en fe de la acostumbrada
ceremonia de los triunfos,
todos los Padres te aguardan
Conscriptos, y por mí todo
el Senado las doradas
llaves de Roma te entrega,
como á su dueño.

TRAJANO.

Levanta,
Cleantes; que no á mis pies
estás bien, ahunque eres basa
de mi Imperio, en cuyos hombros

tanta parte de él descansa,
mas que se sustenta.

CLEANTES.

Ah cielos,
¡yo tengo de ser la causa, *ap.*
de turbar tanta alegria
con noticia tan infausta,
como la conjuracion,
que con Camilo tratada
tienen tantos nobles! Pero
mas á la cordura agrada,
el que, advirtiendo, molesta,
que el que, contemplando, engaña.

SIRENE.

Todas las Sacerdotisas
de la religiosa estancia
de esta clausura en tu triunfo
llegan, señor, humilladas,
á darte el parabien, todas
festivas y coronadas
de rosas, cuyos fragrantes
ojos, lagrimas del Alba,
bordaron, quaxando perlas,
roxas y verdes pestañas;
á cuyo fin tus aplausos
repiten en voces varias,

MUSICA *dentro.*

Diciendo en trompas belicas

músicas consonancias:
Trajano y Adriano vivan
para timbre de su patria.

TRAJANO.

De todos generalmente
recibo la alborozada,
festiva, ostentosa muestra;
pero de nadie con tanta
terneza, Sirene hermosa,
como de la venerada,
religiosa tropa bella,
que por las mansiones vaga
de este sagrado edificio,
en cuya soberbia vana
los humos del templo esconden
magnificencias de alcazar.
Y pues cercano á Palacio
tanto su sitio se halla,
que de él una oculta puerta
para su comercio pasa
de las Augustas al quarto,
aqui mi triunfo se acaba.
Despedid la gente toda,
y entremos; que, dando gracias
de la victoria de Armenia
al simulacro de Palas,
á Palacio por aqui
mas breve iré. Ay vida humana,

¡qué habrá en tí, que no fatigue,
si hasta los aplausos cansan!

SIRENE.

Vamos, en su aplauso todas
repitiendo en voces varias, *clarin.*

Voces dentro.

Trajano y Adriano vivan
para timbre de su patria.

Vanse, y quedan Camilo, Lidoro y Gelanor.

CAMILO.

¿Gelanor?

GELANOR.

¿Señor?

CAMILO.

¿Por qué
(mal se sosiega esta llama)
no avisaste á todos?

GELANOR.

¿Quándo
no executo, lo que mandas,
no obstante el ser tú criado?

LIDORO.

Ahunque, quien á dar, se alarga
consejo, que no le piden,
disguste antes que persuada,
aquel, que al dictamen tuyo
oponerse quiere en nada,
no es hombre, porque sus voces

de las tuyas usurpadas,
solo para concederte,
son ecos y no palabras.

CAMILO.

¿Por qué lo dices?

LIDORO.

Lo digo,
porque ahunque estudiaste tanta
philosophia, y ahunque
máximas tan elevadas
la Política te enseña,
conozco la gran distancia,
que hay en sus operaciones,
de exercerlas, á estudiarlas.
Si no te cabe en el pecho
una presuncion liviana,
de ser Monarca, ¿qué hará
el serlo, y cómo se hallará
con la posesion, quien ya
no está en sí con la esperanza?
Mal tu inquietud disimulas;
y las materias tan altas,
que se hacen al vulgo solo
en el retiro sagradas,
por manos de hombres indignos,
parece, que se profanan,
pues luego las desestiman,
viendo, que estos las alcanzan.

¡Tan grande conjuracion,
como la que hay conspirada,
á ceñir tus nobles sienes
de las inmortales ramas
del sacro laurel de Roma,
que el globo terrestre abraza,
por medio de este criado
indignamente se trata!
¡Qué enseñas á los amigos,
que halientan tu confianza!
¡En quan poco á ti y á ellos
estimas, pues tu arrogancia
trahe sus vidas del acento
de un hombre tan vil colgadas!

GELANOR.

De lo mucho, que usted me honra,
le quedo á deber las gracias.
Pagaré.

CAMILO.

Ya sé, Lidoro,
lo que aventura mi fama
en accion tan peligrosa.
Sí, en perderla ó en ganarla,
consiste, el ser mala ó buena;
y ha de quedar reputada,
si se pierde, de traycion,
y si se logra, de hazaña;
no la razon, el suceso

es, quien hace buena ó mala
justicia, que se remite
al tribunal de las armas.
Apresó el Magno Alexandro
un corsario, que infestaba,
bandido de agua y de tierra,
en una veloz fragata,
marítimo alcon, que en bordos,
puntas y tornos disfraza
costas y mares á un tiempo,
sin que perdone su saña
pescadores en las ondas,
ni pastores en las playas.
Llamóle Alexandro, y dixo:
¿por qué, dí, ladron, robabas
tan vilmente? A que el corsario
respondió con mas constancia;
por que tú gloriosamente
robas tambien con tyrana
sed; y en tu oficio, y el mio
no se encuentra mas distancia,
que, porque yo con un leño
humilde robo, me infaman
(ahun siendo mayor mi arrojo)
con el nombre de pirata;
y á tí te dan el de Rey,
porque robas con armadas.
Bien ha explicado este exemplo,

que no hay accion tan extraña,
que la corona no dore;
bien como la Tyria grana,
que de la púrpura al tinte
se bebe todas las manchas;
porque en regios explendores
no hay sombra, que sobresalga.
Nuestros Dioses no han sabido,
enseñar mas ajustada
política, y de ellos poco
puede temer la venganza,
porque, si ellos la executan,
¿cómo han de poder culparla?
Quando delinque el poder,
á la justicia le ata
las manos el poder mismo,
y culpas, que él castigára,
quedan tal vez permitidas,
y tal vez autorizadas.
Hoy entró Trajano en Roma,
triunfante de Armenia y Parthia,
con Adriano su sobrino,
que vencedor de las Galias
vuelve, añadiendo soberbia
á su Hespañola arrogancia.
Es Adriano mi enemigo,
por amante de la rara
hermosura de Sirene;

una de las celebradas
bellezas, que en este templo,
que á Minerva se consagra,
y adonde las mas ilustres
nobles doncellas Romanas
se crian, y desde adonde
con mas decoro se casan,
vive, añadiendo á la infusa
tantas adquiridas gracias.
Su tio el Emperador
Trajano á Adriano le encarga
los militares manejos
en las facciones mas arduas,
á fin de nombrarle Cesar,
haciendole antes con maña
bien quisto de las Milicias,
por el gran premio, que aguardan
de aquel Príncipe, á quien vieron
capitan en las batallas,
consejero en los peligros
y compañero en las marchas
los soldados; pues no ignora,
que no entran bien los Monarcas
(mayormente en las coronas,
que no son hereditarias)
mal vistos de la Milicia,
que es, quien ha de conservarlas.
Si Adriano, pues que á mi intento

competidor se declara,
se ciñe el laurel de Roma;
ya veis, con quanta ventaja
de su poder á los filos
queda expuesta mi garganta;
y asi anticipado quiero
madrugar á su asechanza;
pues del poder las violencias
solo trayciones rechazan.
Hespañoles son los dos,
y mi siempre ilustre casa
de los Camilos es timbre
de las primeras ancianas
Consulares y Patricias
familias mas veneradas.
El mas rico y poderoso
de Roma soy; ya me aclaman
por liberal la Milicia,
y por natural la Patria.
¡Pues por qué consentirémos,
que manden la dilatada
esphera del mundo dos
advenedizos de Hespaña!
Ya está Trajano muy viejo,
y la fortuna se cansa,
de favorecer á uno;
porque juzga su inconstancia,
que, el que la goza freqüente,

la imagina vinculada.
Los dos mañana á la muerte
se destinan. Mas distancia,
desde la tragedia al triunfo
no ha de interponer mi saña:
tan inciertos son los fines
en las venturas humanas.
Fiarme de este criado,
impugnas, siendo ignorancia,
no saber, que siempre ha sido,
ahun en las cosas mas arduas,
pension de graves materias,
el no poder manejarlas
sin terceros y terceras,
que acudan con vigilancia
á diligencias precisas,
como esta, en que se le encarga,
que á todos los conjurados
avise para mañana.
Prisionero de mi padre
fue Gelanor en batallas,
que les dió en las dos Panonias
á las naciones Germanas.
Hombre, que á la guerra vino,
bien da, á entender, que no estaba
muy desnudo de nobleza.
Me ha servido con extrañas
muestras de lealtad, y yo

le dí libertad. Repara,
si con este beneficio
debo hacer de él confianza;
pues los hombres no tenemos
en nuestra condicion varia
mas modo de asegurar
de los hombres las mudanzas,
que los beneficios. Si esta
razon tal vez sale falsa,
se engaña muy noblemente,
quien, pensando bien, se engaña.

LIDORO.

Por eso mismo te culpo;
pues, si con mano bizarra
le has dado la libertad,
que es, quanto de tí esperaba,
no es en su interés seguro.
Bien fuera, que reservárasse
el ultimo beneficio,
para ser ultima paga,
pues recibido da odio,
y prometido esperanza.
Y asi en tu vida confies,
ahunque obligado le hayas,
de aquel, á quien tanto diste,
que de tí no espere nada.

GELANOR.

¿Hombre, que te va, en que sea

yo traydor, que asi te matas,
en probarlo con razones?
Librenos Dios, de que haga
un Estadista un capricho;
que con tema porfiada
mentirá todo, primero
que mienta su judiciaria.

CAMILO.

Mucho consejero es este.

LIDORO.

¿Qué resuelves pues?

CAMILO.

Que vayas,
á prevenir los amigos,
pues la funcion acabada
del sacrificio, ver quiero,
si pueden lograr mis ansias,
descansar con mi Sirene.

LIDORO.

¿Le has dicho algo?

CAMILO.

Con palabras
equivocas, misterioso
ciertas vislumbres lexanas,
á que ella llamó locuras,
le dí, de lo que trazaba
nuestra industria, quiza solo,
Lidoro, por coronarla

reyna del mundo; y ahun esto
no dexará sosegada
la ambicion de mi fineza;
pues, en postrando á sus plantas
el mundo, moriré al ver,
que ya no hay mas, que postrarla,
y quedará mi fineza
en desiguales balanzas,
por summa, incapaz de aumento,
por ociosa, desayrada.

LIDORO.

Ya, segun dicen los nuevos
alborozos de esa salva,
desde lo interior del Templo
á Palacio el Cesar pasa.

CAMILO.

Pues entremos; y supuesto
que solo de aqui á mañana
es el plazo de su vida:
¿qué importa, que en consonancias
de musicas y clarines
las voces repitan varias:

EL Y MUSICA.

Trajano y Adriano vivan
para timbre de su patria?

Vanse, y salen Trajano, Cleantes y Soldados de acompañamiento.

TRAJANO.

Gracias, soberanos Dioses,
os doy, de que otra vez llego,
de mi Palacio Imperial
á ver los dorados techos
despues de ausencia tan larga,
en que castigados dexo
los rebeldes, tan postrados,
tan rendidos, tan deshechos,
que apenas quedó á su ruina
vida para el escarmiento;
que es desdicha aparte, el no
sacar leccion de los riesgos.
Ay, Cleantes, aquel poco
espacio, que del gobierno
sobra en la paz al descanso
de mi fatigado esfuerzo,
que halienta á nuevos afanes,
le echaba en el campo menos
entre el horror, por las doctas
clausulas de aquel silencio,
en que yo, con escucharme
á mí, de mí mismo aprendo.
Verdad es, que en mudo horror
me estoy gritando hácia dentro.
Dexadme solo.

CLEANTES.

Señor,

Vánse los Soldados.

á solas que hablarte, tengo,
si me das licencia.

TRAJANO.

Solo
dixe, que me dexen; pero
tu eres otro yo, y no estorbas
mi soledad. ¿Mas qué es esto?
¡Lloras, supiras y gimes!
Algun grave mal recelo,
pues hace llorar á un sabio.
¡Qué dolor es tan adverso,
el que vertido en tu llanto,
no cupo en tu sufrimiento!

CLEANTES.

Preven, ó Hespañol Trajano,
tu siempre invencible pecho
á un gran golpe de fortuna.

TRAJANO.

Excusado advertimiento
es para mí, que conozco
á la fortuna, ¡Muy bueno
fuera, que habiendo, yo sido
su primer ministro, siendo
quien ha repartido al mundo
sus castigos y sus premios,

su condicion ignorase!
Desde el instante primero,
que desde pobre soldado
me arrebató al trono excelso
de Roma, supe, que habia
de ser yo el primer objeto
de sus iras, porque loca,
como me dió desde luego,
quanto ella tiene que dar,
se vió pobre, y es su genio,
estar dando cada dia,
y agradarse de lo nuevo;
y es fuerza, que para otros,
á lo que me dió, acudiendo,
lo que dió como gracioso,
lo cobre como violento.
Desde aquel primero dia,
tan hecho el ánimo llevo
á ese golpe, que no hará
novedad á mi talento
cosa, que es tan natural.
Prosigue; que yo te ofrezco,
no recibir pesadumbre
de tu aviso; que no temo
á la fortuna, pues ella,
ahunque mande el universo,
no tiene jurisdiccion
dentro de mi entendimiento;

que, ahunque puede á mi pesar,
hacerme infeliz, es cierto,
que hacer, que lo sienta yo,
no podrá, si yo no quiero.

CLEANTES.

Sabe, que Obinio Camilo,
aquel ilustre mancebo,
cabeza de los Camilos,
bien, que como todos ellos
se emplearon en hazañas,
él solo en divertimientos,
que á costa suya le infaman
lo rico con lo soberbio,
tu muerte tiene trazada,
para cuyo infausto efecto
el oro, que ha derramado,
fue el eficaz instrumento,
con que ha falseado tus guardias;
pues ha grangeado en secreto
los soldados Pretorianos,
que de Roma no salieron
á esta guerra, como están
siempre en la Corte de asiento
por preeminencia, que goza
la cabeza del Imperio.
Dexa, gran Cesar, á Roma,
pues ha quedado tan lexos
de ella tu exercito, y vuelve,

á acaudillarle resuelto.
Castiga traycion tan grande,
y dexa sembrado el miedo
de tu poder en su estrago,
sin temer, que otra vez ciegos
contra tí se atrevan otros,
si te mostrares severo
con este; que los Monarcas
no han de perder en sus reynos
el credito del poder,
que es, á quien están debiendo
siempre su conservacion;
pues contra los pensamientos
ocultos no hay en el mundo
mas armas, que los exemplos,
que una vez, que se executan,
están siempre persuadiendo.
De uno de los conjurados
supe por alto decreto
hoy el tratado, que, al verte
entrar con tal lucimiento,
dando hoy á la Patria triunfos,
el imaginarte muerto
allá en su idea mañana,
dando á la Patria lamentos,
le movió á la leal piedad.
Averigüé, si era cierto
el aviso, y comprobado

con otros muchos le tengo
con todas sus circunstancias.
Que no desprecies, te ruego,
mi aviso, ya que no pude
á mas oportuno tiempo
dartele.

TRAJANO.

Calla. ¡Y previenes
mi constancia para esto!
La marabilla, Cleantes,
que experimentára el cetro,
fuera, vivir en el mundo
un solo instante, un momento
la fortuna sin envidia,
y los hombres sin deseos.
Pero, si es tan natural
en los humanos sucesos,
que la envidia á la virtud
siga, como sombra al cuerpo:
¡á qué efecto en tu prudencia
aquellas lagrimas fueron!
¡ni á qué efecto preveniste
á un gran acaso mi esfuerzo,
si agraviaste mi razon
con tu prevencion, queriendo
que, lo que es tan natural,
á mí se me hiciese nuevo!
Siento, que sea Camilo

hijo de un hombre, á quien debo
el honor, laurel y vida;
que de mi piedad ajeno,
será, quitar á su hijo
vida, que me dió su haliento.

CLEANTES.

Magnanima es tu constancia;
pero, que mires, te advierto,
que con el imperio pierdes
tus venturas.

TRAJANO.

Eso niego.
A Chotis, gran rey de Thracia,
le presentaron en feudo
unos christalinos vasos,
labrados con tal aseo
de relieves y molduras,
que los perfiles mas diestros,
en la sutileza misma
á los ojos se perdieron
en el primor escondidos;
pues no es encarecimiento,
que á ojos humanos se pueda
desvanecer lo perfecto.
Admiró al rey el prodigio,
de que obedezca preceptos
del buril tan delicada
materia á la vista, siendo

diafanidad condensada,
ó niebla de christal terso,
con susto, de que, al mirarla,
la desvanezca el haliento.
Con explendida grandeza
satisfizo al mensagero
el presente, á cuya vista
pedazos hizo los bellos
vasos, dando luego al ayre
casi en vapores disueltos,
de arquitecturas de vidrio
tantos caducos fragmentos.
Todos preguntaron: cómo
dandose por satisfecho
del regalo, y tanto, que
sus criados conocieron
el gusto, que dispensaba
lo admirado y lo suspenso,
ahora lo hacia pedazos;
y el les respondió: por eso;
que me iba agradando mucho:
y, antes de poner mi afecto,
donde me le rompa el ayre
al descuido mas pequeño,
quiero tener yo el blason,
de romperle; pues es cierto,
que un gusto fragil se goza
con mucho susto, y no quiero,

sobre mis felicidades
dar jurisdicción al viento.
Mas fragil que aquellos vidrios
la corona considero,
y qualquiera dicha humana;
luego no anduviste cuerdo,
en juzgar, que yo podia
poner todo mi contento
en las fortunas de vidrio,
que contra el humano ingenio
las quiebra el mismo cuidado,
que en conservarlas ponemos.
El hombre es lo mas, Cleantes;
el imperio, que me dieron,
ahí lo tienen; que yo á mí
me basto para mí; puesto
que está mi felicidad
en mi propio entendimiento,
que desprecia esas venturas
fantasticas, y no quiero,
poniendo mi gusto todo
en tan delicado objeto,
dar poder sobre mi gusto
á la fortuna y al tiempo,
sino tan dentro de mí
ponerle, que no sujeto
esté al arbitrio de nadie,
pues le guardan acá dentro

del siempre libre albedrio
los nunca violados fueros.
Pensaba, dexar á Adriano
por succesor del Imperio,
por bien del Imperio mismo,
no de mi sangre, si advierto,
quanto estudio me ha costado,
haber sido su Maestro
en las artes de reynar.
Y solo una cosa siento,
que es, dexar mal sucesor;
porque, si es comun proverbio,
que los Reynos se conservan
del modo, que se adquirieron,
quien le consigue usurpando,
le mandará, destruyendo.
¿Qué sabe este loco joven
de militares manejos?
¿A dónde aprendió las artes
del político gobierno?
¡Qué no hay mas, de ser Monarcas;
qué despues lo aprenderemos!
Docta es, pero peligrosa
escuela la de los yerros,
si en ellos ha de enseñarse;
porque, si hay leccion en ellos,
que puede costar la vida,
¿para qué es la ciencia? Luego

feliz, quien estudia á costa
de los errores ajenos.
El me vengará de sí,
y asi yo incurrir no debo
en la culpa, de vengarme.

CLEANTES.

Señor, que lo mires, ruego,
mejor; porque no es constancia,
quedarte tan indefenso
á tan cercano peligro.
Precipitarte han dispuesto
de este trono, en cuya lumbre
todo desliz es despeño;
pues no permite la altura,
que desciendas sino muerto.
No defiendas el laurel:
pierdase el poder. Yo vengo,
en que es magnanimidad
de una corona el desprecio;
pero de una vida, es
desesperacion; y creo,
que del medio del valor
en los distantes extremos,
mas que á la temeridad,
se ha de atribuir al miedo.
¿A qué animal no le enseña
naturaleza, en naciendo,
á aborrecer el peligro?

Aquel lazo tan estrecho
de la vida, que en el hombre
es nudo de alma y cuerpo,
un natural apetito,
á conservarle, tenemos,
y áhun obligacion: luego es
flaqueza, el no defenderlo.

TRAJANO.

¡Yo miedo! Mal me conoces.
Tranquilidad y sosiego
del animo es, el que miras;
y porque estès satisfecho,
que para estorbar los daños,
no es circunstancia, el temerlos,
¿Licinio::: ?

Sale Licinio.

LICINIO.

¿ Señor, qué mandas ?

TRAJANO.

Que, pues eres el Prefecto
de mis guardias, con mis guardias
vayas, y me traygas preso
al punto á Obinio Camilo;
pero mira, que te ordeno,
que sin él en todo caso
no vuelvas; y que al momento,
que la prision executes,
en los mas públicos puestos

de Roma hagas, echar bando,
en que se convide al pueblo,
á ver dentro del Senado
el castigo mas severo,
mas nuevo y mas rigoroso,
que hasta hoy han visto los tiempos,
porque traydor conspiraba
contra mi laurel supremo.

LICINIO.

Asi lo haré. ¡Extraño caso! *vase.*

TRAJANO.

Ya de su traycion me vengo.
¿Estás contento?

CLEANTES.

Señor,
que apresuras mas, recelo,
tu muerte; porque están todos
de su parte, y en sabiendo,
que vas, á darle castigo,
sus designios descubiertos,
todos han de declararse.

TRAJANO.

Para mayores empeños
basto yo solo, Cleantes.
Ven conmigo, porque quiero
un medio comunicarte,
con que vengarme, resuelvo
sin sangre de esta traycion.

Y mira, que te prometo,
executar en Camilo,
si se logran mis intentos,
el castigo mas cruel,
mas horroroso y mas fiero,
que hayan visto las edades,
y que en todos los sucesos
de mis triunfos quede al mundo
su memoria para exemplo.

Vanse, y suena Musica, y salen Gelanor, y Camilo por un lado, y Adriano, y Corbante por otro de noche.

MUSICA.

Detente, arroyuelo ufano,
y sobre las flores duerme,
que al blando arrullo del ayre
musico susurro mece.

GELANOR.

Que espere, dice la voz
de Livia en falsete; pues
tan falsa como ella es,
y ahun temo, que me dé coz
con ella.

CAMILO.

Ahun no recojidas
las amigas estarán.

GELANOR.

Por el jardin andarán

las señoras esparcidas,
segun el ruido.

CAMILO.

Fortuna
fue, pues tan presto venimos,
que, quando esta puerta abrimos,
aqui no estubiese alguna.

CORBANTE.

¡Que á esto te resuelves!

ADRIANO.

Sí.
Nada te admire, Corbante,
pues otras veces, amante
de Octavia, entré por aqui,
dandome llave á este fin,
quando fino me mostré,
de esta oculta puerta, que
desde el Palacio al jardin
del Templo sale.

CORBANTE.

Mil vidas
he de perder infelice,
pues esta musica dice,
que no están ahun recojida s
y han de vernos las demás.
Fuera de que, ¿qué previenes,
si ella no sabe, que vienes,
á hablarla, ni que aqui estás?

MUSICA *muy lexos.*

Detente, arroyuelo ufano, &c.

ADRIANO.

Lexos suenan.

CORBANTE.

¿Qué te mata?

CAMILO.

Muy lexos suena el acento,
pues mas le mormura el viento
en ecos, que le dilata.
Paseandose deben de ir.

GELANOR.

Pues no vengan por aca;
que al oir decir, quien va,
fantasma me he de finjir,
y pataleta ha de haber.

ADRIANO.

¿Hoy Flora no te advirtió,
que viniese tarde yo;
porque suele suceder,
ahunque no sabe á que fin,
á quien hable, ó quien aguarde,
que se quede hasta muy tarde
Sirene en este jardin,
y no quiere, que me vea?

CORBANTE.

¿Asi fue?

ADRIANO.

¿Pues qué te admira,
que quien como yo suspira,
ama, padece y desea,
asi se haya anticipado;
porque si sola se queda,
mi amor expresarla pueda,
primero, que con cuidado
baxe Octavia? Y demas de eso,
no estoy poco sospechoso,
de que es Camilo dichoso
con ella. Mi error confieso,
en pensar esta baxeza;
pero una zelosa llama,
aun la injuria de la dama,
quiere, alegar por fineza.

MUSICA.

Detente, arroyuelo ufano, &c.

GELANOR.

Mas cerca suenan, señor.

CORBANTE.

Aca, parece, que vuelven.

Salen por un lado Sirene y Livia; y por otro Octavia y Flora.

SIRENE.

¿Se recojió Octavia?

LIVIA.

Sí.

OCTAVIA.

¿ Se ha retirado Sirene?

FLORA.

Rato ha, que yo no la he visto.

SIRENE.

Pues tu dices, que á otras tienes
convidadas á cantar,
porque, si curiosas vieren,
que me quedo en el jardin,
que es solo á oirlas, sospechen
sin otro fin, retiradas
las puedes tener en ese
cenador, en cuyos altos
enmarañados canceles
la confusion de sus hojas
hasta la sombra dan verde.

OCTAVIA *á Flora.*

Pues dices, que allá vosotras
habeis de cantar, advierte,
que la música retires
á ese cenador rebelde
á la luz, pues sus tenaces,
verdes y frondosas redes,
si por un resquicio entraron,
ahun los rayos del sol prenden,
de suerte, que á salir nunca
de su laberinto acierten.

SIRENE.

Y pues no pueden llegar
á este sitio, sin que entren
por sus puertas á estas calles,
si alguno acercarse vieres,
procura, que con la letra
me avisen, para que dexe
de hablar con Camilo, y sola
por el jardin me pasee,
como gozando á mis solas
la suavidad del ambiente,
que de azucenas y rosas
invisibles alas mueve.

OCTAVIA.

Y si alguna hácia aqui pasa,
con la letra avisar puedes
para que yo me retire,
fingiendo, que me detiene
el manso viento, que á soplos
y á blandos susurros leves
entre estos sauces se arrulla,
y entre estas copas se mece.

LIVIA.

Asi lo haré; pero mira,
que no te estés, como sueles,
hasta el Alba, porque el sueño
me da guiñadas. VASE.

FLORA.

Advierte,
que el sueño y yo á cabezadas
damos por esas paredes. *vase.*

GELANOR.

Ya no cantan.

CORBANTE.

Nada suena.

SIRENE.

¡Que tenebroso que tiende
hoy la noche el negro manto
de sus horrores! Parece,
que en los luceros, que apaga,
las mustias sombras enciende.
Y no poco duplicado
su horror se percibe en este
jardin, que de espesas murtas
y verdinegros cipreses,
segunda noche frondosa
las sombras de gualda texen.

Suena la musica lexos, sin dexar de representar.

MUSICA.

Ojos eran fugitivos
de un pardo escollo dos fuentes,
humedeciendo pestañas
de jazmines y claveles.

ADRIANO.

Ya cantan.

OCTAVIA.

Alli dos vultos
á la vista se conceden,
si no me engañan las ramas,
que duplican densamente
la obscuridad de la noche.
Pues no puede aqui haber gente,
serán él y su criado.

SIRENE.

Si las sombras no me mienten,
dos vultos con mas horror
la obscuridad lobreguecen.
El y el criado serán.

GELANOR.

Un vulto á nosotros viene.

MUSICA.

Cuyas lagrimas risueñas,
quexas repitiendo alegres,
entre conceptos de llanto,
y murmureos de corriente:
Llega Sirene á Adriano, y Octavia á Camilo.

SIRENE.

No he podido venir antes,
porque hoy con lo solemne
del triunfo, el dia festivo

hizo, que todas se empleen
en musicas hasta ahora.

ADRIANO.

¡Cielos, el acento es este
de Sirene! Muerto estoy.

CORBANTE.

¿Si te requiebra, que quieres?

MUSICA.

Lisonjas hacen undosas,
tantas al sol, quantas veces
memorias besan de Daphne
en sus amados laureles.

OCTAVIA.

¿Cómo es posible, señor,
que retardes tibiamente,
despues de ausencia tan larga,
á mi amor dicha tan breve,
como la que espera?

CAMILO.

¡Cielos,
esta voz no es de Sirene!

MUSICA.

Despreciando al fin la cumbre,
á la campaña se atreven,
adonde un marmol labrado
les penase las corrientes.

SIRENE.

¿No respondes?

OCTAVIA.

¿Ahun no hablas?

GELANOR.

Sino es, que yo acaso sueñe,
detras de Sirene un vulto
está. ¡Qué fuera, que fuese
Livia, y que teniendo aqui
yo, con quien entretenerme,
oyendo ajenas finezas,
hecho un bobo me estubiese!

MUSICA.

Sus cortinas abrochaba,
digo sus margenes breves
con un alamar de plata
una bien labrada puente.

CORBANTE.

Un vulto detrás de Octavia
se distingue. Bien se infiere,
que será Flora. Yo quiero
ir á obligar sus desdenes,
porque estemos mano á mano
los amos y los sirvientes.

MUSICA.

Dichas las ondas pasaban
entre pyramides verdes,
que ser quieren obeliscos,
sin dexar de ser cipreses.

Encuentranse los dos tentandose las caras.

GELANOR.

Mas vive Dios, que esta Livia
carrillos de espinos tiene.

CORBANTE.

Vive Dios, que es esta Flora
afelpada de mofletes.

ADRIANO.

Porque no extrañe la voz,
no me atrevo, á responderle,
pues empezó, á declararse.

OCTAVIA.

¿No hablas?

SIRENE.

¿Ahora enmudeces?

LIVIA *cantando en voz entera.*

Guardate de Cupidillo,
teme, niña, sus rigores,
porque da palo de ciego,
y nunca, á quien, dan escoje.

FLORA *cantando.*

Cuidado, pastor,
no te engañe otra vez tu furor.
Cuidado con el cuidado,
que es peligroso ganado
la hermosura y el amor.
Cuidado, pastor.

SIRENE.

Aquellas voces me avisan,
que hay alguna, que se acerque
á este sitio. En tanto que *á Adriano.*
su sospecha desvanece
mi soledad, no te apartes
de aqui.

OCTAVIA.

Estas voces advierten,
que viene gente. Tú, en tanto
que por otra parte echen; *á Camilo.*
viendome sola, aqui oculto
espera, y no te me ausentes.

CAMILO.

Mudo estoy.

ADRIANO.

Absorto quedo.

GELANOR.

Por huir confusamente
el encuentro de aquel hombre,
perdí el tino.

CORBANTE.

Por meterme,
donde otro sopapo aquel
rostro herizo no me diese,
no sé, donde está mi amo.

Encuentranse las dos, trocandose.

OCTAVIA.

¿Sirene?

SIRENE.

¿Octavia?

GELANOR.

Esconderme
quiero, que dos ninfas hablan
aqui.

CORBANTE.

Aqui he de retraherme,
por si ya nos ha sentido
algun diablo, que resuelle.

OCTAVIA.

¡A estas horas y tan sola!
¿Donde ibas?

SIRENE.

A recojerme,
pues ya es hora. Esta sin duda *ap.*
es, de quien la voz me advierte,
que me guarde.

OCTAVIA.

Yo á lo mismo
me retiro, pues alegres
esas voces á mi oido
imanes fueron cadentes.
Esta sin duda venia, *ap.*
quando Flora diestramente

con la letra me avisó.

SIRENE.

¿Gustas, que contigo quede?

OCTAVIA.

No; que tambien me retiro.

SIRENE.

Pues á Dios.

OCTAVIA.

A Dios.

GELANOR.

No encuentren
conmigo, ya que estas ramas
en las tinieblas me envuelven.

MUSICA *desde lexos.*

Entre palmas, que zelosas
confunden los capiteles
de un edificio, á pesar
de los arboles lucientes:

SIRENE.

Parece, que ya se fue
Octavia, puesto que vuelven
á la misma letra.

OCTAVIA.

Ya,
que se retiró, parece
Sirene, pues otra vez
hace, que la letra empieze.

Llega Sirene á Camilo, y Octavia á Adriano.

SIRENE.

Alli está el vulto. El será.

OCTAVIA.

El será, el que dexa verse.

MUSICA.

Christales son vagarosos
estos bellos muros, de este
galan Narciso de piedra,
desvanecido, sin verse.

ADRIANO.

Yo he de hablarla, porque sepa,
que sé de sus esquiveces
la ocasion.

CAMILO.

Hablarla quiero,
pues no podrá conocerme.

ADRIANO.

Mal, Sirene hermosa, sabes,
que no te escucha, quien crees.

CAMILO.

Mal sabes, divina Octavia,
quan otro es, el que te atiende.

OCTAVIA.

¡Con Sirene habla! Ah traydor.

SIRENE.

¡Con Octavia habla! Oh aleve.

MUSICA.

Y con razon, que es alcazar
de la divina Sirene:
arco fatal de las fieras,
harpon dulce de las gentes.

CAMILO.

Porque si yo:::

SIRENE.

Sella el labio:::

ADRIANO.

Que si yo:::

OCTAVIA.

La voz suspende::

SIRENE.

Falso, que no soy Octavia.

OCTAVIA.

Traydor, que no soy Sirene.

CAMILO.

¡Qué mudanza es esta, cielos!

ADRIANO.

¡Deydades, qué engaño és este!

MUSICA.

Armado el hombro de plumas,
Cinthia, por las que suspende
Cupido, por las que bate
en el ámbito de Betis.

GELANOR.

Vuelvo, á buscar á mi amo.

CORBANTE.

Buscar á mi amo, resuelve
mi miedo.

GELANOR.

Alli está.

CORBANTE.

Alli está.

SIRENE.

¡De suerte, ingrato, de suerte,
que con Octavia has hablado!

OCTAVIA.

¡De modo, que te diviertes
con Sirene el breve rato,
que me ausento á ver, quien viene!

Llega Corbante á Camilo, y Gelanor á Adriano.

CAMILO.

Yo::

ADRIANO.

Si yo:::

CORBANTE.

Gracias á Dios;
que ya pensaba perderme,
si no te encuentro.

GELANOR.

A Dios gracias,
que antes, que otro diablo tiente,

encontrar pude contigo.

CAMILO.

¿Quién eres, hombre?

ADRIANO.

¿Quién eres?

CORBANTE.

Ay Dios; que este no es mi amo.

GELANOR.

Ay Dios; que mi amo no es este.

CAMILO.

¿No respondes?

ADRIANO.

¿No respondes?

GELANOR.

¿Y sabe usted, si se atreven?

MUSICA.

Un dia pues, que pisando
inclemencias del Diciembre,
treguas hizo su cothurno
entre la nieve y la nieve.

Sacan las espadas.

CAMILO.

Muere á mi furor.

SIRENE.

Aguarda.

ADRIANO.

Muere á mis filos.

OCTAVIA.

Detente.

CAMILO.

Yo he de saber, quien profana
el sagrado de este albergue.

ADRIANO.

Yo he de saber, quien ha entrado
al coto de estos vergeles.

CAMILO.

Mas ya diviso mas vultos.

ADRIANO.

Más vultos alli se ofrecen.

SIRENE.

¡Muerta estoy!

OCTAVIA.

¡Sin mí he quedado!

GELANOR.

¡Quién escaparse pudiese!

MUSICA.

Sagaz el hijo de Venus,
atrevido como siempre,
una piel le vistió al viento,
que ahun las montañas le temen.

CAMILO.

Diga quien, es.

ADRIANO.

Quién es, diga.

CAMILO.

Antes lo dirá tu muerte. *riñen.*

ADRIANO.

Tu muerte dirá tu nombre.

LAS DOS.

¡Divinos cielos, valedme!

GELANOR.

Saco la espada; que van
dando.

CORBANTE.

Por si acaso dieren,
espada en mano.

SIRENE.

Yo intento
llamar. ¿Livia? ¿Flora? ¿Irene? *golpes.*

LICINIO *dentro por un lado.*

Llamad y romped, soldados,
las puertas, si no os abrieren. *golpes.*

LIDORO *dentro por otro.*

Romped las puertas, y nada
vuestros furores reserven.

MUSICA.

Corcillo, no de las selvas,
sino del viento mas leve
hijo veloz, de su aljaba,
quatro ó seis flechas desmiente.

CAMILO.

Que con su vida no acabe!

ADRIANO.

¡Qué con su muerte no empiece!

GELANOR.

¡Qué yo no haya muerto al ayre
con mis tajos y reveses!

LICINIO.

Entrad, soldados.

LIDORO.

Amigos,
entrad. *golpes.*

OCTAVIA.

¿Flora?

CORBANTE.

¡Que no dexen
de cantar con esta bulla
estos diablos de mujeres!

MUSICA.

Siguelo, y en vez de quantos
á los campos mas recientes
blancas huellas les negó,
blancos lirios les concede.

Salen por los lados con hachas Licinio, Lidoro y soldados.

LIDORO.

Este es, amigos: guardadle.

LICINIO.

Soldados, este es: prendedle.

CAMILO Y ADRIANO.

¿Qué es esto?

LICINIO.

Del Cesar orden
tengo, para que te lleve,
Camilo, preso á su vista.
Te he buscado diligente
en toda Roma, y sabiendo
de cierto, que aqui estubieses,
por declaracion de algunos
criados, tus confidentes,
por la puerta, que á Palacio
el jardin del Templo tiene,
entré, buscandote.

LIDORO.

A tiempo
que haciendo, que yo recele,
viendo, que armado te buscan,
algun grave inconveniente,
juntando en confusas tropas
tus amigos y parientes,
como quien sabe, que aqui
estabas, á defenderte,
entré.

LICINIO.

No harás, porque yo
le he de llevar.

LIDORO.

No te empeñes
en eso; que no podrás,
lograrlo tan facilmente.

SIRENE.

¡Cielos, qué pena!

OCTAVIA.

¡Qué angustia!

ADRIANO.

¡Qué confusion!

CAMILO.

¡Lance fuerte!
Pero, á declararse, ahun
mi valor no se resuelve,
hasta ver la gente junta;
y en interin es bien, pruebe,
á dar tiempo al tiempo, pues
si Trajano pretendiere,
darme muerte, no es tan facil,
que á juntarse antes no lleguen
mis parciales, porque entonces
con mejor pretexto honeste
mi ambicion. Suspended todos
las armas; que dar, pretende
mi valor un medio, y es,
ir á ver, lo que me quiere
Trajano, y que mis parciales
conmigo á su vista entren,

á ver, que me manda.

LICINIO.

Como
yo á su dominio te entregue,
no tengo orden especial,
contra los que te siguieren.

LIDORO.

Como todos te sigamos,
vengo en ello.

CAMILO.

Hados crueles,
concedéd á mi fortuna
ó la corona ó la muerte. *vase.*

ADRIANO.

Astros, dexad, que le sobre
vida, para que me vengue. *vase.*

OCTAVIA.

Zelos, ya de la memoria
sois ensortijadas sierpes. *vase.*

SIRENE.

Fortuna, suspende el golpe,
á quien del amago muere. *vase.*

GELANOR.

Haz, Baco, que no me ahorquen,
si todo se descubriere,
que ahunque soy racimo tuyo,
no es tiempo, de que me cuelguen.

JORNADA SEGUNDA.

Descubrese el Senado Romano, y en un trono Trajano con laurel, cetro y manto imperial, y salen por un lado Licinio, Adriano, Corbante, y por otro Camilo, Lidoro y Gelanor con Soldados, y todas las damas por medio.

VOCES.

Viva la lealtad, y viva
Trajano, Cesar invicto.

LIVIA.

Pues á todos han llamado
con tan públicos edictos,
á ver una novedad
á Senado abierto, y vimos,
que nuestras amas, pasando
de los jardines floridos
del Templo, al Palacio vienen,
bien sin objecion venimos,
Flora.

FLORA.

Y, si acaso la hubiere,
de aqui no han de despedirnos;
que no es el Censor portero
del Senado.

LIVIA.

Bien has dicho.

TODOS.

Viva la lealtad, y viva, &c.

LICINIO.

Ya, señor, Camilo está
aqui.

CAMILO.

A tus plantas rendido,
de mi vida solamente
á tu poder sacrificio
haré: no de mi lealtad,
porque no puede ser mio
el honor de mis mayores,
para perderle al abitrio
de alguna sospecha, (bien, *ap.*
hasta asegurarme, finjo)
quando ahun quiero, lo heredado
exceder con lo adquirido.

ADRIANO.

¡Rara novedad!

LICINIO.

¡Extraño

caso!

LIDORO.

Pendiente del juicio
del Cesar estoy. Fortuna,
suspende lo executivo,
porque ahun me asusto en la idea
de la sombra del cuchillo,
y para herirme en él, tengo
la imaginacion con filos.

TRAJANO.

Gran Metropoli del Orbe,
Senado y Padres Conscriptos,
oráculos del Estado,
en cuyo recto equilibrio,
desde que fueron discursos,
son aciertos los designios,
tan sin errores pensados,
que parecen corregidos:
Nobleza ilustre de Roma,
fuerte Milicia, en quien miro
el duro freno de un mundo,
cuya débil rienda rijo,
pues él ó yo la rompemos,
si la aflojo ó la reprimo:
con los mismos conjurados
Camilo está convencido
de la lesa majestad
de la Patria y de mi mismo;

pues, parricida dos veces,
no solo conspiró altivo,
á darme muerte, sino
á ahogar desvanecido
vuestra libertad, ciñendo
en premio del homicidio
la corona. ¡Ved, que fines
anuncian tales principios!
¿Os parece, que es por esto
digno del mayor castigo,
que mi poder puede darle?

CLEANTES.

Ninguno será excesivo
á traycion tan declarada.

TODOS.

Todos lo mismo decimos.

CAMILO.

Hoy muero.

GELANOR.

Hoy han de colgarme,
á ser viviente racimo;
que estaré, como ahun soy verde,
muy bueno para invernizo.

LIDORO.

¡Pobre Camilo!

OCTAVIA.

¡Infelice
joven!

LIDORO.

Sin alma respiro.
¡Qué antes de tiempo volamos,
la mina, que dispusimos!

SIRENE.

¡Oh cómo está en mi semblante
todo mi asombro esculpido,
y en los colores, que pierdo,
doy vulto, á lo que imagino!

TRAJANO.

Pues, si yo he de castigarle,
asi podré conseguirlo.
Levanta desde mis plantas
hasta mis brazos, Camilo;
que yo por mi dignidad
á las tuyas no me rindo.
Por mí y por todo el Senado,
gustoso y agradecido,
de que, siendo el de Monarca
un tan penoso exercicio,
una fatiga tan grande
y un trabajo tan continuo,
que no hay en algun mortal
fuerzas, para resistirlo,
si ya á tanto ministerio
no da el cielo grande auxílio:
te convides tu á un afan
tal de tu propio motivo.

La sabia naturaleza,
prόvida en sus individuos,
á los males mas acerbos
puso algun dulce atractivo,
con que persuade, á buscarlos,
á los que deben huirlos,
porque no falte en sus obras,
quien exerza sus oficios.
Asi el afan de reynar
disimular sábia quiso,
dando á la humana soberbia
el ambicioso incentivo
del poder, grandeza, fausto,
majestad y señorio,
debaxo de cuyo velo
ostentoso está escondido
de la vida de los hombres
el gusano mas nocivo,
que con sordo oculto diente
muerde, á quien le ha producido.
Bien, cansado del imperio,
Septímo Severo dixo,
que, si supiesen los hombres,
qué zozobras, qué peligros,
qué penas, qué sobresaltos,
qué pesares, qué martyrios
trahe consigo la corona,
ninguno desvanecido,

ahunque la viera en el suelo,
la alzára, porque remiso
temiera, quanta asechanza
deslumbra el oro en sus visos.
¡Pues qué gracias el Senado
debe rendir á tu brio,
de ofrecerte voluntario
á lo que tube entendido
yo, que ninguno aceptase,
ahun quando fuese preciso!
¡Y en qué obligacion debieras
ponerme á mí, pues benigno
me sacas de una tarea,
en cuya fatiga gimo;
á no ser con el cruel
medio, de haber pretendido
darme muerte! ¡Pues tan poco
llega á fiar tu capricho
de mi experiencia, que temes
que aspire, quedando vivo,
á entrarme otra vez al riesgo,
si de él hubiese salido!
Ay Camilo, poco sabes,
quanto deseo, ser mio;
que soy de todos por fuerza,
y, en quanto á reynar, me aplico,
teniendo dominio en tantos,
en mí no tengo dominio.

Mi ofensa particular
perdono, por lo que estimo
la paz de esta Monarquia,
en cuyo nombre te admito
al afan, á que te ofreces.
Sube á este trono conmigo,
donde Augusto te saluden
todos á este fin unidos,
Senado, Milicia y Plebe.

SENADOR 1.

¡Pues cómo, á quien te ha ofendido,
premias asi; y cómo eliges
Cesar por tu decisivo
voto, sin consulta nuestra!

CLEANTES.

Como al Cesar permitido
es, nombrar succesor suyo,
(bien sus intentos dirijo)
ó coadjutor del Imperio,
con quien tenga dividido
el poder.

SENADOR 2.

Mas no está usado
sin aquel solemne estilo
de la adopcion.

CLEANTES.

Eso fuera
para sucesor preciso,

mas no para compañero,
que ha de elegirle á su arbitrio.

ADRIANO.

Discordes están los Padres;
y supuesto que yo he sido
para Cesar succesor
adoptado por mi tio,
de mi exército tampoco
han de querer consentirlo
las legiones.

LIDORO.

Los soldados
Pretorianos lo pedimos,
y sabremos defenderlo,
muriendo.

TODOS.

Viva Camilo.

TRAJANO.

No en vano temí estas fuerzas. *ap.*

GELANOR.

Brava gresca se ha movido.

SIRENE.

De todas suertes le pierdo, *ap.*
ó exâltado ó convencido.

OCTAVIA.

¡Qué confusion!

LIDORO.

¡Qué desdicha!

LIVIA.

¡Qué traycion!

FLORA.

¡Qué desatino!

CAMILO.

Mis parciales se desmandan, *ap.*
y Trajano me ha temido.
Halentemos, corazon.

SENADOR 2.

Si el Imperio dividimos,
su poder enflaquecemos;
y pues la union es principio
de todas las duraciones,
¿cómo hemos de persuadirnos,
á que haya paz en un cuerpo
mandado de dos arbitrios,
de dos impulsos guiado
y hácia dos partes movido?

TRAJANO.

No me replique ninguno;
y estad, Adriano, advertido,
que el Imperio ha de buscaros,
para que hayais de admitirlo;
y, que á vos, para ser Cesar,
os sobra, el ser mi sobrino.
Y vosotros ¡cómo ingratos,
torpes y desvanecidos,
tan mal sabeis estimar,

el que en el mundo haya habido,
quien, juzgando, que á mandaros,
se convidase, á serviros?
Camilo se atreve á tanto.
¿Qué perdeis en consentirlo?
Si acaso no os sale en vano,
¿no es el imperio electivo?
¿Quien hoy admitirlo puede,
por qué no podrá excluirlo?

CAMILO.

Mucho disimula.

UNOS.

Viva
Trajano.

OTROS.

Viva Camilo.

TRAJANO.

Los dos vivirán, Romanos.
Yo por vuestro bien me animo,
á no dexar el Imperio,
ni esconderme en mi retiro
en quince dias, que en ellos
informarle solícito
de los públicos negocios,
siendo tan solo un ministro,
que del gobierno le instruya;
porque atento mi cariño,
ni ahun el tiempo, que él lo ignora,

quiere, que esteis mal regidos.
Por la parte del Senado
hará Cleantes lo mismo;
y dexandole industriado,
doctrinado y prevenido,
me retiraré al descanso,
de que tanto necesito:
dandoos mi palabra á todos,
que, si en qualquiera conflicto
me volviereis á buscar,
me hallareis siempre al servicio
de la República atento,
constante, leal y fino,
ahunque sea para el Imperio,
á quien tanto he aborrecido.

TODOS.

Esa palabra aceptamos,
y en fe de ella le admitimos
á Camilo.

SENADOR I.

Sí; mas sea
debaxo del expresivo
pacto, de que es compañero
tuyo, como lo han tenido
otros Cesares Romanos;
pero no te permitimos,
que renuncies el Imperio.

TRAJANO.

Eso el tiempo ha de decirlo.

SENADOR 2.

Y hasta ver, como le industrias,
el jurarle, diferimos.

TRAJANO.

Sientate á mi lado, joven.

Sube Camilo al trono.

CAMILO.

Dioses, por mejor camino *ap.*
me habeis enviado el laurel.
¡Oh cómo ofreceis propicios
á los hombres ahun mas dichas,
que saben ellos pediros,
si, ahunque es inmenso el deseo,
es el poder infinito!
A tus plantas, no á tu lado,
estoy.

ADRIANO,

Sin alma respiro.
¡Cesar mi enemigo, cielos!

GELANOR.

De contento salto y brinco.
Mas no; que esta accion es contra
la autoridad de un valido.

SIRÈNE.

Cielos, ya con la distancia,
á mi amor se le ha perdido

Camilo de vista. Hoy muero.

OCTAVIA.

Por Adriano lo he sentido;
que en su semblante, que leo,
mil tragedias adivino.

ADRIANO.

¡Este el castigo es, señor,
que todos á ver, venimos,
y á que nos convidas!

TRAJANO.

Sí,
y el tiempo vendrá á deciros,
si á su atrevimiento puede
dar mi poder mas castigo.

Ponele manto y laurel.

Toma la púrpura roxa,
que bañó el Murice Tyrio;
y el verde círculo enlace
tus sienes. Ya has conseguido
el Imperio. Conservarlo,
es mas ciencia, que adquirirlo.
Saludadle todos Cesar
con fiestas y regocijos.

TODOS.

Trajano y Camilo vivan
Cesares de Roma invictos.

CAMILO.

Ahun no es este aplauso entera ap.

lisonja de mis oidos,
hasta que me aclamen solo.
Mas yo lograré el designio.
Oh ambicion de los mortales,
¡quien descansará contigo!
Si ahun no logro, lo que adquiero,
quando á nueva empresa aspiro,
inquieto, en lo que deseo,
no gozo, lo que consigo. *levantase.*

TRAJANO.

Acompañadle á su quarto,
que es el imperial, amigos;
que yo me estrecharé al otro,
que está al templo mas vecino;
y de esta funcion por hoy
quede el acto concluido.

LICINIO.

¡Raro valor!

SENADOR I.

¡Gran constancia!

SIRENE.

Muerta voy.

ADRIANO.

Sin alma animo.

OCTAVIA.

¡Ay Adriano, quien pudiera *ap.*
consolarte!

CAMILO.

Ay dueño mio,
nada mi valor consigue, *ap.*
si á tus plantas no lo rindo.

LIDORO.

Bien se ha dispuesto. Soldados,
decid en ecos festivos:

EL Y TODOS.

Trajano y Camilo vivan,
Cesares de Roma invictos.

Vanse todos acompañando á Camilo, y quedan Trajano, Adriano y Cleantes, ocultandose el trono.

ADRIANO.

No me pesa, invicto Cesar,
de que por tí haya perdido
la succesion del imperio,
ni el verme destituido
de una esperanza, á que fueron
acreedores mis servicios.
No siento, ver en el trono
exâltado mi enemigo,
ni mirar de mis victorias
los triunfos obscurecidos,
dando tu descuido en ellos
jurisdiccion al olbido.
No el ver, que á particular

pasa el mas esclarecido
Emperador, que hasta hoy
han venerado los siglos,
y en quien el Romano imperio
mayor poder ha tenido,
que en los anteriores: pues
no hay en el Orbe distrito,
que si llegó á tu noticia,
no llegase á tu dominio.
No siento todo esto tanto,
(segunda vez lo repito)
como el ver, que hayas manchado
tu noble blason antiguo
de justiciero, Trajano.
¡A un tyrano tan impio,
por tan gran delito premias
con honor no merecido!
¡Dónde tu justicia está!
¡Faltaba á mi orgullo brio,
para oponerse á sus armas!
En dar en vez de castigo
premio á la traycion, Trajano,
si es proverbio tan sabido,
que mil delitos persuade,
el que consiente un delito,
advierte, los que hoy has hecho;
pues, para haber infinitos,
¡qué persuadirá, el premiarlos,

quando basta, el consentirlos!
Mas delinqüente que el reo
es el Juez, que ha permitido
un crimen; que el reo solo
comete aquel; y averiguo,
que el Juez comete en él, quantos
á otros ha persuadido;
que es gran incentivo de ellos,
el saber, que no hay suplicio.

TRAJANO.

Bien discretamente, Adriano,
mi zelo has reprehendido,
llevado de tu pasion;
pero ignoras los motivos;
y asi en el discurso yerras,
como yerran presumidos,
quantos á los Soberanos
residenciar han querido
las acciones, ignorando
la razon de sus designios.
Si yo castigar quisiese
traycion, en que comprehendidos
son tantos, regára á Roma
de muchos infaustos rios
de civil sangre; entre cuyos
raudales enfurecidos
suele ahogarse el vencedor,
quando fallece el vencido;

que en tumultos, donde ayrado
lidia el padre con el hijo,
ahunque el que pierda, padezca,
queda, el que gana, perdido.
Camilo es hijo de un hombre,
que fue mi mayor amigo,
y verter su sangre, ahun muerto,
le acusára á mi cariño.
Demas de eso, ¿quién quitára,
que despues, que vengativo
á Camilo castigáse,
intentase otro lo mismo;
que vasallos, que una vez
se rebelaron altivos,
ya no pueden ser seguros,
si ahun á costa del castigo,
para la segunda vez,
con errarlo han aprendido?
Fia de mis experiencias,
que serás restituido
á mi herencia por el mas
extraño y nuevo camino,
que en fabulas ó en historias
ya esté inventado y ya visto;
para cuyo gran suceso
á todo el orbe convido.
Acude, á esforzar, Cleantes,
el intento, que te he dicho.

Espera, Adriano, de mí,
que cumpla lo prometido;
é id escuchando del tiempo,
todo lo que yo no os digo.

Vase Trajano

CLEANTES.

A cumplir en su asistencia
voy con todos tus avisos. *vase.*

ADRIANO.

Mal quieres, con lo que espero,
consolarme, en lo que miro.
¡Pero, que poco sintiera
mi amoroso desvario,
perder todo lo estimable,
todo lo ostentoso y rico
del Imperio, si á Sirene
no hubiera con él perdido! *vase.*

Sale Camilo.

CAMILO.

Solo todos me han dexado,
y el Imperio conseguido,
no me parece adquirido
tanto, como imaginado.
Lo que tanto he deseado,
acá en la presuncion mia
no llena mi fantasia;
ó es, que llegando á esta alteza,
á vista de mi grandeza

se mesura mi alegria.
Juzgaba yo en mi ambicion,
que, al ser Monarca triunfante,
se derramase al semblante
el gusto del corazon.
Ya estoy en la posesion,
y al ver, que no me ha inmutado
el contento en sumo grado,
con un receló penoso
se asusta lo poderoso
de lo poco alborozado.
Las dichas en fin, que alcanza
la mas sediente ambicion,
no son en la posesion
tanto, como en la esperanza;
porque en desigual balanza,
de cerca, quando poseo,
en el bien ocultas veo
algunas penas esquivas,
que en lexos y perspectivas
me deslumbraba el deseo.
Las dichas con perfecciones
juzga la imaginacion,
y luego la posesion
las encuentra con pensiones.
En estas contradicciones
á anhelar de nuevo, empieza
el deseo, cuya alteza

tan perfectas las fingia,
quanto es mas la fantasia,
que la gran naturaleza.

Sale Gelanor.

GELANOR.

Deme vuestra Majestad
las plantas.

CAMILO.

¡Oh Gelanor!

GELANOR.

Y, si erráre, gran señor,
el estilo, perdonad,
y á mi rudeza le dad,
lo que un criado pedia
á un Título nuevo un dia,
para que no le riñese,

CAMILO.

¿Qué era?

GELANOR.

que un mes le supliese
de erratas de Señoria.
Hame costado el entrar
mucho golpe y mas temor;
porque tu guardia, señor,
de mí te quiere guardar;
y una nueva te he de dar
de Sirene.

CAMILO.

Ay dueño hermoso.
¿No está alegre, de que ayroso
pueda mi amor sin segundo,
ponerle por trono el mundo,
quando llegue, á ser su esposo?

GELANOR.

Con Livia estube corrido,
ahunque algo sério el semblante;
que desmesura lo amante
un poco de lo valido.
De ella, señor he sabido,
que afligida está y llorosa,
ahunque de tu bien gustosa,
y que ya olbidarte quiere;
pues de la distancia infiere,
que no puede ser tu esposa.

Sale Lidoro.

LIDORO.

Eso diré yo mejor,
como quien de verla viene.
Asegurarla, conviene,
de lo firme de tu amor,
porque dice, que es error,
ser de su dueño servida.

CAMILO.

Ya que la grandeza impida,
ir yo, á asegurarla fiel,

llevale tu este papel,
que la dexe persuadida.
Aguarda, le escribiré.
Al ir á escribir, sale Cleantes.
CLEANTES.
Trajano, señor, á vos
espera, porque los dos
salgais á audiencia.
CAMILO.
Ya iré.
CLEANTES.
Eso decir no podré,
porque él está ya sentado,
y la hora de audiencia ha dado.
CAMILO.
¿No esperarán?
CLEANTES.
Es error;
que para esto, gran Señor,
os tiene el Pueblo pagado;
y un buen Monarca, es en vano,
que, servirle mal, intente,
cobrando él puntualmente
los tributos de su mano.
A todas horas Trajano
pronto estaba, á despachar.
¡Pues como dareis lugar,
á que diga la malicia,

que el tiempo de la justicia
os le gasta este juglar!
Quien al Principe ha ocupado
mal, á todos ha ofendido;
que aquel tiempo, que ha perdido,
al bien publico le ha hurtado.
Ved, si debe castigado
ser, quien á todos robó,
y de las horas, que hurtó
restitucion no ha de hacer,
pues nadie puede volver
aquel tiempo, que pasó.

CAMILO.

Bien dices, Consul. Yo iré,
y de vos quedo advertido.
Leal el reparo ha sido;
á dar audiencia, saldré.
Gelanor, ya volveré,
pues yo despacharte fio.
Yo he perdido el albedrio,
quando ser libre prevengo, *ap.*
pues ahun el tiempo, que tengo,
es de todos y no es mio. *vanse.*

GELANOR.

Bien el viejo ha predicado
de Philosopho podrido,
que quiere por lo atrevido
hacerse mas celebrado;

y, ahunque juglar me ha llamado,
miente su vejez podrida;
que yo no jugué en mi vida.
¡A un valido tal baxeza!
¡Pero quando la grandeza
no fue de estos ofendida!

LIDORO.

No debo pensar en vano,
que oculte algun falso estilo
esta instruccion, que á Camilo
afecta darle Trajano.
Ahun hay fuerzas en su mano,
si pretende, con violencia
arrojarle. La experiencia
lo ha de decir.

GELANOR.

¿Dónde vamos?

LIDORO.

Oye y calla; que ya estamos
en la sala de la audiencia.

Descubrense sentados en un trono Camilo, y Trajano, y van saliendo los pretendientes.

UN MUSICO.

Yo, gran señor, te serví
antes, que hubieses llegado
al Imperio, habiendo sido
musico tuyo dos años,

sin que me dieses sino
esperanzas ; y , pues tanto
te han ensalzado los Dioses,
alguna merced aguardo.

CAMILO.

Yo me acordaré de vos.

TRAJANO.

No ha lugar , pues ya pagado
estais , de lo que servisteis.

MUSICO.

Yo , señor , no he visto un quarto.

TRAJANO.

Si vos con la voz servisteis,
y la voz , si lo reparo,
es tan solo en el acento
dulzura del ayre vago,
y él esperanzas os dió,
nada os debe , pues es llano,
que tanto á vuestros oídos
su esperanza ha deleytado,
como á él vuestra voz ; y asi
pagados estais entrambos,
pues tambien es ayre dulce
la esperanza y el aplauso.
¡En musicos gastaremos
lo que el pueblo nos ha dado!

Vase el Musico.

GELANOR.

Oh viejo, gran marrullero,
como dicen los muchachos;
no te diera yo en mi vida
mas musicas sino cantos.

Sale un Alquimista.

ALQUIMISTA.

Yo, señor, soy Alquimista,
y hoy á tus plantas consagro
este libro.

CAMILO.

¿Y qué es su asunto?

ALQUIMISTA.

Un secreto extraordinario
para hacer de qualquier cosa
el oro mas acendrado.

CAMILO.

Mucho importará al Imperio;
que si este arbitrio se ha hallado,
jamás pueden faltar medios.
Denle veinte mil ducados
por la obra.

ALQUIMISTA.

Siglos vivas.

TRAJANO.

Aguardad; que es escusado.
Denle un bolsillo vacío;
que solo con él le pago.

ALQUIMISTA.

¡Con un bolsillo vacío!

TRAJANO.

Y es un dón muy acertado,
porque, á quien sabe hacer oro,
darle dinero, es en vano;
y pues lo tiene de suyo,
mejor es, darle, en que echarlo.

ALQUIMISTA.

Corrido estoy.

GELANOR.

Alquimista,
usted vá bien despachado,
porque, si ha de hacerlos oro,
lo mismo es, darle guijarros.

Vase el Alquimista.

TRAJANO.

Si supiera él hacer oro,
no estubiera en tal estado.

Sale una mujer.

MUJER.

Señor, mi esposo está ausente,
y en una muerte culpado,
por quien anda fugitivo,
y yo sola y triste paso,
para sustentar mis hijos,

sin su alivio y sin su amparo,
mil desdichas. A tus plantas:::

CAMILO.

¿Qué pretendeis?

MUJER.

Indultarlo;
pues no hay parte, que se quexe,
y por el perdon me allano,
á haceros un donativo.

CAMILO.

Piadoso parece el caso,
y yo vengo, en que se indulte.

TRAJANO.

Yo no; que no es acertado,
dar licencia á los delitos,
con hacerlos tan baratos,
ni que al Principe se pague
la clemencia, en perdonarlos.
Qualquiera crimen sin parte
bien puede el Rey olbidarlo;
pero el de una muerte no:
pues demás de ser tirano,
quien á otro quita la vida,
el Principe interesado
es en el castigo; pues
le usurpa lo soberano,
quien se hace absoluto dueño
de la vida del vasallo,

cuyo dominio fue solo
á Dios y al Rey reservado.
Porque sus vidas, y haciendas
conservémos desvelados,
nos pagan tantos tributos;
y sin razon los cobramos,
si á homicidas y ladrones
perdonáramos aváros;
y los subditos entonces
se tendrán por engañados,
si en los indultos vendémos
la licencia, de matarlos.
No ha lugar.

Vase la mujer.

CAMILO.

Absorto estoy,
de lo que voy ignorando.

Sale un Hombre.

HOMBRE.

Porque hablaba mal del Cesar,
habiendome averiguado
mil sátiras y libelos,
que contra el Gobierno saco,
despues de preso, el Prefecto
de Roma me ha desterrado.
Salí, dando fiador,

de cumplir á cierto plazo
mi destierro ; y viendo , que
el dia , que has declarado
Cesar á Camilo, es fuerza,
hacer gracias , apelando
á tu clemencia , te pido
moderes:::

CAMILO.

No mas. Llevadlo
al punto de mi presencia,
que no solo confirmado,
vil mordáz , por mi decreto
queda del Prefecto el auto:
pero, pena de la vida,
que salgas al punto, mando,
de los terminos remotos
del gran Imperio Romano,
pues en sátiras baldonas
los aciertos del Senado;
y se atreve tu vil lengua
al decoro de Trajano.

TRAJANO.

Detente. ¡Qué haces , Camilo!
En vez de honor es agravio
mio tu sentencia. Este hombre
ha de quedar perdonado.

CAMILO.

¿Por qué?

TRAJANO.

¿Si tanto mal dice
de mí aqui, quieres incauto,
que tambien, si le destierras,
lo diga entre los extraños?
No me infame en las Provincias,
pues ya en Roma me ha infamado;
que aqui ya saben, que miente,
y podrán allá dudarlo.
Sabe, que en los enemigos
hay provecho, ahunque haya daño;
porque en su censura vemos
nuestros defectos tan claros,
que mas que por los amigos,
por ellos nos emendamos:
y para ver nuestros yerros,
es menester conservarlos,
si son tales, que remiten
todo el rencor á los labios.
Libre vas.

HOMBRE.

Tus plantas beso.

GELANOR.

Usted tiene harto trabajo,
en hacer sátiras, puesto
que despues de muy cansado,
quando mas se las celebren,
se ha de esconder del aplauso,

cosa, que ningun Poeta
por ningun premio ha trocado.

Vase el hombre.

CAMILO.

En nada acierto con todos
mis estudios. ¡Cielos santos,
qué distancia en el gobierno
hay, de exercerlo á estudiarlo!

TRAJANO.

¿Hay mas, á quien oír?

CLEANTES.

Estos
memoriales, que me han dado,
y estas consultas.

TRAJANO.

El Cesar
los despachará en su quarto.

CAMILO.

¡Confuso voy!

Levantase.

TRAJANO.

Ahora faltan
cosas de guerra y estado;
que esto es domestico, y es
lo mas vulgar del despacho.
No sale mal la experiencia.

CLEANTES.

Dirija el cielo tus pasos.

TRAJANO.

Camilo, lo que conviene,
que adquieras, quando enterado
estés de todo el manejo,
es el expediente sabio,
de resolver brevemente;
pues aquel, á quien negamos
su pretension, gana al menos
el tiempo, que no ha esperado.

CAMILO.

De todo quedo advertido,
si puedo imitarte.

TRAJANO.

Vamos.

Vanse todos con Trajano, quedando con Camilo, Lidoro y Gelanor.

CAMILO.

¡Qué sabio me imaginaba
para esto entre mí, culpando
á Trajano en su gobierno,
presumiendo remediarlo
todo, quando del Imperio
las riendas viese en mi mano:
y qué torpe me hallo ahora,
de cuya experiencia saco,

quán facil es censurar,
ahun con poca ciencia; y quánto
el emendar, es dificil,
lo mismo, que censuramos!
Y es, que solo á los errores
está atento, quien culparlos
quiere, sin que los aciertos
le deban algun reparo;
y en lo que otro se descuida,
pone él todo su cuidado.
Si hoy sin Trajano me halláse,
¡qué motivo hubiera dado
mi poca práctica á todos
de censura! ¡Oh cómo es claro,
que no es ciencia, que se estudia,
la del reynar, y que sabio
el cielo, á quien dá los Reynos,
dá industria, para mandarlos!
A la memoria me ocurre,
quán bien dixo Agesilao,
Rey de los Lacedemonios,
que habiendole motejado
el no admitir por Maestro
cierto Filósofo anciano,
respondió, que los Monarcas
no deben ser doctrinados
de sabios, sino de Reyes;
que en las materias de estado

discipulos de sus padres
han de ser los Soberanos.
Mucho importa, que algun tiempo
esté el Cesar á mi lado,
pues sin ambicion le véo;
como pueda mi recato
asegurarse en su vida
de la pretension de Adriano.
¡Qué haré!

LIDORO.

Llega, pues el Cesar
tan suspenso se ha quedado,
y acuerdale del papel.

GELANOR.

Tambien estoy yo pensando;
porque, como el poder hincha,
me dá la grandeza flatos.
¿Señor, y el papel?

CAMILO.

Espera;
que, pues este breve rato,
ya despachada la audiencia
me dexan desocupado,
mejor será, que del Templo
á los jardines salgamos,
como los Cesares suelen,
donde asegurarla aguardo
de mi amor.

GELANOR.

No solo tú
puedes en ellos de espacio
entrar, siendo Cesar: pero
ahun quando eras Cortesano;
que como están estas Ninfas
reclusas en sus sagrados,
solo á fin de buscar novios,
están aqui tolerados
los corteses galantéos.

LIDORO.

Si los dos no lo ignoramos,
¿á quién lo previenes, necio?

GELANOR.

No es el prevenirlo malo,
que de la clausura rota
habrá algunos Avogados,
que allá en sus ocultos juicios
nos estén ya excomulgando.

LIDORO.

Esta es la puerta.

CAMILO.

Ay amor,
mal en mi ambicion descanso,
si en el Imperio, y en tí
se me añaden sobresaltos.

Vanse, y salen Sirene y Livia.

LIVIA.

Necia es tu pena, señora,
y tu dolor sin segundo;
¿pues qué mujer en el mundo
dichas de su amante llora,
quando el dudar es forzoso,
que pueda en tal tiempo haber
dama, que llore, por ver
á su galan poderoso?

SIRENE.

Si llora mi voluntad,
es, porque vé mi dolor,
que no puede haber amor,
adonde no hay igualdad.
Era Camilo mi igual;
la fortuna le elevó,
y todo el bien, que le dió,
se me ha convertido en mal.
Mira, quál es el desdén
de mi desdicha fatal,
pues se me convierte en mal
el bien, de quien quiero bien.
Y es bien, que mi pena arguya,
que será discurso vano
casar un Cesar Romano
con una vasalla suya.

Considera pues, si ha sido
grave y fiero mi dolor,
quando ha menester mi amor,
buscar por fuerza el olbido.

Salen Camilo y Lidoro.

LIDORO.

A buena ocasion llegamos,
pues ya con Livia la véo
en ese cenador, cuyos
verdes pavellones densos
esconden al sol de aquella
fuente los cristales tersos,
porque, sedientos sus rayos,
no llegue, á bañar en ellos.

CAMILO.

Hermosa Sirene mia,
si el cambray, que está bebiendo
tus piedades en tu llanto,
vá enxugando tus afectos;
solo hoy mi amor tener pudo
tus ternezas por agüero;
que al ver, que intentas mudarte,
infelicemente temo,
que, saliendo desatado
en arroyos de tu pecho,
mi amor está derramando
el llanto, que vás vertiendo.

SIRENE.

Vuestra Majestad Cesarea:::
¡Ay Dios! que en vano me esfuerzo
de este tratamiento extraño
al reverente despego,
costandome, al pronunciarlo,
un suspiro cada acento!
Vuestra Majestad Cesarea
conceda á mi rendimiento
sus plantas.

CAMILO.

Ay mi bien, ¡tú
me tratas asi! ¡Qué es esto!

SIRENE.

Hacer, lo que debo, es,
trataros como á mi dueño.

CAMILO.

Tal vez merecí ese nombre,
bien que con eco mas tierno.

SIRENE.

Pronunciabalo el cariño,
y ya lo dicta el respeto.

CAMILO.

¿Tan presto pasar pudiste
del uno al otro?

SIRENE.

Tan presto,
como vos habeis pasado

desde un extremo á otro extremo.
Ahier erais vos Camilo,
y hoy soys Cesar ;y si fueron
finos ahier mis cuidados,
de ellos apenas me acuerdo:
porque , si pienso , que os quise,
me está el honor desmintiendo,
pues os quise como á esposo,
y ya es imposible , serlo.
¡Con qué dolor lo pronuncio!
¡Y con qué veras lo creo!
Ya es otro tiempo , señor.

CAMILO.

¿Pues hay para mí otro tiempo,
que el de adorarte? Ay Sirenè,
mal sabes, que fue mi intento,
deshojar entre tus plantas
el laurél del Universo.
¡Que es otro tiempo , pronuncias!
¡Quando:::!

Sale Cleantes.

CLEANTES.

A buena ocasion llego, *ap.*
para lo que voy trazando.
Hora es , de que despachemos,
señor , aquellas consultas.

CAMILO.

¡Valgame amor! ¡Que ahun no tengo
tiempo, de satisfacerla!
¿No podeis solo un momento
detenerlas?

CLEANTES.

No, señor;
porque han de ir resueltas luego
á distintos Tribunales,
y á interesados diversos,
y quando se pára el movil,
se pára todo el gobierno.

CAMILO.

¿Un breve instante qué importa?

CLEANTES.

Lo que en el relox, que vemos,
que un instante que se páre,
para volver á su centro
las horas, por todo el curso
es menester revolverlo.

CAMILO.

¡Tan tasados mis minutos
están! ¡Oh cómo acá dentro
me andan de algunos avisos
moralidades latiendo!
Pues si asi es fuerza, Lidoro,
partir contigo pretendo
del Imperio, que me agovia,

el intolerable peso.
Despacha tú estas consultas.

CLEANTES.

Eso, señor, es ponernos
otro Emperador, y no
el que elegimos.

CAMILO.

Ya es eso
tambien, mandarme vos.

CLEANTES.

Yo
á vuestra instruccion atiendo
por el Senado: el Senado
viene á ser en vuestro cuerpo
la parte racional; vos
el material instrumento;
y quanto el cuerpo executa,
manda el discurso primero.
El Principe es de las leyes
la viva voz: el consejo
es la ley: luego á éste debe
el Principe estar sujeto,
como por razon lo estamos
todos al entendimiento:
y ahunqne es vasallo del hombre,
debe el hombre obedecerlo,
sin que del libre albedrío
pierda el absoluto imperio,

pues le manda aconsejando,
y aconseja obedeciendo.

CAMILO.

¿Quando eso sea, me puede
quitar el Senado recto
tener un amigo, que
me alivie en tanto manejo?

CLEANTES.

Ese os servirá, informando,
señor, mas no decidiendo;
que vasallo de un vasallo
sereis, y en sabiendo el pueblo,
que hay otro, que manda en vos,
redunda en vuestro desprecio
el honor, que á él le tributa;
pues, al valído sirviendo,
ni temen de vos castigo,
ni de vos esperan premio.
Demás de eso no ha de ser
ese amigo al gusto vuestro,
sino á gusto del Senado
y de los vasallos, puesto
que es vuestro interés mayor,
tenerlos á ellos contentos.

CAMILO.

¿De suerte, que ahun un amigo
ha de ser al gusto ajeno,
y no al mio?

CLEANTES.

Sí, señor;
y será mejor acuerdo,
no tener ninguno, pues
ahun no soys tampoco dueño
de vuestro favor; que son
acreedores, en sirviendo,
todos á él; y la igualdad
en paz mantiene los reynos.

LIDORO.

Ya es esto mucho apretar.

CAMILO.

¡Ay Lidoro! Ya lo advierto;
pero ahun está poderoso
Trajano, y hasta estar diestro,
y en el despacho instruído,
no me han hecho el juramento.
Importa estos quince dias
sufrirlos. El alma dexo
en Sirene. Vén conmigo.
Sirene á Dios. ¡Sabe el cielo,
del iman de aquellos ojos
con qué violencia me ausento!

CLEANTES.

Bien vá, Trajano. Los Dioses
favorezcan tus intentos.

Vanse los tres.

LIVIA.

Ser Emperador con ayo,
y con ayo tan molesto,
debe de ser gran trabajo.

SIRENE.

¡Ay, Livia! Si gran tormento
era, perder á Camilo
por sí, que adviertas, te ruego,
¿qué haré, al perderle con tanta
grandeza como le pierdo?

Salen Corbante y Adriano.

CORBANTE.

Alli está.

ADRIANO.

Mira si acaso
estos jardines amenos
pisa Octavia, porque hablarla,
sin que ella lo advierta, quiero.

CORBANTE.

Tan colgada de tu voz
la tiene su pensamiento,
que apenas la nombras, quando
viene dando vulto al eco.

ADRIANO.

Pues retirate; que ya
mejor será, que esperemos.

Sale Octavia.

OCTAVIA.

¡Sirene, tan sola y triste
el dia, que considero
tu mayor gusto! Sin duda
estás mal con tu contento
sino es, que él quiera en tu llanto
echar algun mal del pecho.

SIRENE.

Ahí verás, quán desgraciada
soy, pues como males siento
los bienes.

OCTAVIA.

Y ahí verás, quanto
lo soy yo mas, pues perdiendo
Adriano el Laurél, tu llanto
no me sirve de consuelo,
quando tú le ganas. ¡Hados, *ap.*
hoy verme á las plantas temo
de Sirene, á quien ahier
juzgaba mi devanéo
por vasalla, quando Adriano
tubiese en su mano el cetro!
Mas quiero ver, si él parece
en el jardin; que deseo,
aliviar su pena. *vase.*

LIVIA.

Fuese,

sin mas hablar.

CORBANTE.

No hayas miedo,
que le encuentres, pues ya dexas
agazapado el conejo.
Bueno fue, haberte escondido.

ADRIANO.

Pues á morir me resuelvo,
hablando á Sirene; que antes
ser infelice, pretendo,
de osado, que de cobarde.
Determinese el despecho
á que antes me dé la muerte
su rigor, que mi silencio.
Hermosisima Sirene,
cuyos divinos luceros
en lo vivo de sus rayos
influxos están bullendo:
si quieres conocer, quánto
en mi noble rendimiento
y en mi adoracion ansiosa
es la sed de tus desprecios,
no las infieras de las veces,
que pretendí amante ciego,
de todos sus desengaños
malograr los escarmientos
ansioso siempre de tantos
desdenes, como te debo.

Debo, dixe, porque son
tan preciosos, que en mi afecto,
ahun con la ansia, de adorarlos,
no puedo satisfacerlos.
No lo infierás de esto, digo,
sino de ver, que me atrevo
á hablarte en el mismo dia,
que por celestial decreto
tu correspondido amante
consigue el Romano Imperio:
y en el mismo dia, que
yo desdeñado lo pierdo,
á darte mil parabienes
llega festivo mi obsequio,
ahun de lo que siento tanto;
pues, ahunque negar no puedo,
que siento, por quien lo logras,
de que lo logres, me alegro.

SIRENE.

El parabien, que me dás,
Adriano, yo le agradezco,
no obstante, que no le admito;
que, ahunque por digna me tengo
de quanto desprecio, no
aspiro al Laurél, pues creo,
que mas, que no en desearle,
mi soberbia desvanezco

en despreciarle. A Camilo
admití aquellos cortejos
decentes, quando en los dos
era igual el casamiento.
Hoy no lo es, ni yo mujer,
que viniera en él, sabiendo,
que habrá, quien se lo censure:
pues no admitiera por dueño
á nadie, que imaginase,
que me adoraba, supliendo.
No hay, quien á mi vanidad
pueda imaginar soberbio,
que hace en su eleccion dichosa:
y antes en la mia quiero
hacer felices; que es
blason del poder y el cielo.
Ya murió Camilo en mí.

CAMILO *al paño.*

¡Qué oygo, penas! ¡Quando vuelvo
del despacho, por si acaso
hablar á Sirene puedo,
no solo con mi enemigo
tan bien hallada la encuentro,
sino diciendo, (¡ay de mí!)
que ya en su memoria he muerto!

OCTAVIA *al paño.*

No habiendo encontrado á Adriano,
vuelvo otra vez. ¡Mas qué veo!
Hablando está con Sirene
á solas. Alma, escuchemos.

ADRIANO.

¡Qué murió Camilo en vos!

SIRENE.

Soy, quien soy.

ADRIANO.

¡Y que tan presto
le olbidasteis!

SIRENE.

El honor,
que obra con entendimiento,
para olbidos, que le importan,
no necesita del tiempo.

CAMILO.

¡Que esto escuche!

OCTAVIA.

¡Que esto véa!

CAMILO.

Ella está satisfaciendo,
á Adriano de mí.

OCTAVIA.

Ella está
asegurando sus zelos.

ADRIANO.

De suerte, que, si á Camilo
despreciais, porque al supremo
Laurél llegó, bien mi amor
puede esperar; si arguyendo
al contrario, hasta su esfera,
quando él sube, yo desciendo.

SIRENE.

Eso no es, lo que yo os digo.
Lo que ha sucedido, os cuento,
porque el parabien me dais.

LIVIA.

Siempre estubo mas bien puesto
conmigo Adriano, y fui siempre
de su parte. Este suceso
ayuda mas su fortuna.
Irla desatando quiero
al disimulo esta cinta
á mi ama, por darle luego
este favor.

ADRIANO.

Yo, señora,
á ser vuestro esclavo, anhelo.

OCTAVIA.

¡Ah traydor!

CAMILO.

¡Ah aleve!

ADRIANO.

Y ya,
que olbidada os considero
de Camilo, que admitais,
suplicoos, mi rendimiento.

SIRENE.

Adriano, si permití
de Camilo el galantéo,
para casarme, advertid,
que fuera mi amor muy necio,
si eligiera mas; y asi
no será casamentero
mio jamás el cariño.

ADRIANO.

¿Pues quién, señora?

SIRENE.

El concierto;
que, si el amor una vez
es gala, dos es defecto;
y para que esto podais
tratar conmigo, es muy presto;
porque parecer pudiera
ligereza ahun el acierto.

LIVIA.

Desatada está, y no pude
sacarla.

SIRENE.

Dame con esto

licencia.

ADRIANO.

Advertid::: Mas este
lazo se cayó del crespo
rizado ofir.

LIVIA.

¡Torpe andube!

Al irse, se le cae un lazo, y le ase Adriano; y salen Camilo y Octavia por distintos lados.

CAMILO.

Suelta, traydor.

OCTAVIA.

Suelta, fiero.

ADRIANO.

Para volversele pude
solo alzarle mi respeto,
mas no para que ninguno
me advierta, lo que hacer debo.

CAMILO.

A mí me lo has de volver.

ADRIANO.

No fuera decente acuerdo,
daros yo, lo que no es mio.
Sirene es, quien puede hacerlo.

OCTAVIA.

Pues entregamele á mí.

ADRIANO.

Tampoco es estilo atento,
dar alhajas de una á otra.

SIRENE.

Pues á mí sí; que el empeño
estorbo.

ADRIANO.

Aqui pues le tienes:
mas no por eso os le vuelvo,
sino porque es justo.

CAMILO.

¡Cómo,
aleve, contra tu dueño
te atreves!

ADRIANO.

Ahun no lo eres,
y ahun, si lo fueses, exceso
sería, empeños de amor
querer andar compitiendo.

CAMILO.

Vive Dios, traydor, aleve,
que has de morir á mi acero.

Abrazase con él Adriano.

ADRIANO.

No le saques; que, si antes,
de que eres Cesar, me acuerdo,
en viendo acero desnudo,
nunca supo huir mi haliento,

y no he de aprenderlo ahora.

CAMILO.

¡Tú te atreves desatento,
á luchar conmigo!

ADRIANO.

Sí;
que por tu autoridad vuelvo;
que te desluces si sacas
la espada, y no podré luego
respetarte.

CAMILO.

Aleve, quita.

SIRENE.

De marmol soy.

OCTAVIA.

Soy de hielo.

LIVIA.

¡Ahora os helais! Dad voces.
¡Ah de la Guardia!

CAMILO.

El estrecho
ñudo desharé. *luchando.*

OCTAVIA.

¿Soldados?

SIRENE.

Acudid, acudid presto.

LIVIA.

Que se matan.

Salen por un lado Trajano y Licinio; y por otro Cleantes, Lidoro, Gelanor y Soldados.

TRAJANO *dentro.*

Alli voces suenan.

UNOS.

¡Qué es esto!

OTROS.

¡Qué es esto!

ADRIANO.

Esto es, haber advertido
á Camilo mi respeto,
lo que él debe á su decoro,
y yo á mi valor le debo.

SIRENE.

Muerta voy.

OCTAVIA.

Sin alma anímo.

LIVIA.

Mal me ha salido este enredo.

CAMILO.

Esto es, querer castigar
á mi enemigo.

CLEANTES.

No es bueno,
en quien es Monarca ya,

para castigo ese medio,
sino es el de la justicia;
que en coléricos extremos
desluce lo soberano,
quien ostenta lo resuelto.

CAMILO.

De mis enemigos nunca
con la justicia me vengo.

CLEANTES.

No hay en el Trono enemigos;
porque, si ahier lo fue vuestro,
qualquiera vasallo es hijo,
y debeis favorecerlo,
sin acordaros del ódio;
pues no era decente acuerdo,
si como particular
os ofendió su ardimiento,
que la ofensa de Camilo
castigue un Cesar supremo. *vase.*

GELANOR.

Digan la verdad, señores;
¿no les enfada este viejo?

LIDORO.

Esto es ya, querer ceñirle; *ap.*
y para librarle, quiero
antes de volver al lance,
saber, que fuerzas tenemos. *vase.*

TRAJANO.

¿Pues en qué os ofendió Adriano?

CAMILO.

En competir el empleo
de una dama.

TRAJANO.

¡Cómo dama!
¡Pues un Monarca, que atento
debe estar de su dominio
al incesante desvelo,
en zelos y damas anda!

CAMILO.

¿Por qué no, quando pretendo
casarme?

TRAJANO.

¡Cómo casaros!
¡Sabeis, lo que soys; que creo,
que lo que habeis pretendido,
ahun no sabeis! Un excelso
Monarca con sus vasallos
no casa, ni por su mismo
dictamen, que, como solo
al público bien nacieron,
solo se deben casar
á gusto de sus Consejos,
y no de su voluntad;
que los Reales casamientos
siempre paces ó alianzas

concluyen con otros Reynos,
abriendo asi á sus vasallos,
seguridad y comercio:
y asi se deben casar
solo al gusto de sus pueblos. *vase.*

GELANOR.

Y á mi gusto; qué en estado
los dos hemos de poneros. *vase.*

CAMILO.

¡Qué es, lo que pasa por mí!
¡Esto es, lo que tanto anhelo
me ha costado! ¡Esto es reynar,
ó morir! ¡Piadosos cielos,
ni yo vivo para mí!
¡Ni es mio mi propio tiempo!
¡Ni tener puedo un amigo!
¡Ni he de vengarme severo
de mi enemigo, ahunque osado
á mi vista me dé zelos!
¡Y no solamente extraño
he de estar con mis afectos;
pero ahun mi amor y mi dama
han de ser al gusto ajeno!
Pues, si tiene libertad
el mas humilde plebeyo,
y, ahun para el libre albedrío,
por Monarca no la tengo;
¡qué mas esclavo, que yo!

¡Oh ambicion! ¡En qué me has puesto
y qué de dichas m ntidas
pintaste desde el deseo,
que, como en la perspectiva,
los celages mas serenos
son desde cerca borrones
los que eran luces de lejos! *vase.*

JORNADA TERCERA.

Descubrese un bufete con luces, y en él unos libros grandes, mapas, recado de escribir, y algunos papeles; en una silla estará Camilo, y de rodillas en unas almohadas Cleantes.

CAMILO.

Qué mas hay, que despachar,
pues es taréa precisa
ésta, y se vá haciendo ya
tolerable, en ser contínua.

CLEANTES.

Otras muchas cosas quedan;
mas fuerza es, que se remitan;
á otro dia, asi por una
que mas que todas nos insta,
á acudirla, como porque
no á tanto peso se rinda
vuestra Majestad.

CAMILO.

Yo sé,
Cleantes, quando decias,
que para eso me pagaba
el pueblo.

CLEANTES.

Sí; mas no quita
eso el preciso descanso;
y, lo que yo os persuadia,
es, no usurpar el despacho
las horas, que concedidas
le teneis. Vuestro descanso
redunda, si bien se mira,
en beneficio del pueblo.
Vuestras fiestas y delicias
decentes, demas de ser
pompa de un Monarca digna,
miran al util de todos;
pues es qualquiera festiva
diversion en vuestro afán
haliento á nuevas fatigas.
Tambien vivís para todos
en las horas, que os alivia
el vivir para vos solo:
pues nadie hay, que contradiga,
que del Monárca le importa
mucho al Imperio la vida,
y la ansia, de aprovecharla,

no ha de ser, de consumirla.
Para todo ha de haber horas;
mas no habeis de confundirlas,
dando á uno, las que son de otro;
que es fuerza, que tan medidas
estén, y, quien vive á todos,
tan públicamente viva.

CAMILO.

Ya sé, que están mis minutos
tasados para distintas
operaciones. Ya sé,
qué tengo tan repartida
la vida, que nadie puede
quitarle sin injusticia
un instante de mí mesmo,
ni ahun á mí, si se averigua;
que hace este orden, que ahun aquellos
espacios, que se destinan
á mis festejos, como es
forzoso, que á ellos asista,
y que no viva sin ellos
la equidad distributiva,
mirados como taréas,
como festejos no sirvan.
El mas plebeyo oficial
su descanso solicíta
el dio festivo, y yo,
en quien los ojos vigilan

del Argos en tantas plumas,
no descanso ningun dia.
¿Qué es, lo que se ofrece ahora
de cuidado?

CLEANTES.

La noticia,
que hoy se ha tenido, de haber
rebeladose las Islas
de la Gran Bretaña, y todas
las que con ellas confinan
de Batavia, que del mar
y del Rheno divididas,
del Oceano Germano
la blanca tez cristalina
de verdes lunares manchan,
de fecundidad salpican.
Hoy Quinto Flaco Valerio,
Legado de las Provincias
Belgicas, no solamente
la sublevacion avisa,
sino que de las Legiones
Romanas, que residian
en los Presidios, la gente
le mataron mas lucida
los rebeldes; y, si luego
reclutas no se le envian
veteranas, y los medios,
con que al punto se aperciban,

para salir á campaña,
todo el dominio peligra
de aquellos países, puesto
que estas centellas prendidas,
antes que levanten llamas,
se han de cubrir de cenizas.
Mañana Senado, y Plebe
te juran la fee rendida;
y el gran Trajano mañana
á su patria se retira.
En el tesoro Imperial,
á cuyo caudal se aplican
tambien todas las riquezas
que antes del cetro tenias,
apenas hay lo bastante
al donativo, que estilan,
el dia que se coronan,
á la Plebe y la Milicia
dar los Cesares; y es fuerza,
que quede distribuida
tanta porcion; pues si no,
deshiciera su codicia
esta eleccion. Mira ahora,
de qué caudal determinas,
que para tan grave caso
al Legado se le asista.

CAMILO.

Bien. ¿Y qué libros son estos?

CLEANTES.

Es la docta Geografia
de Tolomeo, en que está
en tantos Mapas escrita
la superficie del Globo
de tierra y agua; pues pinta
de las tres partes del mundo,
en que los hombres habitan,
Provincias, Reynos é Imperios,
para que en ellos percibas
de estas Islas la importancia,
á qué parte están vecinas
de tu Imperio, y lo que pierdes,
si las pierdes.

CAMILO.

Prevenida
anda en todo tu prudencia;
que, puesto que es mi impericia
tal, que de Roma jamás
salí, y es accion precisa,
que el Principe siempre tenga
presente su Monarquía;
pues bien como el corazon,
no tan solo ha de regirla,
pero á todos los extremos
sus espiritus envia,
desde el centro, me es forzoso,
comprehenderla en estas lineas,

donde el compás la regula,
y donde la anda la vista.
Sin Geografia y Historia,
en vano á reynar aspira
mi rudeza : sin Historia,
porque el reynar necesita
de tan grandes experiencias,
que en una vida adquirirlas,
no es posible; y estudiando
todas las cosas antiguas,
pocas horas de memoria
son muchos siglos de vida;
sin Geografia , por qué
sin que su Imperio distinga,
¿ quien no sabe , lo que manda,
cómo , á mandarle , se anima ?
¿ Quál es la Bretaña?

CLEANTES.

Aquella
Isla fertil y florida,
que enfrente está de las Galias,
con un canal dividida.

CAMILO.

¿Y la Batavia?

CLEANTES.

Estas otras,
que aqui se vén esparcidas,
confinando con el mar

Germánico, con la Frisia,
Galia Belgic y Germania.

CAMILO.

Alteracion es bien digna
de cuidado. ¡Oh, quánto importa,
que sepa aquel, que domina,
lo que pierde, en lo que pierde,
sin creerlo á la malicia,
de quien, minorando el daño,
el consuelo facilita,
y echa á perder los remedios
con aleve medicina!
¿De dónde pues sacarémos
medios para esta conquista,
pues tanto importa?

CLEANTES.

Señor,
no sé; que los Asentistas
y los Colectores todos,
parece, que se retiran,
de hacer anticipaciones;
pues guerras tan repetidas,
como ha tenido Trajano,
tienen del todo extinguida
la fuerza del caudal.

CAMILO.

Yo
haré á Lidoro, á quien fia

mi cariño de la hacienda
los manejos, que consiga
alguna porcion, que baste,
á domar las atrevidas
rebeldes armas. ¿Hay mas?

CLEANTES.

Ah, sí; tambien se me olbida
(mal la industria vá saliendo, *ap.*
si no dá fuego esta mina)
este memorial de Adriano.

CAMILO.

¡Ah traydor! Mal se desvian
de mi memoria mis zelos,
de mi dolor su osadía.
¿Qué pide?

CLEANTES.

En él te dá cuenta,
y, que la apruebes, suplíca,
de su boda; pues personas
tan altas y esclarecidas
no las concluyen, sin que
los Cesares lo permitan.

CAMILO.

¿Con quién casa?

CLEANTES.

Con Sirene.

CAMILO.

Estatua he quedado fria,

y condensado el haliento
en exhalaciones tibias,
carámbanos son del ayre
quantos el pecho respira.
¡Con quién decís!

CLEANTES.

Con Sirene,
vuelvo á decir, una Ninfa,
que en ese Templo de Palas:::

CAMILO.

No prosigas: no prosigas,
ni tus señas me deshagan
la duda, que acá fabrica
mi amor, que, sin saber de otra,
la finge por cortesía.

CLEANTES.

Pues, señor, ¿qué os descompone,
qué os inquieta, ó qué os irrita?

CAMILO.

¡Con Sirene! Por los Dioses,
que fuera Roma encendida;
ahun mas que en tiempo de Nero,
en el volcán de mis iras;

Levantase, arrojando el bufete.

y que yo sabré:::

Sale Lidoro.

LIDORO.

¡Qué ruido:::

Sale Adriano.

ADRIANO.

¡Qué rumor:::

Sale Gelanor.

GELANOR.

¡Qué vocería:::

LOS TRES.

se oye en el quarto del Cesar!

LIDORO.

¿Señor?

ADRIANO.

¿Señor?

CAMILO.

¡Qué os admira!

LIDORO.

Yo, señor, desde esa quadra:::

ADRIANO.

Yo desde esa galería:::

LIDORO.

donde aguardo, para hablaros:::

ADRIANO.

donde espero la salida

de Cleantes:::

LIDORO.

ruido escucho.

ADRIANO.

rumor oygo:::

GELANOR.

oygo, que gritas:::
(que tambien entro yo en esta relacion alternativa.)

LIDORO.

y osado:::

ADRIANO.

pronto:::

GELANOR.

curioso:::

LOS TRES.

vengo á saber, en qué os sirva.

CAMILO.

En no verme el rostro ahora,
quando volcanes vomita,
ya en rayos y ya en colores,
por ojos y por mexillas;
porque en fin pasiones de hombre
de Monarca no desdigan:
pues si alguno, vive Dios,
hay, que osado me compita,
sabrá este acero:::

Empuña la espada, y todos se hincan de rodillas.

TODOS.

Señor.

GELANOR.

Tente; que nos desquartizas
con solo un ceño. ¡Qué es esto!
¡Señores, estas burlitas
tienen los Emperadores,
que el alma al verle tirita,
y quando era mi amo, burla
de sus enojos hacia!
¡Valgame Dios, cómo tiemblo!

ADRIANO.

¡Qué es esto! No ví en mi vida
el miedo hasta hoy.

LIDORO.

Con tener
su gracia, tiemblo á su vista.

CLEANTES.

¡Oh, cómo brotó en sus zelos
todo el aspid de la envidia!

CAMILO.

Los zelos me han descompuesto; *ap.*
y asi de aqui se retira
mi grandeza. Véd, ¿qué hará
el filo de mi cuchilla,

quando castigue, si ahun hace
ese efecto, quando avisa? *vase.*

ADRIANO.

Valgame Apolo. ¡Qué rasgos,
ó qué vislumbres divinas
esparce de sí el caracter
de una alta Soberanía;
que asi asombra en sus enojos
la Majestad ahun fingida!
Fingida dixe, porque,
ó bien á la industria activa
de mi tio, ó á las armas,
que mi cautela concita,
verá Camilo mañana
su pompa desvanecida.
Sin duda esto es, porque sabe,
que Sirene persuadida
está á mis bodas: mas sea
lo que fuere, pues me instan
mi amor y mi conveniencia
á que uno y otro consiga,
he de lograrlos entrambos,
y ha de morir, quien lo impida. *vase.*

GELANOR.

Si no hubiere en el retrete
mas luces, que las bugías
del bufete, á obscuras quedan
Camilo y esta estantigua.

Nunca mas cerca del Cesar;
que el alma llevo aturdida,
de ver, con los que andan cerca,
y un punto no se desvian,
lo que hacer puede unos de estos,
si se vuelve loco un dia. *vase.*

LIDORO.

¡Qué es esto Cleantes!

CLEANTES.

Yo
no sé, Lidoro, que os diga;
que no lo sé.

Sale Camilo.

CAMILO.

Pues yo sí,
y al mirar, que se despidan
todos, y que con los dos
ningun secreto peligra,
pues tú, Cleantes, has sido,
á quien debo la doctrina
del Imperio, y por Maestro
de tí mi amistad se fia:
y tú, Lidoro, á mi suerte
solicitaste esta dicha,
con los dos se desahogan
las penas, que me lastiman.
Yo adoro tanto á Sirene,

que con ansia de rendirla
el Imperio, mi ambicion
al sacro laurél aspira;
y por donde ha de obligarla
mi amor, mas la desobliga;
pues no solo de mi ansias
tantas finezas olbida,
mas con Adriano se casa.
¡Oh! El dolor no lo repita,
sin que del ultimo acento
el alma me arranque asida.

CLEANTES.

¡Señor, qué es esto! ¡Un Monarca
descompone así la invicta
Majestad!

CAMILO.

¿Pues los Monarcas
no son hombres, y las mismas
pasiones, que á los demás,
no es fuerza, que les aflijan?

CLEANTES.

Hombres son; mas la prudencia
de su secreto se cifra
en que no han de parecerlo;
y las pasiones mas vivas,
ya que no puedan vencerlas,
por fuerza deben sufrirlas,
sin que alguno las conozca;

que, si llegan á inferirlas,
pierde con los sentimientos
mucho la soberanía.

CAMILO.

¡Que ahun no he de quexarme!

CLEANTES.

No;
que del Olympo la cima
es superior á las nubes;
y asi exenta se exâmina
á borrascas su eminencia,
siempre serena y tranquíla.
Asi de un Monarca el rostro,
cuya alteza es excesiva,
debe estar serena á todo,
sin que un sentimiento imprima
en él, dandose al partido,
de conocer, que hay desdichas.

CAMILO.

Todos se quexan, y en tanto
qualquiera dolor alivian,
pues juzgan, que le reparten,
si acaso le comunican;
¡y solo á mí la grandeza
ahun de este alivio me priva!
Mas infelíz soy que todos.

LIDORO.

Pues dí, señor, ¿quién te quita,

no otorgarle esa licencia?

CLEANTES.

¿Fuera accion bien parecida,
quitar á tales vasallos
la libertad?

LIDORO.

Sí, pues miras,
que él la quiere para sí.

CLEANTES.

Si era su pasion tan fina,
¿por qué no se casó antes;
que, si quando le apellidan
Cesar, fuera ella su esposa,
por fuerza habia de admitirla?
pero ahora, que está libre,
no es facil, que le permita
el Senado con vasalla
casar; que la Monarquía,
querrá comparar con sus bodas
la paz, de que necesita.
Trajano ajustó esta boda.
¿Será justo, que se diga,
quando solo para Adriano
tal conveniencia destina,
que Imperio y esposa usurpa
al sobrino tu injusticia?

CAMILO.

Bien dices; pero yo muero,

si no lo estorbo.

LIDORO.

¿Imaginas,
ceñirle como hasta aqui
con advertencias prolixas,
que en tus sofisticos dogmas
su absoluto Imperio ligan,
de ninguno practicadas,
y de tantos discurridas?

CLEANTES.

Sí; que, quanto yo le he dicho,
es la obligacion precisa
de un buen Monarca, y ninguno
lo puede ser, sin cumplirla.
La fama es Juez de los Reyes,
y es la mayor enemiga,
que tiene el poder, supuesto
que la culpa, que averigua,
hasta en futuras edades
eternamente castiga.
El Monarca, que á la fama
no teme, si se le indigna,
jamás será buen Monarca;
y asi es bien, que todos vivan
al gusto de esta fantasma,
que el bien y el mal eterniza.
Esclavo del qué dirán
debes ser, porque aplaudida

sea tu memoria, temiendo
calumnias de la malicia
hasta del mas vil vasallo.

CAMILO.

Entre tantas infinitas
pensiones, como en el trono
tus experiencias me dictan,
ninguna mas que estas dos
una invencible harmonía
está haciendo á mi paciencia,
de mil golpes combatida.
¡Qué mas dolor, qué mas ansia,
que vér, que á mí no me libran
del dolor, y que no puedo
quexarme! ¡Y qué mas fatiga,
que estar temiendo los juicios
ahun de la Plebe abatida,
que imagina baxamente,
y cree, quanto imagina!

LIDORO.

Señor, no á tantos discursos
el supremo poder rindas.
Quien puede, todo lo puede;
y esas son sofisterías
de Políticos.

CAMILO.

Lidoro,
mal tu lealtad acreditas

en esos consejos. Yo
soy Monarca, y no querria,
ser malo por ningun caso;
pues, ahunque por tiranía
quise empezar mi corona,
no pensaba proseguirla
por ella; que la razon
cierta oculta simpatía
tiene al bien, y horror al mal,
ahunque de él un bien se siga.

LIDORO.

Dale en fin esa licencia;
y el remedio se remita
á un veneno, en donde pueda
quedar su muerte escondida:
y si se supiere, ¿antes
resolucion no tenias
de matarle? ¡Pues qué importa,
si ahoras mas justificas
tus iras, que le dés muerte!

CAMILO.

Bien dices; muera á mis iras,
pues él tambien en Sirene
el alma me tiraniza.

CLEANTES.

¡Qué consultarán los dos! *ap.*

CAMILO.

Cleantes, ya concedida

tiene Adriano la licencia.

CLEANTES.

Sospechosa es, ó fingida, *ap.*
pues fue tan mal consultada.

CAMILO.

Vamos, por vér, si me alivia
el sueño. ¡Ay amor! en él
permite, que al menos vistan
la blanca tez de Sirene
mis amantes fantasías. *vanse.*

Salen Sirene, Livia, y otras damas.

LIVIA.

¿Tan de mañana, señora,
á vestirte te prefieres?
Sin duda en tu frente, quieres
vér amanecer la aurora;
y, aunque ella tus rizos dora,
no es bien, que de nobia el dia
falte la destreza mia
al primor de tu tocado.

SIRENE.

De los ojos me ha robado
el sueño la fantasía.

LIVIA.

¡Tanta inquietud dá el contento!

SIRENE.

No burles de mi pasion;

que, quien casa por razon
y proprio conocimiento,
siempre á lo mejor atento,
mas que alborozo, temor
tiene, y para el nuevo amor,
que hoy rinde mi libertad,
anda de mi voluntad
escondiendose mi honor.
El yugo, á que destinado
viene mi cuello este dia,
eleccion no ha sido mia;
mis parientes lo han tratado.
En mí fue razon de estado,
que al vér, que es tan poderoso
Camilo, y me adora ansioso,
nadie diga, que un instante
él fue poderoso amante,
y estube yo sin esposo.
En fin casarme no dudo,
pues á nada mi honor cede:
no haya, viendo quanto puede,
quien presuma, quanto pudo.
¡Qué discurso pues tan rudo
ignorará, á qué aflicciones,
y á quántas contradiciones
por fuerza se ha de entregar
voluntad, que, para amar,
ha de mendigar razones!

Camilo fue mi eleccion,
y Adriano mi suerte fué;
á aquel adoró mi fé,
y á éste quiere mi razon.
Tén lástima á mi pasion,
pues le amo, y estas violencias
me hago con las diferencias
de tantas contradiciones.
¡Pero quándo por razones
se mandan las influencias!

Sale Octavia.

OCTAVIA.

¡Que quando al jardin venia,
por si puedo entre las flores
verter parte á sus verdores
de mi gran melancolía,
esté la enemiga mia
tan de mañana en su esfera!
¡Por quánto no sucediera
á un breve alivio un hazar!
¡Oh si á otros quadros pasar,
sin que me viese, pudiera!

LIVIA.

Ya tienes á Octavia alli.

OCTAVIA.

Por no explicarle mi rabia,
me quiero volver.

SIRENE.

Octavia,
¡por qué te ausentas de mí!
¡Sin hablar vuelves asi!
¡No merezco á tu desdén,
que tus finezas me dén
parabien de mi alegría,
pues no habrá ventura mia,
si falta tu parabien!

OCTAVIA.

Si acaso por falsedad
lo dices, no á mi rigor,
que de sombras de mi amor
se adorne tu voluntad,
puede ofender. Es verdad,
que Augusta me pensé vér,
quando Adriano á mi entender,
mandaba uno y otro Polo;
pero para Adriano, solo
por sí, soy mucha mujer.
La Casa de los Octavios
hecha está ya á Emperadores,
pero á solo Senadores
tu familia de los Flavios.
Y asi son discursos sabios,
que tú te hayas reprimido,
y á Adriano hayas admitido:
y, pues el reparo ofreces,

mas que mereces, mereces
por haberte conocido. *vase.*

SIRENE.

No te ausentes: oye, mira,
vuelve, Octavia.

LIVIA.

¿Qué la quieres?

SIRENE.

Dar á tantas groserías
respuesta.

LIVIA.

No en eso empeñes
tu cordura; que picada
está; y es bien, que te acuerdes,
que no hay discreto tahur,
que no sufra algo, á quien pierde.

SIRENE.

¡Octavia conmigo altiva!

Salen Lidoro y Camilo.

LIDORO.

¿A qué tan temprano vuelves
al jardin del Templo?

CAMILO.

¿Qué
me preguntas, quando adviertes,
que no estoy en mí conmigo,
si me miro sin Sirene;

y que el despechado amante,
que sobre sus zelos duerme,
mal descansa ; que ahun dormido,
la imaginacion le hiere,
forzandole , á què consigo
todas sus ansias despierte.

LIDORO.

Con Livia está.

CAMILO.

Tan temprano,
fiera esfinge, aspid, aleve,
que con tósigo de fuego
la imaginacion me muerdes,
enroscandola en los lazos
de tantas azules sierpes:
¡tan temprano has madrugado,
á que tus ojos encuentren
la luz del sol tan infante!
¡Ingrata , mira , quién eres,
pues con ansia madrugaste,
de que tu desvelo hiciese
mas dilatado este dia
de tu dicha y de mi muerte!
¿Por qué no duermes, traydora?
¡Con tanta inquietud te tiene
el alborozo , que ansiosa
te obliga , á que te desveles!
Duerme , ingrata ; que a lo menos

conseguiré, que aquel breve
instante, que en tí no estás,
en el dichoso no pienses.
Si tu mudanza:::

SIRENE.

Señor,
vuestra Majestad modére
su sentimiento, ó creeré
mas atenta, que no debe
de hablar conmigo sin duda.

CAMILO.

No harás mal, si lo creyeres;
que estás tan otra, que ahun yo
no acabo de conocerte.
¡En qué, dulcísima ingrata,
(pues á mis ansias corteses
y á mi rendimiento noble
eres dulce, ahun quando ofendes)
en qué ha podido enojarte
una fee tan reverente,
que, por ceñir tu coturno
con el Laurél de mis sienes,
aspiró á tan gran fortuna,
porque un cetro le sirviese,
de desmerecerte menos,
ya que no de merecerte!

SIRENE.

Vuestra Majestad advierta,

que es la corona la fuente,
de donde el honor se esparce
en manantiales perenes.
Pues, si honrar deben á todos
los Monarcas y los Reyes
¿qué debeis hacer, con quien
quisisteis? ¿Es bien, se cuente,
que naciendo, á honrar á tantos,
(como lo haceis) solamente,
quien merece vuestro agrado,
vuestras honras no merece?
Yo pensé, ser vuestra. Ya
los hados no lo conceden.
Ay Dios, ¡en quantos suspiros
cada razon se me envuelve,
haciendo, que un solo acento
muchos sollozos me cueste!
No lo conceden los hados,
porque interponen rebeldes
entre nuestras dos distancias
mil montes de inconvenientes.
Pues, si, ser vuestra, no puedo,
y ya os perdí para siempre:::
Entre esta voz y mi vida,
¡quién hiciera, que cupiese
la muerte, que de su acento
lleváse el alma pendiente!
Si ya os perdí, ¿para qué

quereis, no solo exponerme,
á que pierda el honor, viendo
vuestros extremos; que suelen
creeer con exceso tantos
discursos de maldicientes:
ni que, ya que os pierdo, os pierda
con un torcedor tan fuerte,
como el que quedeis quexoso?
¡No le bastaba á mi suerte
mi mal, sin que en vuestras ansias
los vuestros se me añadiesen!
Yo, señor, no supe nada.
Mis deudos y mis parientes
me han casado. Ahun de mi parte
no he puesto, el obedecerles.
El no resistirles, basta,
sin cuidado de que yerren,
ó no yerren, la eleccion.
Denme el dueño, que me dieren;
pues, no habiendo de ser vos,
no queda ya, en quien acierten.

CAMILO.

Pues, Sirene, vive Dios,
que mi poder se resuelve,
á que no te logre Adriano,
y que has de ver, que antes muere
á mis iras.

SIRENE.

¡Qué es, lo que oygo!
Si algo he llegado á deberte,
mi señor, Principe mio:::
Principe y mio, pretende
decirte mi ansia; porque
á un tiempo, señor, ostentes,
por mio lo agradecido,
por Principe lo clemente.
Si algo te debo, á tus plantas:::

CAMILO.

¡Mi bien, qué es esto! ¡Qué emprendes!
¡Tú á mis plantas! ¡Oh mal haya
la Majestad, que consiente,
que lo supremo se abata,
y lo rendido se eleve!

Levantala.

¡Qué pides!

SIRENE.

Que no en la vida
de Adriano, señor, te vengues,
de lo que es desdicha mia.

CAMILO.

¡Ah ingrata, como lo sientes!

SIRENE.

¡Siento el escandalo solo;
y no es bien, que expuesta quede
mi fama á tanta censura.

CAMILO.

¡Ah traydora, como mientes!
Vive Dios, que ese es amor;
y en lo mismo, que intercedes,
le das muerte. Tus piedades
mas mis coleras encienden.

SIRENE.

Yo soy, quien soy.

CAMILO.

Ay Lidoro;
áspides fueron crueles
sus voces.

LIDORO.

Tú eres Monarca,
y es en vano, que te quexes,
ni que en tu poder inmenso
lo que puedes mandar, ruegues.
¿Para quándo es la violencia,
pues ya decretada tienes
la muerte de Adriano?

CAMILO.

Bien
dices, ahunque no aconsejes
bien, pues á mi natural
repugna, quanto tubiere
vislumbres de tyrania.
¿Pero, si muero, que puede
hacer ya mi resistencia?

Sirene hermosa, concede
á mi fineza una mano.

ADRIANO *al paño.*

¡Esto los hados consienten!
¡Qué permitieses, fortuna,
que á tan mal tiempo viniese,
á ver á Sirene!

TRAJANO *al paño.*

Aqui
parece, que se divierte,
Camilo. Haga mi cuidado
de aquestas ramas canceles.

SIRENE.

Sin duda se os ha olbidado
aquel estilo decente,
que se debe á mi decoro.

CAMILO.

No con razones me temples;
que he de abrasarme los labios
en el candor de tu nieve.

ADRIANO.

Perdido estoy.

TRAJANO.

Fuerte arrojo.

SIRENE.

Mirad:::

CAMILO.

No hay, que considere;

que, quando eras mia, supe
idolatrar tus desdenes;
pero ajena, no hay en mí
respeto, que los tolere.

TRAJANO.

¡Cómo estorbaré este lance!

ADRIANO.

¡Oh, quien pudiera oponerse!

LIVIA.

¡El hombre es abordador!

SIRENE.

Tente y mira, no te acerques,
que daré voces.

CAMILO.

¡Que importa,
si ninguno defenderte
podrá de mí; y esta mano::!

Al ir á tomarla la mano, sale Adriano, y le agarra á Camilo la suya.

ADRIANO.

Esta mano es bien, que llegue,
á ocupar yo.

CAMILO.

¿Para qué?
¡Qué aqui tan presto estubiese! *ap.*
Suelta la mano.

ADRIANO.

No puedo;
que no es bien, que se la niegues
á los hombres como yo,
quando á besartela vienen
por la merced, que me has hecho,
Hinca la rodilla.
gran Señor, en concederme
la licencia de casarme.
Llega tu tambien, Sirene;
que, pues te toca tambien,
es justo, que se la beses.

SIRENE.

Sin mi he quedado. A tus plantas
mi voluntad agradece
tal favor.

TRAJANO *al paño.*

Oyga el rapaz,
¡que halentado, y qué prudente
le atajó! Ay sobrino, el cielo
quiera, que al Imperio llegues.

CAMILO.

Alzad, señora. Ay de mí; *ap.*
que no sé, qué senda encuentre
en ira ó prudencia, y nada
puedo hallar, que me sosiegue.
Soltad, Adriano la mano.

ADRIANO.

Bien podeis seguramente
fiarla á la mia, que sabe
vencer enemigas huestes
de vuestra corona, y no
quisiera, si bien se advierte,
soltarla, porque confio,
que del peligro mas leve
estaré seguro, en tanto
que ella en mi mano estubiere.

CAMILO.

En equivocas palabras
de su valor me prviene,
¡Vos:::!

Sale Trajano.

TRAJANO.

Aqui importa salir.
¿Cómo en dia tan solemne,
tanto os retirais, Camilo?

CAMILO.

¡Qué á tan mal tiempo saliese! *ap.*
Fuerza es ya, disimular.
Cuidados hay, que me mueven;
que, en quien gobierna, no son
ocios, los que lo parecen.
Vamos á pensar, Lidoro,
de que caudales valerse
podrá mi thesoro para

la guerra de los rebeldes.
Mucho será, que el incendio *ap.*
de mis iras no reviente. *vase.*

LIDORO.

Y el de mi ambicion, pues ya,
despues que llegué, á ponerle
en el trono, no ha tratado,
de que mi amistad se premie;
y finezas excesivas
en los Soberanos suelen,
mirandose como Dioses,
ingratitudes volverse. *vase.*

SIRENE.

Ausentemonos de aqui;
que estoy corrida, de verme
donde sepan, que hubo hombre,
que á tanto pudo atreverse
conmigo. ¡Quién de Camilo
presumiera, que excediese
el límite á mi decoro,
y en tal parage!

LIVIA.

¡Ahora atiendes
caprichos de enamorados!
En el sitio mas patente,
¿quándo ellos imaginaron,
que alguno hay, que pueda verles,
para no arrojarse á todo?

SIRENE.

¡Fortuna, qué me sucede!

Vanse las dos.

TRAJANO.

Dame los brazos, Adriano,
porque en ellos me renueve.
Enlace al caduco tronco
tus frondosidades verdes;
que me has liquidado el alma
en las undosas vertientes
de estas lágrimas, que en gozos
de llanto visten lo alegre.
¡Qué resuelto y qué templado,
qué cortés y qué valiente
á Camilo reprimiste!
No hay cosa, en que mas se muestre
la discrecion y el valor,
Adriano, que en defenderse
del poder, sin que lo osado
exceda lo reverente.

ADRIANO.

¡Para qué, señor, me alabas,
de qué algo de tí aprendiese,
si es, para perderlo todo;
y si quitas á mi frente
el laurel, que me ofreciste!
Mas bien es, que me consuele,
si heredáre tus hazañas,

ahunque tu Imperio no herede.

TRAJANO.

En otra ocasion, Adriano,
procuré satisfacerte
á esa quexa. Honor y vida
en la edad mas floreciente
debí al padre de Camilo;
y no era bien, se dixese,
que al padre debí la vida,
y al hijo le dí la muerte.
He conocido en Camilo
una complexîon muy debil
para qualquiera fatiga;
y está ya, ahunque mas se esfuerce,
cansado de tanto afan.
Es preciso, que desee
los ocios de hombre estudioso;
que las ciencias no se adquieren
sin un ánimo tranquilo,
ocioso é independiente.
¿De qué piensas tú, que á él
se le pudo ocurrir este
pensamiento del Imperio?
De estudiar tan diferentes,
politicos y morales
discursos, y parecerle,
que sabrá mandar el mundo,
renovarle y deshacerle,

como entre sí piensan, quantos
censuran, lo que no entienden.
Ya se habrá desengañado,
de que esta arte no se aprende
en libros, sino en manejos;
porque lee, aquel que lee,
los remedios, pero no
toca los inconvenientes;
que, al ir á curar un mal,
mayores males ofrecen.
Su natural es piadoso,
y no inclinado á crueles
resoluciones, si no hay
alguno, que las fomente.
Con sus consejos Cleantes,
que le instruye cautamente,
no solo del cetro sabe
los afanes exponerle,
mas hoy quiere de orden mia
hacer, que noticias lleguen
de guerras y alteraciones;
no porque ahora suceden,
sino por probar en él,
qué hiciera, si sucediesen.
Yo solicité la boda
de Sirene, porque fuese
ese el mayor torcedor,
y el nudo, que mas le apriete.

Y en fin dexa á mi cuidado
lo demas, por si hacer puede
mi prudencia, que este joven
de esta llamarada ardiente
sin sangre nos asegure,
y sin estrago nos vengue.

ADRIANO.

Bien es, señor, que á tu juicio
todo mi ardor se sujete;
y mas hago, en reprimirme
por tí, qué hiciera en vencerle.
Amor, de Roma, no importa,
que el sacro laurel me niegues,
si en Sirene me has rendido
de su esquivez los laureles. *Vanse.*

Sale Gelanor con unos papeles, y Corbante dandole un memorial.

CORBANTE.

Señor, por amor del Dios,
que mas á mano tengais,
que este memorial leais.

GELANOR.

Yo me acordaré de vos.

CORBANTE.

Sin duda no os acordais,
pues asi me respondeis,
de que::

GELANOR.

No me repliqueis.

CORBANTE.

algun dia:::

GELANOR.

Necio estais.

CORBANTE.

Que os acordais, muy bien sé,
quando estabais mas templado.

GELANOR.

¿Quien, en viendose elevado,
se acuerda, de lo que fue?

CORBANTE.

Pues no sabeis, que los dos
fuimos:::

GELANOR.

Vuestro error confieso.
Si yo me acordára de eso,
no me lo acordarais vos.
Claro está, que me olbidé,
pues que vos me hablais asi;
que, al que no sale de sí,
nadie le acuerda, quien fue.
¿Qué pretendes?

CORBANTE.

Quiero ser,
pues tanto habeis merecido,
sirviendoos de entretenido,

gentil hombre del placer.

GELANOR.

Ese fuera barbarismo.
No os he menester aqui;
que yo me entretengo á mí,
riendome de mi mismo,
y de todo quanto quiero.

CORBANTE.

Lo mismo hago yo de tí.

GELANOR.

¿Pues como me hablais asi,
necio, ignorante, grosero?

CORBANTE.

Como ya á conocer llego,
que solo servir podrá
el hombre ruin, que no dá,
de hacer infame mi ruego. *vase.*

GELANOR.

¡A mi tanto atrevimiento!
¡A mí este arrojo! Mas hoy
se ha de canocer, que soy
picaron de entendimiento,
pues con tanto memorial
me cargan, como si yo
fuera algo.

Sale Camilo.

CAMILO.

¿Quién aqui dió

voces?

GELANOR.

Señor, tu imperial
grandeza, pues te he servido
con prontitud y cuidado,
hoy me ha de dexar premiado,
con sacarme de valido;
pues este es afan eterno,
á que nadie bastará.
Yo me retiro; que ya
no hay fuerzas para el gobierno.

CAMILO.

¿Pues que tu gobiernas?

GELANOR.

Nada;
y ahun con eso mi rudeza
conoce, que la grandeza
es vida desesperada.
Todos se valen de mí
para uno y otro enredo,
y, quanto contigo puedo,
quieren todos para sí.
Y en el numero, que crece
de uno y otro, que me sigue,
se quexa, quien no consigue,
y quien logra, no agradece.
Mil sátyras contra tí
saca el Pueblo desbocado;

y por pobre ú olbidado
no me perdonan á mi;
persuadidos al error,
de que han de mandar, al cabo,
que mas vale, ser tu esclavo,
dicen, que ser Senador.
Antes nadie se acordaba,
que fuí tu esclavo algun dia;
hoy, al ver mi fantasia,
que el valimiento ostentaba,
todos me acuerdan mi ser,
por mas que con el lucir
anda ocioso mi vivir,
de que olvidé mi nacer;
y, en que es error, he caido;
que en uno ú otro lugar,
quien tiene porque callar,
quiera, ser muy conocido.
Y asi licencia este dia
pido; pues antes campaba,
y ninguno escudriñaba
el modo, con que vivia;
y está expuesto á mil enojos
el hombre mas principal,
en quien, para bien ó mal
están puestos muchos ojos.

CAMILO.

¡Qué ignorantes son los hombres;

pues el mas sabio, el mas docto
y el mas cuerdo, tiene en fin
algo, que aprender de un loco!
Ahun este me está enseñando
este afan, á que me expongo.
Gracias á mi estudio, que
abriendome va los ojos
en el mismo error y el mismo
engaño fatal. ¡Oh como
el entendimiento saca
ahun de las desdichas logro!
¡Mas qué es esto! *tocan.*

Sale Licinio.

LICINIO.

Gran señor,
el exército copioso,
con que Adriano de las Galias
sosegó los alborotos,
y en los Alpes se quedaba
á nuevos tumultos pronto,
no ha querido tu eleccion
admitir, y presuroso
la vuelta de Roma marcha,
para hacer sin duda estorbo
al juramento. *tocan.*

Sale Lidoro.

LIDORO.

Señor,

noticias hay, de que Clodio,
un capitan de Trajano,
mueve el exército todo,
con que triunfante del Asia
volvió su Cesar glorioso;
pues, sabiendo la mudanza,
que hay en el Romano solio,
él se llama Emperador;
y desde el Cabo remoto
de Brindiz, donde su gente
quedaba en guarda del golfo,
contra Roma marcha.

CAMILO.

¡Cielos,
ahun me guardais mas ahogos! *tocan.*

Sale Cleantes.

CLEANTES.

De Sicilia y de Cerdeña
los isleños sediciosos
no han querido obedecerte;
y opuestos á tu decoro,
niegan á Italia los granos,
que en sus fertiles contornos
vertió Ceres en espigas,
hizo vegetable el oro,
faltando en Roma por eso
el abasto. El Pueblo ansioso
contra tí clama.

CAMILO.

¡Hay mas males!

GELANOR.

Sin duda se han hecho de ojo,
al llegar; que estos correos
se alcanzan unos á otros. *musica.*

CAMILO.

¡Y qué musicas son estas!

TRAJANO *saliendo.*

De Adriano los desposorios
van, á celebrar ahora.
¿Cómo no asistís vosotros,
á honrarle?

GELANOR.

¡Y mas ese trago!

CAMILO.

El dolor mas rigoroso
es este, pues entre tantos
hace mas fiero destrozo,
y matar á Adriano, ya
no solo es dificultoso,
pero imposible, viniendo
su exército. Hados piadosos,
¡qué haré!

LIDORO.

¿Qué resuelves?

CLEANTES.

¿Qué

respondes?

CAMILO.

Que estoy absorto.
Bretaña se me rebela,
las Islas hacen lo proprio,
Clodio el laurel tyraniza,
y el exercito furioso
de Italia nos amenaza.
¿Quién podrá acudir á todo,
quando ahun para el donativo
no hay medios en el thesoro?
Y quando estos memoriales
son de tantos ambiciosos,
que hoy me han pedido mercedes,
hasta mi amigo Lidoro
me pide en este, con quexas;
y quando en su mano pongo
toda mi imperial hacienda,
ahun está de mí quexoso.

TRAJANO.

Pues di, ¿que Monarca sabe,
quien es su amigo? Yo ignoro,
quien lo es mio, que escondiendo
con el interés el odio,
ninguno hay, que no parezca
amigo del poderoso.

CAMILO.

Oh felices las desdichas,

si el hado las feria á logro,
de conocer los amigos.
Y en los medios, que dispongo,
¿de quien sabré la verdad?

TRAJANO.

De nadie; porque hay muy pocos,
que hablen verdad á un Monarca,
y es el dolor mas penoso,
que tube, en quanto mandé;
que si alguna verdad toco,
es, porque yo la discurro,
pero no porque la oygo.

CAMILO.

¡Esa pension mas! Trajano,
¿qué remedio hallaré pronto
á tantos males?

TRAJANO.

A mí
tarde me pides socorro.
Tu juzgaste á tanto peso
por suficientes tus hombros.
Hoy cumplen los quince dias,
que á tu direccion otorgo;
el Senado está ya junto,
y el Pueblo con alborozo
te espera; pues novedades
alimentan este monstruo.
Y, puesto que ya llegamos,

ven ; sube conmigo al trono,
donde verás, que en solemne
acto público depongo
las insignias.
Descubrese el Senado, sientanse Trajano, Cleantes y Lidoro.

TODOS.

Viva el Cesar.

SENADOR I.

Y reciba de nosotros
el laurel y el juramento.

CAMILO.

Escuchad primero todos.
Yo no tengo tiempo mio,
yo estoy sujeto á la fama;
de elegir amigo y dama,
tampoco tengo albedrio.
De nadie seguro fio:
á ninguno puedo dar:
la Majestad singular
por fuerza me hace sufrir,
y sin quitarme el sentir
ahun no me dexan quexar.
No he de saber de amistades
sin intereses unidos;
y siempre de mis oidos
se han de esconder las verdades.
A tantas necesidades

he de acudir, y en rigor
no hay thesoro de valor
para tanto, y asi infiero,
que fui rico caballero,
y soy pobre Emperador.
Y pues de todo no ignoro,
que, si yo le admito hoy,
de mi propio imperio soy
el esclavo en grillos de oro,
y que este metal sonoro
es sin duda el mas pesado,
buscad, quien esté obligado
á esto, pues por varios modos,
ahun aqui me piden todos,
mas de lo que me han pagado.
A tus pies estoy. Perdona
ó castiga en mí mi suerte;
pero antes quiero la muerte,
Trajano, que la corona.
No basta á esto mi persona:
mas dirá mi fe rendida,
que á un buen Rey, ahunque mas pida,
(segun su fatiga hallo)
ahun no le paga el vasallo
con la hacienda y con la vida.

TRAJANO.

¿De suerte, que tú no bastas
á este peso?

CAMILO.

Ya me postro,

TRAJANO.

Pues ahora he de castigarte.
Ignorante, necio, loco,
tiene un esclavo el Imperio,
¿y tu quieres ambicioso
quitarsele, sin que pueda
suplir su falta tu arrojo?
Supuestas son las noticias
de las guerras y alborotos;
que, porque pueden ser ciertas,
ver, lo que hicieras, dispongo,
si en tal aprieto te vieras.

CAMILO.

Castigame rigoroso,
pues no extrañaré el castigo,
quando el delito conozco.

TRAJANO.

Por eso y por la amistad
de tu padre, te perdono,
y tambien te dexo vivo,
porque publiques á otros,
lo que me debes; y á Adriano
por Cesar sucesor nombro.

SIRENE.

Con que, cesando el motivo,
de estar con él desdeñoso

mi afecto, quando en Adriano
se me añade ahora el proprio,
que es lo desigual, bien puedo
decir, que es Camilo solo
mi esposo.

CAMILO.

Feliz mil veces
soy, en perder, quando gozo
tu favor.

ADRIANO.

Por no incurrir
en lo mismo, que zeloso
te culpaba, de estorbar
á un vasallo el matrimonio,
lo permito hoy, que soy Cesar,
pues con Octavia propongo
mis bodas, antes de serlo,
por no exponerme al antojo,
de que el Senado lo impida.

OCTAVIA.

Feliz soy en tal esposo.

GELANOR.

Y, si el suceso, por serlo,
no hubiere sido enfadoso,
vuestras piedades merezca
el esclavo en grillos de oro.

JOSE NAP. I. P. L. G. E. DIOS REY DE ESPAÑA Y R. L. IND.

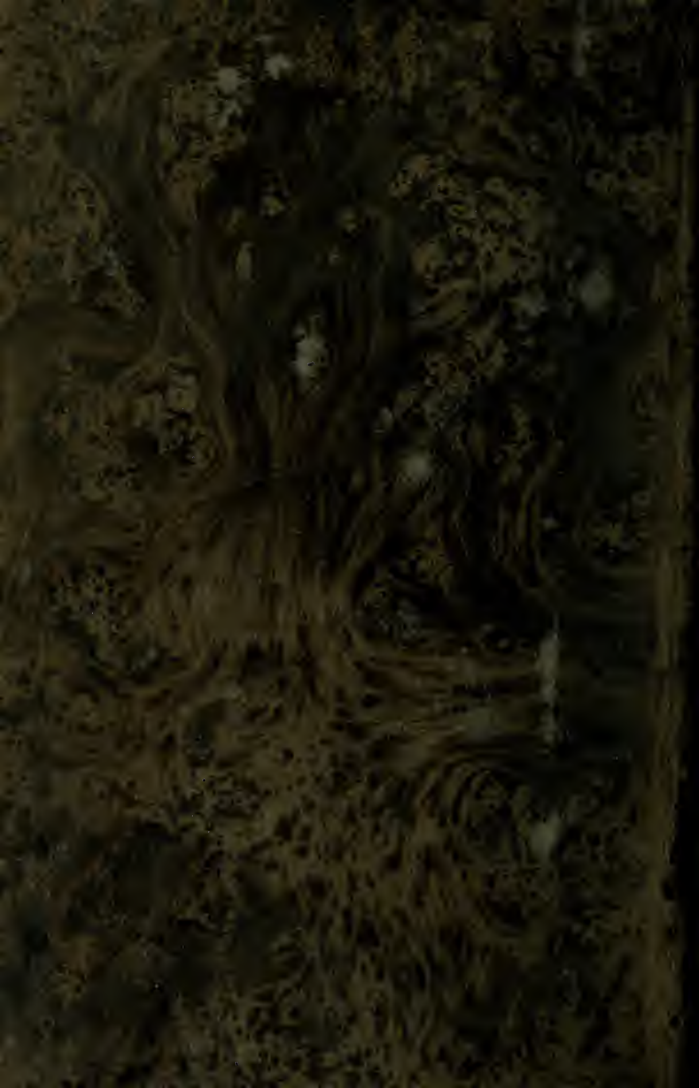
University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

LS.C
G216zt

33956

Author García de la Huerta, Vicente

Title Theatro Hespañol. Vol.13.